

**EDWIN LUGO**

**EL MEXICO QUE SE NOS FUE**

(RELATOS)

**EL MEXICO QUE SE NOS FUE  
(RELATOS)**

**EN LAS REDES  
AL PARPADEAR LA TARDE  
NO TRAICIONES AL SUEÑO  
EL TERCER ACTO**

## PROLOGO

Edwin Lugo es cultor convencido de la novela romántica, con el paisaje urbano como telón de fondo. Observador obsesivo, cronista meticuloso del minuto que huye contra nuestro deseo, trata de llegar a la médula de ese desasosiego del hombre contemporáneo y su mediatización en las grandes urbes, en que sacrifica su identidad en pos de una pretendida y dudosa mejoría económica y social, en un medio absorbente que invade e inficiona esa zona decisiva en todo ser: la capacidad de amar.

Lugo, con sus relatos, deja en el aire más interrogantes que los que plantea, entre las que destaca una, en particular, la muerte del amor. El lector se preguntará a que amor se refieren las narraciones. A uno, concretamente, al amor romántico que se extingue, anulado por egoísmos, prisas, convencionalismos, deseo de bienes y comodidades y por el peso de las cosas materiales. Se diría que el hombre de la ciudad, tal como lo ve el autor, es un triste Fausto condenado a vender su espíritu por monedas, a cambiar oro por baratijas, a llevar siempre a cuestas el paraíso perdido de una provincia lejana en la cual tenía, al menos, una dimensión más acorde con la naturaleza y sus semejantes.

Hay una nota constante en los relatos, y es la del desgaste inexorable de las ilusiones juveniles, ante la maquinaria institucionalizada del matrimonio, como si al autor le doliera que el amor romántico muriese poco a poco ante el alud de cosas prosaicas de la v/do conyugal.

Tal vez la debilidad humana más reprochable en los personajes es el abismo que media entre el exceso de sentimientos y la carencia de imaginación. Por ello, mujeres y hombres tienden a aferrarse a las cosas materiales, *“la consola primorosamente tallada, el juego de sillones, reliquia de comienzos del siglo, forrados de terciopelo granate, que conservaba todavía una aceptable dureza y una suave blandura, un juguetero con figurillas de porcelana a la cual más exquisita, una lámpara de pie con pantalla de sed, una estatuilla de bronce colocada sobre una columna de alabastro amarillento, un piano vertical cubierto con un chal de cachemira, sobre cuyas tapas dormitaba abierto un libro de cuentos, un gobelino colgado de una pared y un tapete persa sobre el piso”* etcétera, etcétera.

El ramillete de relatos que conforman el libro nos muestra el alma de un novelista que se resiste a doblegarse ante el prosaico mercantilismo de una época que no es la suya, obsesionado por una región más transparente del corazón, por la vida amable en una ciudad más pequeña y habitable, en círculos en que la amistad es preciada joya, y el amor, un sueño pleno de sugerentes voluptuosidades.

Edwin Lugo nos hace retornar al pasado, al mundo de nuestros padres o tal vez de nuestros abuelos, al arcón suave y oloroso de los recuerdos, y lo hace con el ojo penetrante del experto en radiografiar a la clase media, y a una época definitivamente extinguida de nuestra ciudad.

Tal vez la más preciada virtud sea su capacidad de evocación.

Al terminar de leer sus novelas nos queda la sensación de que en la telaraña asfixiante de las relaciones amorosas, la ternura es sólo una de las máscaras de la piedad, el amor es sólo la trampa del olvido. Y nada más.

José Rafael Blengio.

## EN LAS REDES

Del cielo fuiste tú, fuiste del cielo  
y por celeste azul, azul celeste  
compendio cardinal en donde el Este  
pudo ser realidad o ser anhelo.

Para mí, fuiste todo, mi desvelo,  
limbo, bátratro, gloria, vida, peste  
una mezcla de fino y de silvestre,  
un compendio de crótalo y polluelo.

La mixtificación de lo piadoso,  
con la sensualidad de lo pagano,  
consenso del acíbar con el gozo

Mas por el cielo, tal vez todo fue en vano,  
quise verte azul y eres brumoso  
y más gris cada vez y más lejano.

Abraham Domínguez Vargas.

México, año de 1966.

-1-

-Señor Pezet, es Houston -anunció Silvia con cierto embarazo como si ella fuera la culpable...

-Bien, pásela.

-Mr. Harris, please -dijo la joven-.

-How are you my friend? —Se oyó la voz con un marcado acento suriano a través del auricular.

-I am very fine, and you? -Respondió comedidamente con su mejor sonrisa Claudio Pezet, y se enfrascó en segundos en una larga conversación en inglés, que el gerente de mercadotecnia de Atlantic Foods Corporation, División México, hablaba como si fuera su lengua nativa, al termino de la cual un "okey" muy sonoro, rubricó la conformidad para aquel alud de estadísticas, planeaciones a corto y largo plazo, pruebas selectivas e informes que Houston sistemáticamente objetaba, revisaba, o concedía su aceptación, basados siempre en una escrupulosa investigación de las preferencias y costumbres latinas; Mr. Harris expresó su complacencia invitando a su colega mexicano a visitar Houston, cualquier week-end en compañía de su esposa naturalmente, y hasta esbozó un atractivo programa, que incluía desde las sesiones de tenis, hasta aquellas insulsas cenas donde solían abundar las ensaladas exóticas, la barbecue y los pasteles excesivamente azucarados. Pezet agradecía comedido tanta deferencia, ofreciéndole realizar el viaje en la primera oportunidad que se presentase. Mr. Harris consideró aceptada su propuesta y le rogó ofreciera en su nombre un saludo a su esposa, no sin enterarse antes como se encontraba ella, por último declaró tajante: -You have chance, she's a beautiful lady.

Pezet no dejó de sentirse halagado por los cumplidos de Mr. Harris, quién con su amistosa actitud daba a entender que aquel penoso incidente, de ingrata memoria, había pasado inadvertido, o mejor aún, había sido olvidado por completo, sin embargo, esa machaconería de los saludos del gringo le fastidiaba. El, jamás se había ocupado de las insulsas rubias o pelirrojas pecosas que asistían a los partys, llevando sus nombres estrafalarios: Pamela, Shirley o Linda; y que constituían por decirlo así, la mayor plana femenina de la firma, prefería reservar sus respetos a Mr. Stockdale, el Gerente General para México y Latinoamérica, y si la ocasión lo propiciaba al mismo Mr. Hudson, el invisible y todopoderoso presidente, de una de las más importantes empresas transnacionales, en el ramo de las salsas, mayonesas, mermeladas, malteadas en polvo, cremas para acompañar el café y cincuenta productos más, que orgullosamente ostentaban la etiqueta azul de los productos "Atlantic", los insustituibles *amigos de la buena cocinera*.

Pezet colgó la bocina, y la mecánica sonrisa desapareció de su rostro siempre bien afeitado y oloroso a fina lavanda inglesa; para dar lugar a una expresión mucho más sincera, que denotaba preocupación, y una inquietud que el brillante ejecutivo apenas podía disimular; pero a los treinta segundos, se volvió a encender una lucecilla en el enorme interfono color nogal, al mismo tiempo que un zumbador le prevenía, que su secretaria, intentaba de nuevo avisarle de alguna otra llamada.

- Sí... -respondió con mal contenida aspereza.  
-Es Monterrey señor Pezet -y tal si adivinara et gesto de contrariedad que se había acentuado en el rostro de su jefe, agregó: - ¡Sorry!

Pezet levantó el auricular. El señor Ledesma, contralor de la compañía, y por añadidura contador público, era un oficioso insoportable, quien además de meter la nariz en todo lo que no le importaba, poseía un espíritu profesional tan pronunciado, que lo había trastocado en un maniático. El señor Ledesma habla nacido para la burocracia, pero su falta de buenas relaciones con la gente del gobierno, lo llevó a la iniciativa privada, donde su afán de auditar, comprobar, ordenar y verificar acabó con la paciencia de sus sufridos compañeros de trabajo, creándole una triste reputación; Pezet lo soportaba con estoicismo, pero aquella mañana, le pareció que se agotaba su vena diplomática.

-Señor Ledesma, comprenderá usted, que sólo soy un ser humano, no un robot ni una computadora, capaz de saberlo todo. Le sugiero hablar con el contador, el podría facilitarle con absoluta exactitud los datos que usted solicita -el tono, aunque fríamente cortés, no admitía réplica- y el señor Ledesma tuvo que contentarse con murmurar algunas frases ininteligibles y desearle buenos días. Pezet se sintió aliviado, pero su mirada fue a caer sobre aquella dichosa carta, que tenía sobre su escritorio. Era una amable invitación de la directora de la escuela donde estudiaban sus hijos para que pasara a charlar con ella a la mayor brevedad posible.

Silvia hizo su aparición en la puerta de la lujosa oficina gerencial.

-Están aquí los de la agencia de publicidad. Les citamos a las doce -precisó, observando la agenda, y como se apercibiera del pésimo humor de su jefe añadió: -Es para lo de los comerciales del aderezo.

Pezet hizo un ademán de impaciencia.

-¿Le avisó al ingeniero? -Preguntó.

-Desde luego, pero me respondió que decida usted.

-¡Como siempre!

-Está en junta con los del sindicato y no cree desocuparse pronto.

El zumbido del teléfono y tres o cuatro luces solicitaron urgentemente la atención de la muchacha.

-Oficina del señor Pezet... permítame ver. Es Guadalajara otra vez. ¿Qué le digo?

-Que espere instrucciones.

-Señor Rodríguez, esta noche le enviaremos un telex. Aguarde en su hotel por favor. Gracias. Buenos días.

Pezet reconoció que la joven tenía iniciativa. Era lista, amable, cuidadosa y en asuntos que no requerían mayor responsabilidad, sabía tomar decisiones acertadas, para evitarle tanto engorro, por más que su jerarquía conllevaba cargar con un sin número de obligaciones.

Entró una nueva llamada

-Oficina del señor Pezet -contestó Silvia y al punto tapó la bocina con el hueco de la mano -Es el señor Fernández.

Pezet se oprimió las sienes con las puntas de los dedos por toda respuesta, con un significativo gesto de cansancio.

Silvia le miró con una mezcla de desasosiego y simpatía y regresó a su oficina, animada del noble fin de librar a su jefe momentáneamente de aquel alud incontenible de llamadas y problemas que se filtraban con verdadera saña hasta el austero escritorio del ejecutivo, y comenzó su trabajo de limpieza, respondiendo a las llamadas con voz suave y

pausada, tal si estuviese siempre sonriendo.

-Señor Fernández, mi jefe esta en una junta y siente mucho no poder atenderlo personalmente, pero le suplica se sirva pasarme el recado Gracias por su comprensión. Hasta muy pronto, señor Fernández.

-Oficina del señor Pezet. ¿Como esta usted, licenciado?... el señor Pezet no ha regresado todavía de Cuernavaca, pero le esperamos de mañana a pasado a más tardar. Nos comunicaremos con usted en cuanto llegue... tanto gusto licenciado.

-Oficina del señor Pezet. ¡Ah, señorita Lorenzanal... No, no la hemos olvidado. Solamente que el señor Pezet ha estado muy ocupado en estos días. Usted sabe que prepara lo de la convención. Tengo anotados todos sus recados. Creo que la podrá recibir a principios de la semana próxima. Si usted fuera tan amable de llamarme el lunes para confirmar...

Pezet había abierto la puerta que comunicaba su despacho con la oficina de Silvia, y la observaba abrumado dejándola hacer.

-¿Que les digo a los de la agencia? -Preguntó la chica.

-Les recibiré. No debemos retrasar por más tiempo la campaña.

-¿Se siente usted mal? -interrogó, fijando sus ojos azul claro en el desvalido rostro del ejecutivo- ¿Desea que le prepare un café bien cargado, o tal vez prefiera algo mejor que lo reanime?...

-No gracias -dijo Pezet terminante, y se imaginó, casi siniestra, la consabida botella de coñac que nunca solía faltar en su casa. -Bastará con un té caliente por favor...

El teléfono directo repiqueteó en ese momento.

-Oficina del señor Pezet. Si, don Mauricio, está con los de la agencia de publicidad. ¿Quiere usted que se lo pase inmediatamente? No don Mauricio... Le rogamos al señor Ledesma que tuviera la bondad de dirigirse al señor Elizondo, siempre atendemos con mucho gusto al señor Ledesma pero los resultados recientes que él precisaba, aún están en proceso. A nosotros, nos llegan con un retraso de una semana o diez días. El señor Pezet estuvo muy lejos de cometer una descortesía. Ha sido sin duda una mala interpretación, le aseguro a usted don Mauricio que... yo estaba casualmente en el privado de mi jefe y escuché sin proponérmelo la conversación... en ese momento habían entrado algunos llamadas de larga distancia y el señor Pezet estaba atendiendo a varias personas a la vez. Nos disculparemos con el señor Ledesma. ¡Siempre estamos para servir a usted don Mauricio!

Silvia se levantó de su silla secretarial, para ir a darle la desagradable noticia a su jefe, el señor Ledesma, chismoso incorregible, había ido a quejarse nada menos que con el director general de la empresa pero otra llamada la detuvo.

-Buenos días señora...

- ¡Tengo una jaqueca horrible! -Se quejó una voz femenina.

-No sabe cuanto lo siento. ¿Cómo está Carlitos? ¿Y Andrés?... ¿Me hará el favor de darle un beso de mi parte a cada uno?... ahora la comunico con su esposo -y oprimiendo una tecla advirtió: señor Pezet su esposa por el directo.

Tres minutos después Pezet colgaba el auricular. Estaba pálido, tenso. Silvia comprendió que la llamada lo había empeorado, pero ella no podía negarle a su mujer.

Con diligencia y discreción hizo entrar a la sala de juntas contigua a los ejecutivos y jefe de medios de la agencia publicitaria que llevaba la cuenta de la transnacional, seguidos de dos dibujantes y del técnico que manejaba el proyector. Luego buscó algún expediente, que colocó en la cabecera, justo en el sitio donde se sentaría el señor Pezet, quién ocuparía el lugar del ingeniero Belmonte.

Un minuto después se presentaron el gerente de ventas y algunos supervisores de la “Atlantic” que se acomodaron en ambos extremos de la mesa. Pezet saludó a todos con su acostumbrada sonrisa. Silvia se ocupó de preparar el té, al que agregó sus dos respectivas cucharaditas de azúcar, luego fue por su cuaderno de notas; y sin que nadie lo notara, encendió una grabadora hábilmente disimulada entre una colección de libros, que Pezet nunca había tenido tiempo de consultar, pero que puestos allí en fila, sobre el librero oscuro, le daban al recinto una atmósfera muy intelectual.

-2-

A las siete y cuarenta de la noche, malhumorado y sin más alimento que un emparedado que Silvia se empeñó que comiera, Claudio conducía su flamante auto mercedes por el boulevard Manuel Avila Camacho, rumbo hacia el fraccionamiento Ojo de Agua, donde los Pezet se habían instalado desde hacía cinco años, nunca suficientes para arrepentirse de semejante decisión, pues el tranquilo fraccionamiento quedaba al otro lado del mundo, bueno, de la ciudad. La tarde de abril era calurosa y había encendido el aire acondicionado. Manejaba mecánicamente, con el pensamiento lejos. Aquel largo camino, desde la empresa hasta su domicilio, entre bocinazos, imprudencias de mal educados conductores de trailer y camiones, descortesías y agresividad a cada instante, exceso de velocidad de algunos y el olor a smog lo exasperaban.

Para serenarse acostumbraba sintonizar muy quedo Radio Universidad, verdadero refugio del cuadrante, sin los chocantes anuncios, incluyendo los de la “Atlantic”, realizados con la dosis suficiente de mal gusto, como para agradar a toda la gente, y que él debía escuchar una y otra vez, soportar, comprobar, analizar y aprobar.

El concierto de Mendelssohn para violín y orquesta lo sumergía en otro mundo. Era como un pasaporte hacia un remanso, donde no existían: teléfonos, agenda, contralores, notas informativas, políticas, ni esas vacías comedias de zalamería, que él debía representar cada vez que se le ocurría a un funcionario segundón de la transnacional venir a México, incluyendo además la solución de decenas de problemas que se sucedían como parte integral de su trabajo; aunque no incumbieran estrictamente a su área, pero que inexplicablemente iban a dar a su escritorio, y a los que debía enfrentarse porque resolverlos acertadamente significaba la conservación de su puesto, único medio para obtener el sustento propio y el de su familia, y que por la especial estructuración de la empresa se triplicaban entre Houston, Monterrey y México, sin contar con una multitud de distribuidores, supervisores, y agentes de negocios de todos los calibres, que tenía que tratar, en su plural carácter de encargado de mercadotecnia, y relaciones públicas; y todo aquel endiablado trabajo, persiguiendo un sólo e inexorable propósito: aumentar volúmenes de ventas, lanzar cada vez más arriba las líneas rojas indicativas de un éxito que se medía en dólares, hasta que rebasaban el cuadrulado de los diagramas, excediendo muchas veces a los pronósticos; y como obvia consecuencia, aumentar las utilidades del todopoderoso consorcio y de sus socios mexicanos, crecer las recaudaciones de la hacienda del gobierno, adquirir más filiales, establecer más plantas y distribuidoras, comprar más automóviles, más mansiones de lujo asiático para los dueños y accionistas, al grado de que Mr. Hudson debía disponer de más residencias y casas de campo, que meses contaba el año.

Pezet sabía demasiado que su permanencia dentro de la transnacional estaba únicamente condicionada a su capacidad de generar dinero y más dinero, y por ende de convencer a más y más gente de la bondad de los productos “Atlantic”, y en forma muy especial a las amas de casa a quienes bien podría faltar el sentido común, pero jamás los frascos o latas con la etiqueta azul, destacándose en el refrigerador o en la despensa.

En un alto, el ejecutivo se miró en el espejo retrovisor. Todavía era un hombre razonablemente joven. Treinta y cuatro años no contaban demasiado; y aunque una media docena de canas comenzaba a importunar sus sienes, su cuerpo atlético, su piel sin una arruga y aquella inconfundible estampa de hombre progresista, jovial, dinámico, que el cuidaba al extremo de no olvidar ni un sólo detalle, le aseguraban algunas decenas de años más de vida muy activa, en la que su prestigio de *hombre encantador* como comentaban las viejas esposas de sus jefes, no se demeritaría.

Sin embargo no todo era tan simple. En el hogar las cosas no marchaban a pedir de boca. Si en las frecuentes reuniones y partys la actuación de Celeste oscilaba entre eficaz y peligrosa, la atención para los niños, por parte de su moderna mamá, dejaba frecuentemente mucho que desear, y no porque fuera realmente una mala madre, Celeste adoraba a sus hijos, pero había tenido que lamentar más de alguna imprudencia, por culpa de su desmedida afición a la bebida, si bien, en los primeros años, ni siquiera podía conceptuarse como tal. Ella pasaba días completos y aún semanas, en que no probaba una sola gota de alcohol, ni siquiera en los chocolates, los que solían gustarle más o menos en relación a la cantidad de licor que contenían.

Claudio recordó con enojo aquella tarde, en que encontró a Carlitos llorando de hambre, mientras que su flamante mamá se había quedado medio ebria a su lado, con un sueño tan profundo, que él debió zarandearla varias veces para conseguir que se despertara.

La señora Pezet, no poseía precisamente, un organismo fuerte, capaz de resistir de un sólo tirón, una botella completa de cognac, por de muy alta calidad que éste fuese.

Y así, sin querer admitirlo, Claudio fue reconociendo, que su esposa era también incapaz de dar una buena educación a sus hijos, de suerte que a temprana edad, estos pasaron a la tutela de niñeras primero, y posteriormente a una especie de institutriz, bajo cuyos cuidados permanecieron hasta que fueron admitidos, en el segundo grado de la elemental Andresillo, y en el kindergarten Carlitos. La mujer contratada, cuyo enojo ante la sistemática indiferencia de la madre había ido en progresivo aumento, terminó por cantarle a la señora cuatro verdades en sus propias narices, motivando que ésta, en el colmo de la indignación, la hubiese despedido, proclamando casi histérica, que ella era capaz y suficiente para educar y atender a sus hijos, mucho mejor que cualquier persona extraña. Claudio objetó la conducta de su esposa, y surgió la primera discusión muy agria por cierto, en la que Celeste al sentirse agredida y censurada por su marido no tuvo empacho en declararle que era solamente a ella y a nadie más a quién debía su envidiable posición; así, asumiendo un papel de víctima, proclamó que era imposible dividirse entre cumplir con las múltiples exigencias sociales que le imponía su condición de esposa de un hombre de negocios, y además desempeñar el no menos complejo papel de madre abnegada y ama de casa. Nuestro hombre escuchó la perorata anonadado, y su hábil contrincante al observar que sus argumentos empezaban a hacer mella en el ánimo de su consorte, acudió no tarda ni perezosa al mejor recurso femenino: el llanto y alegó que había debido supervisar desde los horrendos vestidos de las modelos y edecanes, preparar continuamente fiestas, disponer todo cuanto era necesario para recibir a Mr. Stockdale cuando venía a México, y al mismo don Mauricio a quién se solía invitar frecuentemente a suntuosas

comidas y cenas, en las que ella debía encargarse de elegir y confeccionar menús, vigilar el orden y aseo de la casa, y al final entre carreras y nervios, presentarse lo mas fresca y animada posible, para causar una buena impresión.

Para atenuar sus posibles remordimientos, sobre todo, por la inexcusable desatención para con sus hijos, Celeste recordó sus horas restringidas al sueño, puliendo las cartas personales de su marido, mecanografiando sus informes y supervisando el trabajo de Silvia y de sus incompetentes colaboradores.

Exasperada concluyó que había ido demasiado lejos, más allá de sus capacidades físicas, abarcando los papeles de modelo, secretaria, ama de casa, acompañante, rematando en el de sonriente maniquí, y declarando que así la atormentara el más tétrico dolor de muelas, tenía que sonreír y agrandar a esos estúpidos gringos y sus endiabladas consortes vestidas de papagayos.

Tan larga y razonada fue la lista de reproches que la señora Pezet dirigió a su acusador, que este tuvo que reconocer su injusticia y pedir humildemente perdón.

La señora con las palmas del triunfo, reconoció honestamente que a veces bebía una que otra copa, para atenuar la tremenda presión a la que era sometida a cada momento. Unas regateadas gotas de cognac la reanimaban, cuando se sentía a punto de caer desfallecida por el agobio de las responsabilidades; y por si fuera poco, concluyó por hacer una relación de ese martirizante proceso de acudir sistemáticamente a salones de belleza, club de ejercicios para adelgazar, tratamientos faciales y capilares, visitas a modistos, etcétera, mediante los cuales una mujer consigue conservarse atractiva. Ella., no sólo le había regalado su juventud, sus años mejores, sino que los había prolongado, pensando siempre en su porvenir, en ayudarlo a escalar puestos, ¿Qué importaba entonces que una criatura, cualquier día, hubiese comido una o dos horas más tarde, o que una imprudencia de Carlos, vivo retrato de su atolondrado padre, le hubiese acarreado una calenturilla? Total, eran niños, susceptibles de enfermarse hasta por el vuelo de una mosca; ella los adoraba, daría hasta la vida por verlos felices; y al ayudar a su padre, luchaba por el porvenir de toda la familia, y nunca había bebido más que agua mineral delante de ellos. Claudio, débil de carácter en lo que concernía a su mujer, acabó por ceder al fin; sin embargo las cosas habían ido empeorando. Su condescendencia alimentada por el amor, propició que Celeste se fuera extralimitando en sus aficiones, hasta el grado de que aquella vez, a la mitad de una borrachera, se había lanzado a la piscina de la lujosa residencia de Mr. Stockdale allá en Houston; entonces Pezet admitió entre los gorjeos del violín, atacando el tercer tiempo del concierto; que aquello había resultado bochornoso, aunque de momento la liberal concurrencia, formada por la gente snob y extravagante que frecuentaba al millonario lo hubiese hallado divertido. Aquella comicidad resultaba trágica. La señora Pezet explicó en su apache inglés, después del chapuzón, que había encontrado irresistiblemente tentadora la piscina de los Stockdale, cuyo refinamiento y buen gusto la subyugaban. Semejantes declaraciones con el agua escurriéndole le valieron cumplidos y casi la hubiesen aplaudido, si Mrs. Stockdale no hubiese comentado *que los latinos hacían siempre las cosas menos esperadas*. Sin embargo acudió generosamente a socorrerla y la señora mexicana, apareció al poco rato envuelta en un lujosísimo sari hindú, con el pelo totalmente seco, seguramente después de haber ingerido algún eficaz analgésico. La exquisita cena hawaiana hizo el resto; y a los postres, ninguno recordaba el incidente, excepto Claudio, que solía sonrojarse cuando encontraba a Mrs. Stockdale.

Pezet introdujo su automóvil en la cochera. Ardía en deseo de reclamar a Celeste lo impropio de su conducta, ahora que llevaba aquella carta, el mejor argumento para avergonzarla y hacerle ver, que por ese camino, sus hijos y ellos mismos irían al fracaso, en tales condiciones; de muy poco serviría su pretendida ayuda y respaldo, en lo que Claudio llamaba su carrera.

Apenas descendió del auto preguntó a Francisco, el mozo, si la señora se encontraba en casa, éste aseguro que sí, pero que se hallaba jugando a la canasta en compañía de otras señoras. El enojo de Claudio aumentó y al pasar enfrente del salón de juegos murmuró entre dientes un *buenas noches* tan seco, que causó desasosiego en las seis damas que se entretenían alrededor de la mesa con tapete verde, haciendo apuestas, y naturalmente acompañadas de buenos vasos de whisky algunas y de té frío otras.

Las señoras corearon la respuesta entre asustadas y sorprendidas y cuando alguna intentó procurarse un saludo más efusivo, Claudio le lanzó una mirada tan furibunda, que la mujer optó por quedarse en su sitio, aunque verdad es que no miraba de reojo a la dama, sino más bien a la copa coñaquera que su consorte tenía a su lado, llena hasta los bordes.

Claudio hubiera deseado ir al comedor en busca de una cena reparadora, pero el disgusto de hallar a todas horas gente extraña en su casa y a su esposa algo bebida, le quitó el apetito y se dirigió a la biblioteca en busca de un rincón solitario donde reflexionar. Celeste extrañó que su esposo no le hubiera depositado el consabido beso en su mejilla, pero a pesar de su virtual atarantamiento, prefirió quedarse en su sitio, haciéndose la ofendida, y se contentó con enviar a Marcela en busca del señor, para saber si se le ofrecía algo o deseaba cenar.

La muchacha obtuvo tan solo un par de cortas respuestas negativas y la orden terminante de que le dejaran en paz.

Claudio fue a hundirse en su sillón. Instintivamente quiso ir en busca de sus hijos, que estarían como siempre, sin ninguna vigilancia de su madre, absortos alrededor del aparato de televisión, con los deberes abandonados y lo más probable, sin cenar aún, pero no se movió para ir en su busca; sentía una pesadez y deseos de estar solo. Era mejor así --pensó-- aquella pausa le serviría para tranquilizarse mientras se iban las inoportunas visitas, y al fin podría hablar con su esposa, si no estaba demasiado borracha; y de ser así, pues lo dejaría para la mañana siguiente en que ajustarían cuentas; y tocándose de nuevo la carta en el bolsillo para cerciorarse de que aún se encontraba allí, clavó los codos sobre las rodillas y se puso a recorrer con los ojos la lujosa estancia, como si no conociera los muebles y los objetos. Claudio admitió que su casa era lujosa y comfortable y que predominaba el buen gusto. En un ángulo, con un marco dorado, un retrato al óleo de Celeste en traje de noche y con su respectivo collar de brillantes lo atrajo momentáneamente, aunque reconoció que hoy se hallaba muy lejos de aquel enamoramiento. De fijo la seguía queriendo, sí, pero su amor exento de pasión, sólo contenía una especie de ternura, de gratitud por lo que ella había hecho por él, de afecto. por la madre de sus hijos, y sobre todo por deber; Claudio consideraba que Celeste necesitaba de él ahora más que nunca, y que era su obligación protegerla.

Recordó aquellos años de recién casados, precisamente cuando aquel pintor amigo suyo, Antonio Díaz, había hecho el retrato, y luego retrocedió más atrás, cuando hubo conocido a Celeste. Era una hermosa muchacha, asediada por decenas de admiradores,

pretendientes, amigos disfrazados, que la seguían a todas horas y a todas partes, que le telefoneaban con el menor pretexto, que la adulaban, listos para alargar en cualquier momento el anzuelo de la seducción, unos tal vez bien intencionados, otros no, pero todos por igual ansiando poseer aquella joven encantadora, magnífica, quién dueña además de un carácter abierto y sencillo, daba cabida con su alegría, entusiasmo por vivir y temperamento optimista, a todas las esperanzas, a todas las ilusiones. Celeste, sin llegar a ser una muchacha de sociedad, pues era hija de un ingeniero jubilado que había trabajado toda su vida en una compañía cervecera, llegó a dominar con su belleza y amigable carácter, el nada despreciable círculo donde se movía como pez en el agua. Una mañana Claudio despertó con la noticia de que había sido elegida Reina del Club de Leones de la colonia Lindavista.

Pezet, quién entonces coqueteaba con la sociedad leonística, sin ser todavía miembro, concurrió al baile de coronación, al que la muchacha en el apogeo de su juventud convirtió en un verdadero éxito. Resplandeciente, mimada, lisonjeada, homenajeadada hasta por la menor ocurrencia, portando un vestido verdaderamente digno de una alteza, que hacía resaltar aún más sus encantos entre baile y baile, tuvo tiempo de dirigir a Claudio un par de frases esperanzadoras, que el impetuoso muchacho tomó como una promesa formal de aceptación, unas miradas que atravesaron el tupido círculo de sus admiradores, y el hecho, eso sí, indiscutible, de que aquella noche Claudio fue el elegido para conducirla a su casa allá por el amanecer, decidieron al ejecutivo emprender muy en serio la conquista de la joven.

Obsesionado por la idea de un noviazgo, que la escurridiza criatura había rechazado sistemáticamente a todos quienes se lo habían propuesto, Claudio ni siquiera se enteró de que su guapa compañera de aquella velada irreplicable había bebido un poco más de lo razonable. Pocas semanas después, cuando empezaron a salir juntos, y a frecuentar cines, teatros y restaurantes, su nuevo novio se fue enterando de que el licor solía enternecerla fácilmente; y de que ella aspiraba el perfume del cognac con una voluptuosidad realmente seductora: entonces poco a poco, fue adquiriendo la certeza de que en sus más cálidos encuentros, solía estar siempre presente una copa, lo que en su romanticismo en ciernes, calificaba de amuleto; aquel recipiente de vidrio que Celeste solía calentar entre su mano blanca, contemplando el transparente contenido a través del cristal, mientras el cigarrillo brillaba en la otra mano, era como el ábrete *sésamo* a la más prometedor felicidad.

Algún amigo deslizó imprudentemente la sugerencia de que pensara un poco más, antes de concertar un compromiso serio con la inquieta muchacha, Pezet admitió que las opiniones y consejos, son algo de lo que la gente se desvive por desprenderse generosamente y más aún cuando los alimenta, como el supuso, un sentimiento de envidia, perfectamente bien disimulado, bajo el barniz amistoso de las recomendaciones. Siete meses después, Claudio y Celeste contrajeron matrimonio en una suntuosa ceremonia que apadrinó nada menos que don Mauricio Buenrostro y ofició el obispo, con gran alharaca de órgano, violines y un coro de niños traídos de quién sabe donde, quienes entonaron una tiernísima "Ave Maria", capaz de arrancar lágrimas al ateo más empedernido. A la ceremonia religiosa, derroche de luces, flores y lujo, se sucedió una fiesta que nada tuvo que envidiar a las que narran los cuentos, ya que el elegante casino de Guardias Presidenciales acogió a la feliz pareja, entre vivas y aplausos de los distinguidos concurrentes.

Trescientos comensales brindaron repetidamente por la dicha de los recién casados; corrió el champagne, y entre uno y otro brindis la novia empezó a ponerse cada vez más

achispada; Claudio por el revés, muy circunspecto, casi abstemio por naturaleza, se contentaba con recibir los saludos, abrazos y parabienes, declinando muy cortésmente el chocar su copa con todos y cada uno de sus invitados.

Pronto tuvo que admitir que convenía anticipar la hora de la marcha al con sabido viaje lunamielero, para evitar que su flamante esposa se fuera a quedar dormida o a cometer cualquier imprudencia que desluciera su seráfica imagen de desposada ideal.

Entre zalemas y tratando de sugerir una urgencia, que no era absolutamente sincera, de quedar a solas con ella, arrancó a Celeste del jolgorio, en el instante mismo en que este había llegado a su clímax de animación. Introducirlo en su coche que lejos de conducirlo al aeropuerto, donde supuestamente un jet de la Compañía Mexicana de Aviación los llevaría a las cálidas playas del Caribe; llevarla a su nueva casa, cancelar el vuelo y meterla en cama, fue obra de una hora; Celeste se quedó completamente dormida a los pocos minutos.

Aquella suave criatura desembuchaba de pronto, tal si se tratara de la magia de un prestidigitador una serie de secretos, de entre los cuales, el más deplorable, era su excesiva afición por el alcohol. No quiso calificarla su esposo de grave, ni mucho menos pensó en reprochársela, pues aquellas copas ablandaban de tal modo a su amorcito, que su luna de miel, que por cierto se inició en la ciudad de México resultó verdaderamente excepcional, aunque se registró un pequeño incidente aparentemente sin importancia, cuando los novios arribaron al siguiente día a Can Cun, y Claudio decidió que para acompañar la cena bastaba solicitar una bebida gaseosa o cuando más una cerveza, las efusiones amorosas bajaron del anhelado nivel a la frialdad más absoluta, a tal grado que Pezet achacó a cierta mojigatería el inicial fracaso, que por supuesto, evitando repetirlo, dio al traste con los pocos escrúpulos que a Claudio le quedaban, permitiendo y aun solapando abiertamente que su media naranja bebiera cuanto quisiese, con tal que sus besos y caricias fueran más apasionados y el abrazo marital resultara más efusivo y satisfactorio para ambos.

Pezet se fue prendando de aquella irresistible feminidad, que se nutria de cuatro o cinco inocentes copas. Fuera de esa pequeñez, su matrimonio resultó un éxito. Celeste le acarreó suerte. Los ascensos, los reconocimientos, las felicitaciones y cumplidos le comenzaron a llover, entre una verdadera racha de fortuna, que nunca se opacaba.

Una casa bien instalada, una esposa siempre amable, quien encantaba a todo el mundo por su distinción, buen trato y gentileza, le abrieron instantáneamente las puertas no sólo de todos los club de leones, donde la graciosa soberana seguía reinando, sino de los rotarios y aun de los círculos sociales donde se desenvolvían los ejecutivos de la "Atlantic", que de pronto empezó a reconocer el talento de su colaborador y le ascendió vertiginosamente.

Años más tarde, cuando Andrés contaba con tres años y Carlitos había dejado de gatear, la feliz pareja entró de lleno en el alto mundo de la transnacional. La convención de Nueva York, lo puso en contacto con lo más granado de la empresa. Celeste impresionó a los accionistas y dirigentes por igual. Su elegancia, su desenvoltura, aquella naturalidad un poco sofisticada, su trato fino, deteniéndose a escuchar con atención, lo mismo los asuntos más conceptuosos y trascendentales, que los más triviales comentarios, una coquetería que

no permitía el atrevimiento; y una condescendencia generosa con las esposas de los convocados, valieron más que todos los discursos, estudios y pronósticos de su esposo, ocupado hasta las últimas horas de la noche en la tarea de impresionar a los sagaces mercaderes de la mayonesa Atlantic.

Pezet terminó por aceptar que la vena de su consorte, estaba en relación directa con el número de coñacs que la reanimaran. Unas copas bastaban para que la joven señora se revistiera de un encanto irresistible; no obstante llegó a admitir que aquello era una sugestión: los ojos se le dulcificaban, la boca se le volvía más subyugante, las aletas de la nariz se le estremecían, y de toda ella emanaba una deliciosa languidez, un hechizo único que se comunicaba a sus pasos, a sus movimientos, a las inflexiones de su voz, que la volvían irresistible. Por lo demás, Celeste, quién amaba con absoluta sinceridad a su marido, usaba todo su encanto para conseguir confidencias, prevenirlo de sus enemigos y respaldarlo con sus jefes.

Pezet supo que su principal aliado y respaldo ni siquiera era su trabajo, eficaz y productivo; sino su esposa, a ella le debía su prestigio, su imagen de hombre feliz, culto, dinámico; y sobre todo aquella encanijada suerte que todos le envidiaban; así concluyó por aceptar que alrededor de Celeste todo era bonito, armonioso y hasta un poco irreal. No obstante Claudio tenía que cuidar que su ángel guardián no se fuera a manchar las alas con algunos tragos de más, y cuando ella se volvía demasiado comunicativa, el pretexto de dos hijos pequeños, servía para alejarse de las fiestas. Entonces la pareja presentaba sus excusas y se retiraba, justo a tiempo, antes de que la estrella empezara a eclipsarse; y ya en confianza, dormía la mona en el lujoso auto, o en una habitación de hotel, cuando, como ocurría con frecuencia, el ejecutivo tenía que acudir a Houston, Los Angeles, Chicago o simplemente a Monterrey.

A Claudio Pezet ya no le bastaban los buenos recuerdos, que veía borrosos y distantes, sino que cada vez, y conforme, la relación se había ido paulatinamente deteriorando, contemplaba decepcionado la realidad actual, entonces pensaba que el matrimonio no es precisamente la culminación del amor, y que se debe muchas veces enterrar las ilusiones que se han forjado, pues por una causa o por otra, siempre resulta mucho menos de lo que se espera

Celeste descuidaba a sus hijos. El informe de la maestra de Andrés, pronosticando que estaba a punto de perder el año, y no precisamente por falta de inteligencia del chico, ponía sobre el tapete la nada edificante actuación de su esposa.

Los chicos se embebían mirando horas enteras los más aberrantes y manipuladores programas de la televisión, olvidándose por completo de cumplir sus tareas, y como solían desvelarse todos los días, los retardos y las faltas a clases se sucedían de continuo. Andrés cursaba el sexto año y su falta de capacidad para concentrarse, así como su escaso o nulo interés por algunas asignaturas, no sólo ponían en serio peligro su admisión a la secundaria, sino que aún dentro de la elemental le auguraban el más rotundo fracaso que seguramente habría de repetirse en los estudios superiores.

Carlos, el hermano menor, repetía con un mimetismo turbador las gracejadas y excentricidades de los protagonistas de las series, viviendo un mundo irreal, nocivo y peligroso.

Los mimos excesivos de Celeste, la desmedida afición de los muchachos por los deportes, las frecuentes excursiones y paseos, las idas y venidas al club, y el hecho hasta perjudicial de encontrarse a diario en posesión de una buena suma de dinero, de ocio, de libertad, de la condescendencia de su madre quien así se libraba de ellos; y de la poca vigilancia del papa abismado en sus obligaciones, hacían el resto. Por si esto fuera poco, cuantas veces intentaba Claudio obrar con alguna energía en beneficio de sus hijos, Celeste, lejos de apoyarle, lo trataba de ogro despiadado y le hacía ver que aquel sistema educativo basado en la dureza, estaba fuera de época, y que si su padre lo había empleado, criándolo entre amenazas, castigos, y presiones sin fin, no tenía derecho a pretender desquitarse ahora con los pobres niños, usando semejantes procedimientos.

No obstante, aquella vez, Claudio contaba con una razón de peso a su favor, aquella carta, preámbulo de un informe, capaz de desalentar al más optimista, era la prueba fehaciente, de que si la llamada dureza era impropia, la flexibilidad usada sin límite ni inteligencia era peor. El preocupado padre de familia recapituló que las notas escolares de sus hijos, habían distado siempre de ser medianamente aceptables, y que a pesar de los estímulos con que intentaba motivarles, así se tratara de viajes, adquisición de equipos deportivos, cámaras fotográficas o ropa de moda, apenas si respondían, actuando siempre bajo un interés que distaba de ser el del aprendizaje o la superación, seguros de que si su padre dejaba de cumplir lo ofrecido, su madre lo haría sin condiciones.

Pero he allí, que cuando él intentaba hablar de algo trascendental con su esposa, ésta se encontraba en plena cháchara con media docena de viejas chismosas, desocupadas, con quienes gastaba inútilmente el tiempo que le faltaba para atenderlo a él y a sus hijos. Por un momento, el hecho de sentirse abandonado, lo llenó de insatisfacción, él, anhelaba ser un hombre de hogar, pero al volver a casa, se topaba con que era solamente un extraño a quien su esposa no concedía la mas mínima atención.

Claudio recordó las múltiples ocasiones en que era él quién tenía que aguardar la llegada de su mujer, no siempre ocupada, como ella solía decir, en respaldarle, sino también en sus té, juegos interminables de canasta, amigas, cines, y cuando conseguía a duras penas retenerla en casa, la señora la pasaba medio ebria. El insatisfecho esposo admitió que desde hacía algunos meses Celeste sólo se acercaba a él para pedirle más dinero, o para quejarse de los sirvientes, a quienes por su falta de carácter y energía, tampoco sabía manejar. Entonces ya era tiempo de darse una buena lección, haciendo algo que le doliera. Hasta entonces, el hecho de tenerlo demasiado seguro la había atiborrado de vanidad. Ella se creía indispensable en su vida, como si a pesar de su esfuerzo, su amor y su fidelidad, aún no terminara de merecer el favor de haberlo elegido, entre las tres docenas de pretendientes que la asediaban; aunque desde luego se trataba de otros tiempos, entonces ella contaba solo veintitrés años y él era solamente un humilde vendedor anónimo que a nadie interesaba en la empresa... los papeles podían invertirse ahora, y además había comenzado a repudiar aquel endemoniado tufo a licor, que era como un miasma embrutecedor, impregnado sutilmente en toda la casa, y al que todavía no se acababan de acostumar sus sentidos

De pronto pareció recordar que aparte de su esposa, probablemente cansada a su vez de la monotonía de su vida, tenía a su lado a alguien quién se preocupaba por él, que le demostraba en cada una de sus acciones y de sus palabras una lealtad callada, una sumisión

que nada tenía que ver con su papel de subordinada. ¡Era Silvia! Aquella muchacha de estupenda presencia, siempre bien vestida, discreta, y amable, defendiéndolo con denuedo desde su modesto sitio de secretaria; procurando serenarle, preocupada porque comiera a sus horas, evitándole atender directamente a gente desagradable, y halagando con sus palabras y acciones más simples su masculinidad, cuando con una cortesía, que él nunca correspondía, Silvia solía admirar el buen corte de su traje nuevo, o el color de la corbata con que solía combinar un moderno saco sport.

El ejecutivo admitió que la actuación de la joven aquella mañana hubo sido certera, pero no excepcional., pues no era la primera vez que la dulce gatita sacaba las uñas al ver agredido a su jefe. Hacía cuatro años, desde que la asignaron a Mercadotecnia, que hacia lo mismo, sin que él hubiera tenido hasta entonces una palabra de gratitud para con ella, ni aún cuando sobre la consola que hacía juego con su escritorio, se ostentaba siempre un fresco ramo de gladiolos, aunque que nunca se había detenido a indagar si la joven, pagaba esos lujos de su bolsa, o estaban comprendidos en el rubro de mantenimiento de su oficina, lo que sin duda hubiese propiciado que respingara el avaro señor Ledesma, objetando que dichos gastos no estaban debidamente justificados; Pezet concluyó que junto a él había una eficiente mujer que daba todo, sin solicitar nada a cambio y que además era joven, y bonita. Su cabello castaño oscuro estaba siempre bien cepillado, ni corto ni largo, y era la culminación de un rostro armonioso. El arco fino de las cejas presidía unos ojos azules, en ese tono del azul claro de los mosaicos bizantinos; una nariz casi perfecta, una boca deliciosa de líneas delgadas, y las mejillas ligeramente menos pálidas, le concedían a aquel rostro una belleza serena. Silvia no acostumbraba reír frecuentemente pero al instante la disculpó al aceptar que su papel en la oficina implicaba esa eficiencia amable aunque insexual y respetuosa, donde una sutil feminidad apenas delataba a la mujer, que era a final de cuentas sólo un elemento más en el complejo engranaje de la producción., pero Silvia era también coqueta, al igual que la mayoría de las mujeres. Así lo delataban sus blusas vaporosas con mangas bombachas, el irreprochable corte de sus trajes sastre, el discretísimo perfume, el maquillaje de tonos suaves; el arreglo de sus cabellos castaños, las medias estiradas, los zapatos impecables haciendo juego con bolso y el color del vestido, todo ello denotando una organización, un equilibrio producto de la madurez y el buen sentido. Nunca sorprendió Pezet un pliegue revelador en su ropa, nunca le alteró un escote demasiado pronunciado en aquellas blusas suyas rematadas por un moño o una corbata, nunca un movimiento perturbador en sus caderas, o un descuido al sentarse que mostrara una pulgada mas arriba de las rodillas, le dio razón para inquietarse, Silvia sabía que sus perturbadores muslos pertenecían a su intimidad, pero que allí era solamente un soldado en el ejército del trabajo; y nada tenían que ver sus encantos o su sexo, Claudio reconoció que nunca la había sorprendido hablando por teléfono con ningún hombre o con alguna amiga, es decir, con alguien que no tuviera una relación directa con su trabajo, e incluso, cuando su sonrisa se animaba mas allá de lo normal, sin escucharla deliberadamente Pezet suponía que hablaba con don Mauricio, o en un inglés casi perfecto con Mr. Stockdale o cualquier otro funcionario importante de la planta de Monterrey, o de la central de Houston. No obstante, razonando fríamente admitió que aquella estupenda chica, debía como todas, tener novio, pretendientes y amigos, pero que por un exceso de delicadeza y responsabilidad, evitaba su trato en las horas de oficina. Razonablemente sociable con las demás empleadas, no llegaba a intimar con ninguna, Pezet nunca la encontró acompañada con nadie, hombre o mujer, más allá del estacionamiento o del jardín. Cuando no tenía trabajo urgente que despachar, Silvia bajaba a almorzar en el comedor con los empleados,

Claudio desde luego no frecuentaba ese lugar, pero en alguna ocasión excepcional, encontró a su secretaria, comiendo aparte, sin intervenir en conversaciones vulgares ni risotadas de mal gusto desempeñándose con una pulcritud y una elegancia, tal y como lo hubiera hecho una aristócrata en el más exclusivo restaurante de París o Nueva York, ello daba motivo a que las oficinistas le llamaran *la princesa* y aunque ella lo sabía, lo disimulaba no dándose por aludida, y sonriendo a todas muy democráticamente sin ninguna predilección ostensible. Por lo demás Pezet poseía su número telefónico y los datos de su domicilio; y recordaba vagamente haber escuchado, que nació en un pequeño pueblecito cercano a La Piedad, Michoacán, y que vivía con su madre, a quien sostenía con el producto de su trabajo. Pezet se había sorprendido, de que en tan insignificante lugar aledaño a una ciudad provinciana, se dieran flores tan exquisitas, y al instante convino que Silvia no era de ninguna manera una sencilla flor del campo, sino más bien una de esas lujosas camelias de invernadero, toda aristocracia y refinamiento.

Y le atrajo: con toda la fuerza de su soledad, de su decepción, de aquella orfandad de amor, porque Celeste había dejado de ser ya, quién sabe desde cuando la adorada, aunque él mismo lo ignoraba. La llama que alimentaba la hoguera se había extinguido y ya sólo quedaban un montón de cenizas, y algunos tizones medio consumidos, que atestiguan que si bien hubo un buen fuego fue en un tiempo pasado; pasado, como todo lo que suele haber sido en la vida.

-5-

Una mañana se decidió por fin; y la abordó directamente mirándola a los ojos.

-Quería agradecerle cuanto hace usted por mí... -dijo Pezet

Silvia se sonrió.

Habían pasado cuatro años juntos, conviviendo trescientos días de cada año por lo menos, entre las nueve de la mañana y las seis de la tarde; y embebido en el trabajo, nunca había reparado en que detrás de la maquina de escribir, del cuaderno de notas, del teléfono, o de la agenda donde organizaban su trabajo, sus citas, su tiempo, su vida misma, se escondía un ser humano; y éste era precisamente una muchacha.

Silvia como casi todas las mujeres había madurado demasiado pronto. Su seriedad, su eficacia, eran pruebas inequívocas de una inteligencia clara que atrapaba todos los detalles, aún los más mínimos, desmenuzándolos y examinándolos. El mexicano Pedro Castorena, decía que la mujer no necesita realmente aprender nada, pues todo lo sabe por intuición. Y nunca a nadie, fueron mejor aplicadas estas palabras.

Silvia no pareció sorprenderse esa vez que Claudio la llamó pasadas las nueve de la noche; y si bien al principio supuso que algún asunto urgente, o la búsqueda de algún dato, había motivado el que su jefe le telefonara por vez primera a su casa, cuando se ponía el abrigo y retocaba su maquillaje y su peinado disponiéndose a salir; sabía que Pezet andaba en problemas y estaba necesitado de ella, de la mujer que había ignorado sistemáticamente, concediéndole apenas de vez en cuando, la gracia de un tuteo descuidado, que al punto rectificaba volviendo al convencional *señorita* o llamándola por su nombre cuando se encontraba de buen humor.

Desde luego Pezet se disculpó de importunarla a una hora tan inconveniente, pero ella detectó que se había alegrado mucho de encontrarla en casa. Después de todo era normal que una muchacha quién trabajaba todo el día, dispusiera de sus horas libres para

instalarse en la butaca de un cine, o fuera a tomar café con una amiga o con el novio de turno, aunque para suerte de Claudio, Silvia siempre estaba allí, con sólo marcar un teléfono u oprimir el botón de un timbre.

Claudio le rogó que si le era posible, accediera a reunirse con él para tomar un café o una copa. Le gustaría tanto verla fuera de la oficina y hablarle de otras cosas que no fueran los interminables asuntos de trabajo.

Silvia sonreía. Estaba dispuesta. Pezet habló de ir a recogerla a su casa pero ella declinó la galantería; y ambos eligieron reunirse en un lugar que no resultara demasiado distante. El Presidente Chapultepec, justo en medio de Ciudad Satélite y el Distrito Federal fue el punto elegido; y cuando él sugería encontrarse en cuarenta minutos, la joven no replicó, si bien tuvo que correr para llegar puntualmente.

Encontró a su jefe, aguardándola en un sillón del recibidor. Tan abstraído se hallaba en sus pensamientos, que no se enteró que ella había llegado, hasta que le saludó con un amable: Buenas noches, entonces se levantó al instante y le alargó la mano dándole las gracias por haber venido y disculpándose otra vez por importunarla.

Le pregunto solícito si había cenado ya, y sin esperar respuesta agregó: -Yo todavía no.

-Ni siquiera ha comido -adivinó ella, y agregó en el tono ligeramente exigente que solía emplear en la oficina, cuando Pezet entre una montaña de papeles y telefonemas, se resistía a perder unos minutos para almorzar, y ella lo obligaba a comer un sandwich o tomar una taza de sopa, usando la misma insistencia que se emplea con un niño pequeño:

-Ante todo, debe usted procurarse algún alimento, yo le acompañaré mientras charlamos, con una taza de té, pues casi nunca suelo cenar.

Eligieron el Balmoral.

Frente a un plato que no se decidía a empezar, Pezet tartamudeaba su gratitud.

Silvia aceptaba los cumplidos con una sonrisa cordial pero fría, casi distante ella sólo había cumplido con su deber. Claudio se desencantó de aquella respuesta, entonces ella consideró oportuno ceder terreno.

-Indudablemente yo he puesto mi entusiasmo, mi interés, porque aparte de agradarme mi trabajo, usted es una persona comedida y formal.

-Sólo por eso... -Replicó Pezet, y pensó esa formalidad quiere decir que yo nunca me he propasado, ni siquiera en los detalles mas mínimos.

-En efecto -aceptó ella- A todas las mujeres nos halaga que aprecien nuestra sensibilidad; y a mí en lo personal, me satisface mucho saber que soy respetada de cuantos me rodean.

Pezet descubrió en aquellas palabras, que su secretaria tenía un carácter y una personalidad muy definidos.

-Pero es usted una muchacha al fin, ¡Una hermosa muchacha!

-Gracias -respondió Silvia, con cierta coquetería, y luego, como si quisiera vengarse por el largo tiempo que Claudio había tardado en descubrirlo, añadió: Pero en la oficina, pretendo ser ante todo un buen compañero de trabajo...

-¡Un compañero con faldas! -Insistió el ejecutivo- ¡Realmente encantador!

-Eso debería ser lo de menos. Después de todo, es usted un hombre casado, y además con una mujer muy guapa, que yo admiro mucho, y a quien considero una amiga.

La palomita explayaba de una vez los pensamientos que le revoloteaban dentro de su linda cabeza. ¡Y con cuanto pesar, mal disimulado por cierto, había dicho aquello de que su jefe era un hombre con un compromiso! Por lo demás -pensaba Pezet- lo de la esposa

muy guapa y lo de la amistad, eran bastante relativos, si no insinceros.

-Sí, soy un marido afortunado -aceptó en tono de queja- ¡Pero también los hombres de suerte, tenemos ojos para admirar la belleza!

Silvia levanto los ojos con un dejo de indiferencia.

-¿Tan importante es para usted eso? -Preguntó.

-¿El qué?

-¿Qué una mujer sea atractiva? Aunque es difícil parecerlo a todos los hombres, pues lo que a unos les agrada, a otros los puede fastidiar.

-No soy tan superficial, Silvia. Usted no me conoce bien. Aprecio en una mujer todas sus cualidades. En usted por ejemplo, admiro su inteligencia, su discreción, y sobre todo el hecho de saber que siempre puedo contar con su ayuda.

En los ojos de la muchacha, regularmente fríos e inexpresivos, donde sólo muy de vez en cuando, solían asomar chispitas de una alegría, siempre controlada, se reflejó de pronto un interés sincero.

-Puede estar seguro de ello -afirmó, y luego como si pretendiera restarle importancia a sus palabras agregó -por más que aunque quisiera, yo no podría nada, sólo escucharlo y tratar de comprenderlo. .

-¡Una mujer lo puede todo! -Declaró Claudio-. ¡Ustedes poseen las llaves de la felicidad!

Silvia se sonrió incrédula.

-Si eso fuera no existirían mujeres desdichadas.

-Ustedes pueden hacer feliz o desgraciado a un hombre, según les plazca. -insistió.

Silvia lo escuchó con cierto desdén en la boca, y los ojos fijos en él, entre un continuo sondeo de las palabras, de los gestos, y se diría hasta de los pensamientos que quería ocultar.

-Usted llama felicidad, el conseguir que una mujer se entregue, que les ame, o que ceda a lo que pretenden de uno... pero se olvida, de que una vez que han obtenido lo que les interesa, la felicidad se esfuma, y el amor se queda convertido en un escombros.

-Convengo que a veces el amor nos decepciona Silvia, a nosotros y a ustedes también, pero ¿Qué seríamos sin el?

Silvia enmudeció ante la pregunta. Verdaderamente la sorprendía esta vena sentimental y filosófica de su jefe, a quien al fin, miraba tal cual era. De pronto decidió que le gustaba así: humano, atrevido, osado, incluso para emprender la conquista de ella. ¡Ah, los hombres, eran todos iguales! lo mismo solteros que casados, obreros que intelectuales. Y las mujeres -se preguntaba- ¿Seríamos también todas lo mismo, unos animalitos domesticables accesibles al acoso del macho que les gusta? - Silvia se rebeló ¡No, ella no sería nunca eso! Por algo trabajaba, por algo se había esforzado y superado en la vida, para ser ella ¡Únicamente ella! sin necesidad de ningún hombre que la sujetara. La joven parecía complacerse en sus delirios de superioridad, pero de pronto, se enteró, casi con espanto, de que habría estado cuatro años inconscientemente enamorada de su jefe, y que con toda su inteligencia, su fuerza, su auto-control, había permanecido esperando pacientemente aquel día; la hora de tenerlo frente a ella, con todos sus triunfos, su carrera, su cónyuge brillante, su seguridad y hasta su indiferencia. Silvia sintió rabia. Había actuado como una tonta, dejándose engatusar y accediendo a asistir a aquella entrevista, a la que había sido llamada, con la déspota premura que se llama a un falderillo.

Y entonces, cuando estaba por marcharse, pretextando cansancio, Pezet se desplomó. Primero, comenzó a hacerlo con cautela, estaba preocupado, sí, sus hijos no

estudiaban, la madre demasiado ocupada en compromisos sociales, y según ella en darle un respaldo, no podía ayudarlo. Él se sentía impotente de corregir una situación de la que a pesar de vivir siempre trabajando, no estaba exento de culpa. Le pesaba por otra parte, tener que emplear la más pequeña dosis de dureza con los suyos; Silvia le escuchaba adivinando que el problema de un par de chiquillos holgazanes, encubría otro mucho más íntimo, y desde luego mucho más lacerante, que Pezet no se atrevía aún ni siquiera a esbozar.

Silvia intuyó un matrimonio en plena decadencia; y luego con secreta alegría se puso a imaginar si Pezet habría dejado de amar a su mujer.

Por fin, aquella presuntuosa, que a guisa de saludo declaraba tener jaqueca, que había tenido el mundo a sus pies, y que era la consumación de la burguesía, iba a vérselas con un marido, que se valía de mil rodeos para conseguir la charla de otra mujer, probablemente cansado de la propia. ¡Y esa mujer era ella! ¡Y ese hombre era su jefe, él que decidía, él que ordenaba, él que tenía la razón de su parte, tal si la hubiera contratado para toda la vida!

Pezet concluía su plato. Silvia había terminado hacía media hora su taza de té, y esbozaba algunas sugerencias vagas para motivar a los chicos al estudio. A veces era necesario ser drástico, aunque a él le repudiara la idea, más tarde, ellos mismos se lo habrían de agradecer, Pezet escuchaba tibiamente los consejos, disculpándose de nuevo por haberla molestado con un asunto de tan poca importancia.

-Necesitaba que usted me diera su punto de vista... que me orientara.

-¿Yo? - Preguntó Silvia.

-¡Usted! En nadie confío tanto como en usted. Y tal si se tratara de probar al punto lo que decía, agregó- Creo que existe otro problema aún... mi esposa, gusta de beber a veces, alguna copa de más...

Pezet se arrepintió al punto de haberlo dicho, había arrastrado las palabras sin atreverse a mirar los ojos de su confidente, buscando llevarlos a lo profundo de la taza de café, entonces, sintió sobre la suya una de las manos de ella.

-6-

-Me olvidé de que debía salir a recibirte a la puerta, con los brazos abiertos y dando brincos de alegría porque habías llegado... ¡Ah! ¡Y sonriendo! con una bata transparente o en baby-doll, con el pelo suelto, perfumada y dispuesta a todo lo que te viniera en gana o se te ocurriera... por lo visto ya no soy libre de hablar una hora sanamente con cualquier amiga inofensiva, o de buscar un poco de distracción jugando una canasta.

Claudio apenas la alcanzaba a escuchar, entre el ruido que producía la rasuradora eléctrica. Se afeitaba cuidadosamente, buscando conseguir la mejor apariencia en cada detalle de su rostro, de su traje, del calzado.

Gustaba vestirse siempre bien por rutina; porque su apariencia era una herramienta indispensable en su trabajo, pero aquella mañana lo hacía además por un motivo bien distinto: gustarle a Silvia y buscaba la camisa bien cortada, lo corbata de seda que mejor combinara con un traje claro, juvenil, que le hiciera aparentar el muchacho que apenas hacía pocos años había dejado de ser.

Celeste, con las inequívocas trazas de su reciente borrachera iba y venía metida en una bata acolchada de color chocolate. Tenía aún el cuerpo macizo, escultural, todo lo

suave que puede conservarse después de los treinta años; y como tocado por esa palpitación lúbrica, que como decía Eca de Queiroz, suele enseñorearse en las mujeres durante su segunda juventud, muchas veces más ardiente que la primera, enriquecida por las experiencias, alucinada por una devoradora sed de vivir y de gozar, de sentir y de saber.

Era la primera vez que su esposo estaba por salir de casa sin murmurar al menos una explicación y estaba fuera de sí.

Sopesaba su parte de culpa e incapaz de pedir perdón por su torpeza, optaba por desahogarse, representando, aunque insincero, el socorrido papel de víctima.

-Se me hace responsable de todo -se lamentaba- debo ser un estuche de monerías, un robot sin falla; una mujer polifacética que lo mismo se desempeña de ama de llaves, educadora, administradora, cocinera a veces, sirvienta sin sueldo y sin día de descanso... -Y enumeraba con los dedos aquel alud de actividades diversas- Por si fuera poco debo vigilar la ropa de la familia, la organización de esta casa enorme, el ritmo implacable de tres comidas diarias, a diferentes horas para cada uno, y además estar al pendiente de tus hijos, con los que hay que comenzar despertándoles cada mañana, meterles por la fuerza el desayuno y sacarlos casi a empujones a la esquina mas próxima a esperar el camión escolar, o llevarlos a toda prisa a la escuela cuando éste se ha ido. Y además, debo ser al mismo tiempo: dama de sociedad, abonada a la opera, asistente a cokteles, a seminarios y conferencias, corresponder todas las visitas, caer bien a toda la gente; ¡Y no dejarme embarazar, así me parta un rayo!

Claudio había elegido al fin la camisa y la corbata acordes, y se miraba en el enorme espejo del vestidor satisfecho y seguro, pensando en la magnífica impresión que haría a Silvia apenas entrara a la oficina.

-¡Sí seré idiota! -se reprochaba a sí mismo despiadadamente- ¡Una muchacha tan linda, tan comprensiva! ¡Y yo la he tenido a mi lado, mes tras mes, sin enterarme, como si estuviera ciego!

De pronto la voz de Celeste se tornó más aguda:

-Una mujer al casarse pierde todo: sus padres, su familia, sus amistades, sus oportunidades... y luego el himen, el nombre de soltera, la libertad, la independencia, y a veces hasta el tiempo... ¿Y todo para qué?... para que un día el marido la deje plantada y se salga de casa sin ninguna atención para con ella, y se vaya a no se donde, para regresar a media noche o en la madrugada...

La borrachera no le había permitido enterarse de la hora. Se había acostado incluso a medio vestir, con un zapato puesto que su marido había tenido que quitarle.

-¿Bajarás a desayunar? -Le preguntó por fin, cansada de hablar sin que su esposo le respondiera- ¡Está la mesa puesta! ¿Podrías decirme al menos como deseas los huevos? Constancia no puede adivinar.

Pezet bajó apresurado consultando el reloj. Dentro de cuarenta minutos tendría a Silvia frente a él, tomando el dictado, con un cuadernillo sobre las estupendas piernas que solía cruzar con una elegancia de princesa y mirándole entretanto con sus ojos azules limpios y serenos.

El desagradable asunto que los días anteriores le había angustiado y lo que tanto deseaba comentar con su esposa se le había olvidado, ante la halagadora perspectiva de conquistar a la bella secretaria, lo cual atraía su mente con una voracidad que era el desquite de su imperdonable miopía. Bebió de pie en el ante comedor una taza de café acompañado de una tostada, ante la miraba estupefacta de su esposa.

-Un día descansaremos los dos -pronosticaba Celeste enojada- tú de mí, yo de ti

Los chicos habrán crecido, y como si hubiéramos asistido a una mala película, veremos con alivio, la palabra fin; y nos iremos cada uno por su lado; y enviaremos al infierno: los convencionalismos, el que dirán tus papas, mi familia y el chismorreo ocioso de esos estúpidos gringos, que al fin y al cabo, ellos también suelen hacer lo mismo y sin tantos rodeos...

Arrastraba las palabras con los signos inequívocos de la no totalmente pasada ebriedad.

Los rayos del sol se proyectaban sobre la alegre decoración del desayunador, detrás del ventanal lujosamente encortinado.

Un jardín con césped verde, algunos rosales, una fuente y un surtidor lanzando sus hilos de agua cristalina hacían un agradable ambiente, Claudio pensó que aquel panorama, era la escenografía adecuada para ser feliz, pero las agrias palabras de Celeste lo volvían bruscamente a la realidad; además su esposa bebía, había bebido la última noche; y él la había encontrado recostada sobre la cama en desorden completamente ebria.

Lejos se oía el tintinear de los vasos, que seguramente alguna de las sirvientas estaría levantando del salón de juego, entonces, con un gesto de impaciencia, se sacó la carta que había tenido buen cuidado de cambiar de la bolsa de un traje al otro, y la arrojó sobre la mesa.

-Deja de hablar tonterías -exclamó- y procura vigilar mejor a tus hijos, ya que yo carezco de tiempo para hacerlo. Juegan, se distraen, no hacen los deberes y suelen llegar tarde o faltan a la mitad de las clases. Andrés está a punto de perder el año, harías mejor en ocuparte de eso y no en perder el tiempo con viejas chismosas.

-¿Viejas chismosas? -repitió Celeste ofendida- ¿Las tratas así porque son mis amigas? ¡Yo no me expreso mal de tus compañeros y los trato con todo comedimiento!

Pero ya Claudio no la escuchaba, dirigiendo sus pasos hacia la puerta del hall que comunicaba con la salida. Celeste se adelantó, cuando él abrió la portezuela del automóvil -¿Tampoco me darás un beso ahora? -preguntó Celeste.

Claudio se volvió y pasó su mano por el cabello de su mujer, la atrajo y la besó rápidamente en la mejilla.

Celeste trató de retenerlo.

-En la boca... -pidió.

Pezet puso un beso breve en sus labios, que debieron olerle a coñac.

-Ya sabes que no me gusta que tomes. ¿Cuántas veces he de repetírtelo?

Ella se llevó la mano a la boca, con un ademán de niña sorprendida en una falta grave. Claudio puso a funcionar el motor y cerró la portezuela. El jardinero abrió la puerta para que pudiera salir el coche del señor. Celeste lo seguía con la mirada. Un minuto después la enorme puerta de la cochera se había cerrado.

Celeste subió corriendo las escaleras y fue a refugiarse en su recámara, empujando la puerta con estrépito. Su matrimonio había empezado a derrumbarse esa mañana. Se dejó caer sobre la cama sollozando. Una y otra vez golpeó la almohada con los puños, de pronto, como si recordara una cosa importante se irguió y fue a buscar en uno de los gabinetes del tocador una botella de coñac, buscó con los ojos un vaso, y al no encontrarlo, pegó los labios al cuello de la botella, mientras chillaba con un pesar infinito:

-Nunca me había hecho eso ¡Nunca se había portado así!.. .

Y las lágrimas rodaron por sus mejillas, mezclándose con el rimel, en tanto que de las comisuras de los labios le escurrían algunas gotas del ambarino licor.

Claudio y Silvia se fueron revelando paulatinamente, descubriendo sus auténticas personalidades, sus secretos, sus gustos, y afinidad..

Aprendieron a complacerse, a acompañarse, a convivir más horas que las del trabajo, sin hartarse, encontrándose nuevos, interesantes. Aprendieron a disimular en presencia de todos. A veces Pezet en horas de oficina, cuando estaba bien cerrada la puerta de su privado, solía poner un beso rápido, furtivo sobre el pelo o sobre las mejillas de la muchacha, la tomaba de la cintura sorpresivamente, o le decía algunas palabras, casi en secreto, como si estuviesen a todas horas rodeados de espías.

Otras ocasiones Silvia cerraba tras de sí la puerta del privado y venía a acomodarse sobre las piernas de su jefe, precisamente en la pose secretarial característica, y que ella antes criticaba tanto en sus compañeras.

-¡Te amo! Murmuraba él.

Ella dibujaba en sus labios una sonrisa de burla mezclada con algún ingrediente de desdén.

-¡Todos dicen siempre lo mismo! -Replicaba.

-¡Si existiesen otras palabras para expresarlo! -Aventuraba él.

-Ya lo veremos algún día -contestaba Silvia, mientras relampagueaba en sus ojos un resplandor desconocido.

-Eres desconfiada, distinta... -le reprochaba Claudio

-No soy .ninguna *rara avis* -se defendía intentando ponerle dulzura a su tono de voz- soy una mujer como todas, pero más sosegada, más dueña de mí. ¿Comprendes?

-Comprendo. Y quiero comprenderte -declaraba Claudio poniendo en el tono la sinceridad que sentía embargarle, Y pensaba: es una joya, en ese carácter aparentemente adusto, se esconde el intocado tesoro de su feminidad. Es seductora pero reservada, y veo que se esfuerza por ser amable y tierna. De todas maneras es una muchacha en quien podré siempre confiar. Y volvía a las caricias, a los besos.

-He sido un ingrato... -se acusaba.

-Pero yo no quiero que me ames por gratitud -replicaba ella.

-Te amo, te necesito y te deseo -insistía Pezet.

-¿Me deseas? -preguntaba ella con esperanzadora coquetería, y Pezet veía asomarse la pasión en sus ojos.

-Quisiera que ese cuerpo estupendo, elegante, fuera mío, que me pertenecieras toda...

Silvia quedaba silenciosa y luego exclamaba lentamente:

-Cuando me hablas así, me parece que no es a Silvia a quien te diriges, sino a una mujer que no soy yo, que ni siquiera conozco.

Otras veces, el humor de la muchacha era más receptivo a los requerimientos amorosos de su jefe. Entonces, meditando cada una de las palabras declaraba:

-Siento que estoy pasando una metamorfosis; y que alguien me importa verdaderamente por primera vez

Pero a los pocos días, el carácter de la joven volvía a aflorar, y a mostrarse tal cual era realmente.

-Un día, me convertiré en un recuerdo -le dijo, una vez mientras comían en

Normandie.

-¿Qué me quieres dar a entender? -Le preguntó el galán mientras partía un trocito del enorme bife asado sobre las brasas.

-Que me iré y no me verás más. ¡Y que será imposible encontrarme!

Mientras tanto él probaba un poco de la ensalada rociada con la indispensable salsa Mil Islas "Atlantic".

-¿Y tu madre? ¿Y tú casa?

-Mi madre es bastante mayor, para valerse por si misma; y en cuanto al departamento veré que hago con el, incluso con esto...

-¿Esto? -preguntó Pezet- ¿Qué es esto?

-Bueno, con mi amor. Porque soy de las mujeres que sólo se saben dar por amor.

¿Luego entonces era eso? ¿Llegaría a ser suya? Pezet la deseaba, pero quería representar realmente el papel del enamorado, para quién la posesión física es apenas una parte de un todo tan complejo y tan amplio que no alcanzaba a caber en los límites de una cama, más por otra parte, si bien los mimos y las caricias no faltaban, Silvia ponía en el momento culminante un límite imposible de rebasarse demostrando a las claras que no era una mujer fácil.

Pezet no se daba por vencido. Aquella belleza, aunque aparentemente fina, elegante, pulcra, era al fin y al cabo como toda hembra, susceptible de tumbarse un día sobre el lecho alquilado de un hotel, y quedarse mirando al techo, con el semen escurriéndole entre los muslos, pensando, no exenta de flojera, si se levanta a lavarse, o si se queda allí, acurrucada al lado de su hombre, reclinando la cabeza sobre el pecho velludo del varón, quién seguramente dormiría plácidamente a su lado, cansado de la cópula y satisfecho del placer. Pezet pensaba en esa indolencia femenina, perezosa y sensual, con su dosis respectiva de indiferencia y abandono; y de la que Silvia a pesar de su incuestionable dominio no debía estar totalmente exenta.

Por su parte ella aceptaba que el amable ejecutivo debía tener también esos indecorosos pensamientos que son demasiado vulgares, y suelen hospedarse en la mente de todos los hombres, si bien por ahora parecía contentarse con unas relaciones híbridas, especie de noviazgo, amistad íntima o preludio de amasiato, si bien lo último le sonaba demasiado feo, y ni siquiera se atrevía a contemplarlo con mediana claridad

-Toda tú me has arrastrado a un sueño, un sueño dulce, del que no quisiera despertarme ya nunca. -Le dijo Claudio una vez que cenaban en el Maxim's recordando que en uno de los salones del Presidente Chapultepec se habían reunido la primera ocasión.

Aquella fue una cena bastante curiosa, porque ambos rechazaron, como si hubiese un acuerdo tácito, la más inofensiva copa de vino; y el camarero desconcertado tuvo a su pesar y con mal disimulado disgusto, que contentarse con servir repetidas veces en las magníficas copas sólo agua mineral.

No obstante, fue un éxito. Pezet se portó con la cordial galanura de un lord, prodigando a su dama todas las atenciones posibles, y haciéndola pasar un buen rato con una charla divertida, en la que nada tuvieron que ver los trágicos barruntos del triángulo amoroso que se perfilaba. Silvia le escuchó con apacible dulzura, esbozando una sonrisa plena de promesas, en las que el amor fiel, sincero, pero sin sexo, y tal vez sin futuro inmediato era el leit-motiv dominante.

El ejecutivo llevó a la joven a las tres de la mañana a su casa, y cuando volvía a la calle en busca de su automóvil a prudente distancia estacionado, seguía sonriendo estúpidamente, motivado por la inercia.

Si para persuadir basta creer, hay que sentir lo que decimos. ¡Y yo lo siento! La muchacha se me ha metido dentro de la piel -pensaba Claudio, mientras se encaminaba por las avenidas desiertas rumbo a su domicilio; entonces se acordó de Celeste, a quién había olvidado todo el día, entre el ajetreo del trabajo, y el entusiasmo por cumplimentar a Silvia. ¡Soy un hombre comprometido! -Admitió, y aunque el amor nos hace olvidar alegremente los deberes, me he metido en un verdadero laberinto; y supongo que mi esposa nunca será capaz de perdonarme, aunque yo tampoco estoy dispuesto a perdonarle lo del cognac.

Era el mes de octubre. El pavimento parecía exhalar una niebla espesa que hacía más difícil el camino. Pezet conducía con desgano, aunque con precaución, y porque en el fondo, a pesar del cansancio, tenía pocos deseos de regresar a su casa y encontrar a su mujer ebria, disgustada o dormida. Entonces, entre un relámpago de lucidez, vio la estúpida pobreza del amor institucionalizado, sostén de la sociedad, base de la procreación, meta y síntesis de hombres y mujeres: aquello se reducía, a conocer a una muchacha, enamorarla, casarse, tener hijos ¡Y se acabo!... el ideal, era como aquella neblina: ¡Humo! humo que se esfumaba y cuando más, opacaba un poco las luces amarillas que lanzaban sus rayos sobre el pavimento ¿Serían tal vez, las luces de la razón?

-8-

Los presentimientos de Claudio se cumplieron con gran prisa. Si bien, pudo reposar una cena tan cara sin ningún contratiempo.

Celeste, quién ahora se debatía entre los celos, encontró una causa de incuestionable peso para beber con sobrada justificación, pero aquella noche se quedó dormida con ese sueño de los niños que después de haber llorado mucho quedan exhaustos y cansados..

Claudio con el pijama mal abrochado se tumbó en el lecho, procurando hacer el menor ruido posible.

Apenas encendió el pequeño velador y los rayos rosados de la pantalla fueron a caer sobre la consabida botella, que totalmente vacía, reposaba sobre la mesa de noche. Se sintió entristecido, irritado, dispuesto a despertarla y gritarle cuatro verdades. Pero se contuvo al reconocer, que él tampoco cumplía cabalmente con su consorte.

Al día siguiente era domingo Pezet había prometido a sus hijos llevarlos muy de mañana al club, pero cuando despertó, estos llevaban ya algunas zambullidas en la espaciosa alberca de la casa, y Celeste, con la cara embadurnada de crema, hacía largo rato que discutía con la cocinera, mientras empinaba un enorme vaso de agua mineral con un alka-seltzer. Apenas divisó a su marido deambular por la planta baja de la casa, sintonizando el noticiero de la televisión, le lanzó una de esas miradas concentradas que parecen más bien un disparo del alma. Claudio socarronamente se instaló en un sillón con el periódico abierto, buscando en la sección de espectáculos algo que pudiera agrandar a su nuevo amor, Celeste vino a reclamarle el poco caso que hacía de sus hijos y de ella.

- ¡Te sientes incómodo en mi compañía! ¡Claro! ¡Dos hijos! ¡Diez años! ¡Ya te hartaste del mismo plato! Nuestro matrimonio va en picada. ¡Eres demasiado egoísta, no sabes renunciar, no puedes renunciar, siquiera por tus hijos!

-¿Renunciar? ¿Y se puede saber a que debo renunciar?

-Ahora vienes con eso. No soy ninguna de esas tontas mujeres que se tragan todo: lo del distribuidor importante al que hubo que celebrar, alcahuetear y cumplimentar porque se le ocurrió presentarse intempestivamente, lo de la junta hasta la madrugada, la partida

inacabable de dominó, o el amigo de la infancia con el que te encontraste por casualidad y les dio mucho gusto volver a verse después de veinte años. Se lo que traes entre manos... -respiraba rítmicamente- aparentando tranquilidad y sin los ya frecuentes sobresaltos de la embriaguez.

Pezet convino que su esposa se vulgarizaba y afectando indiferencia respondió:

-¡Vaya! ¡Sigues con lo del amor inventado y la amante inventada!

-¿Y por qué otra causa me has dado la espalda, como si yo fuera algo que pudiera relegarse, o dejar a un lado así no más? No te has decidido a abandonarme por completo porque te hacen falta esos... órganos varoniles... simplemente me pospones, lo cual resulta mucho más cómodo para tu condición de macho.

-¡No me gustan las escenas fuera del teatro!- Contestó Claudio, mientras pensaba proponer a Silvia que fueran juntos a disfrutar alguna obra intrascendente en una de esas salitas de bolsillo. .

-¡Y yo estoy harta de hacer este cinito! ¡De ser la esposa engañada, y ya pido que me cambien de papel!

-¡Son los espejismos de la borrachera! ¡Y vendrán otros peores!

-¡Bebo un trago para darme valor, porque no quiero llegar a ser una neurótica, o acabar en un manicomio!

Para fortuna de Pezet, Andrés y Carlos con el pelo recién lavado y las mejillas muy sonrosadas, hacían su entrada muy orondos, portando con el obligado maletín deportivo, las raquetas de tenis y una alegre y despreocupada sonrisa dominguera.

Sus padres se miraron, y sin mediar palabra pospusieron sus diferencias para cuando estuviesen solos.

Los chicos traían un hambre feroz y Claudio decidió que almorzarían todos juntos. Celeste apenas probó bocado pues tenía náuseas y se quejaba de una irritación estomacal.

Claudio la dio por mirar inquieto el reloj, y al fin, después de un rato de buena charla con sus hijos, en la que menudearon las bromas, se fue a vestir y sin dar mayores explicaciones, con una despampanante naturalidad, partió dejando a su consorte, lívida de ira.

La vida familiar se le iba convirtiendo en algo insoportable al ejecutivo, si bien temeroso de que su esposa llegara a descubrir sus relaciones con Silvia, declinaba llamarla desde su casa; al fin, por suerte, encontró una caseta telefónica funcionando y ambos concertaron en verse hasta las ocho. La joven alegaba que si él no la buscaba temprano, ella no podía hacer planes, y le era prácticamente imposible salir siempre corriendo de casa para reunirse con él.

Pezet propuso esperarla en el auto a media cuadra de su casa. Silvia acudió puntual para no hacerlo esperar.

Dejaron lo del teatro para otro día. Era mejor conversar un rato desde el mirador de la autopista a Cuernavaca.

Silvia se quejaba de no haber dormido suficiente y prefería regresar pronto a casa. Le esperaba después de todo, un lunes con excesivo trabajo.

Después de recorrer Insurgentes, llegaron ante la caseta de cobro. Silvia se reclinó por vez primera en el hombro de su amigo. En el mirador un par de autos con sus respectivas parejas y las mismas intenciones, más que contemplar la ciudad iluminada se besaban.

Silvia, quién hace meses habría murmurado: ¿Porque mejor no se van a un hotel?, al tercer o cuarto beso, estaba tan deliciosamente aturdida que se olvidó de todos sus

melindres para entregarse a una verdadera orgía de caricias y de besos, hasta que dieron las once de la noche, en que regresaron silenciosos a la ciudad, absortos cada uno en sus respectivos pensamientos.

Al día siguiente y por el menor motivo, apenas se quedaban algunos momentos solos, reanudaban aquel alud incontenible de caricias, a las que: por lo visto gradualmente iba aficionándose la muchacha. Pezet la invitó a salir por la tarde, pero ella declinó la sugerencia, pretextando que tenía una cita en una sala de belleza donde debían recortarle el cabello.

Claudio tuvo que resignarse y aparentando conformidad, optó por irse a una de esas salitas con pretensiones de Cine-Club donde se exhibía una versión sueca de *Casa de Muñecas* de Ibsen adaptación cinematográfica más o menos respetuosa de la obra del genial dramaturgo.

Muy ajeno de lo que esperaba en casa llegó al filo de las nueve de la noche, mucho más temprano de la hora en que solía presentarse.

Celeste, quien había enviado a su cuarto a los chicos, lo recibió con un aire de triunfo pintado en la cara. Con las manos en jarras, echando chispas por los ojos y acompañada del respectivo vaso, se vela muy bella, como una leona dispuesta a saltar sobre su víctima.

-¡Con dos hijos a quienes debías dar el ejemplo, y una esposa que quisieran llevarse a la cama todos tus amigotes, todavía pretendes andar de cacería!...

El hombre se desconcertó como semejante recibimiento. Iba a responderle que seguramente ya debía estar borracha, pero aquella argumentación le divertía.

-Yo, que he sido una tentación para cualquiera, ahora me veo reducida a ser engañada, cambiada por otra cualquiera, porque no será con una mujer de calidad, una muchacha con clase no se mete con un casado, por muy conquistador que este sea.

-¡Esas son tragedias a lo Shekaspeare! -Replicó él- Ya te dije que no me gustan las escenas fuera del teatro

-Si se tratara de una simple aventura, ni siquiera me tomaría la molestia de estorbarte. Pero soy desafortunadamente la esposa, la que lleva mucho más que perder, y aun partiendo del supuesto de que ya no me amas, podrías al menos darme las razones por las que se esfumó el amor: ¿Cansancio? ¿Monotonía? ¿Ya no se hacer bien el amor? ¿O es la novedad?...por lo demás para mí resulta casi inexplicable...He pasado la tarde devanándome los sesos sin entenderlo. No es bonita, ni sexy. ¡Es mucho menos mujer que yo! Eso sí, muy ordenada, muy servicial. Nació para eso: para servir, en calidad de criada, o de secretaria, o de lo que sea, lo mismo da, pero tú y yo, a diferencia de esa resbalosa con la que te has pegado, como si fuera tu cordón umbilical, nos conocimos en circunstancias bastante diferentes, cuando hablarme significaba un triunfo. No fui una mujer fácil de esas que se encuentran en cualquier lugar, con sólo preguntarles la hora y que abundan por todas partes.

Claudio palideció ligeramente.

-¡Eso es lo que me faltaba! Qué involucres a una muchacha inocente que no hace más que su trabajo.

Celeste no le escuchaba.

-En realidad no envidio la suerte de tu amor. Si aspira a mi puesto, pues saldrá de su horripilante y monótona vida de oficina, para convertirse en sirvienta de casa chica, con todas las desventajas del amasiato y señalada como una cualquiera...

-¡Celeste! -Gritó Claudio fuera de sí.

-Si, mucho Celeste porque he descubierto tu juego. ¡Y óyelo bien, lo van a saber todos, lo voy a publicar para avergonzarlos a los dos!

-¡No tienes ninguna prueba!

-¡Las buscaré y las tendré conmigo! Por ahora me ha bastado ese maldito perfume...

-¿Qué perfume?

-El que usa esa ofrecida. El que tienes impregnado en la ropa. Su aroma me fastidiaba desde antes de que fuera inventado. ¡Es una loción de sirvienta, y de sirvienta corriente, porque mis muchachas seguro que no se la pondrían ni con la amenaza de despido!

-¡Estas borracha, hablando estupideces e incoherencias! -Replicó Claudio irritado.

Celeste se lanzó sobre él con los puños cerrados.

El la tomó por las muñecas.

-¡Basta! ¡Basta! -Exclamó sometiéndola por la fuerza.

Marcela había acudido asustada.

Entonces ella se dejó caer hecha un mar de lágrimas, abrazándole las piernas y sollozando histérica. La violencia se había ido trastocando en un alud de ruegos, de súplicas, de imploraciones.

Claudio trató de calmarla y con la ayuda de la sirvienta la llevaron a la recámara, donde se quedó llorando sin parar, y consolándose con una nueva botella.

El decidió que pasaría la noche en el estudio, y pidió a Marcela que le trajera sábanas y mantas y le improvisara un lecho sobre el sofá.

Y por primera vez, durmieron separados.

-9-

Claudio se quedó cavilando si su esposa sería capaz de cumplir sus amenazas. Pensó en el desprestigio que sobrevendría y en que, inevitablemente, iban a ser la comidilla de todo el chismoso personal de la compañía, pero al llegar a su oficina encontró a Silvia portando un elegante vestido de Christian Dior, con listas de colores, que imitaba al arco iris y decidió que por aquella soberbia mujer, bien valía la pena correr algún riesgo.

La joven ejercía sobre él una fascinación extraña, y el hecho mismo de que era poseedora de un carácter, le atraía doblemente pues significaba un reto, una especie de meta en lo alto de un diagrama, y él era un hombre de lucha: tenaz, voluntarioso, capaz de vencer todas las dificultades, con tal de decir: ¡Lo he logrado!

Mientras tanto ella con el ceño fruncido, los azules ojos: duros, concentrados, sin un asomo de dulzura, escribía en la máquina eléctrica: silenciosa, funcional, eficiente, cómo eran sus dedos habituados al teclado.

Media hora después, Pezet tendría sobre su escritorio, todo el trabajo administrativo resuelto, esperando para su trámite y ejecución.

Silvia aguardaba a un lado las órdenes de su jefe.

-Luces hermosa. -afirmó Claudio con voz enronquecida, mientras el deseo se le desbordaba por los ojos.

-¿Te parece? -Preguntó ella, afectando cierta indiferencia.

-El vestido es verdaderamente estupendo, y se amolda a la perfección a tu figura

- Ya me lo había puesto otras veces, sólo que no te habías dado cuenta -respondió ella, mientras recogía aquel alud de papeles con logotipo de la “Atlantic”; entonces él la tomó por un brazo y con voz melosa de seductor entrenado le propuso:

-Mañana es sábado. Podríamos pasar juntos el fin de semana.

-¿A donde me quieres llevar? -Preguntó ella, sin evadir la caricia.

-Donde tú quieras. Puedes elegir desde La Paz, hasta Cozumel... Vallarta, Guadalajara, Morelia...

-Demasiado lejos - advirtió ella- el viaje nos llevaría la mitad del tiempo.

-Bueno, hay lugares bellos mucho más cercanos. Acapulco por ejemplo, nos vamos en avión. ¿Qué tal si reservamos en el Princes?...

-¡Todo el mundo se enteraría! -objetó ella- A la media hora de asolearme estoy completamente quemada, y tú lo mismo, sin que me lo dijeras yo sabía cuando llegabas de alguna playa con... tu esposa, y a propósito ¿Has pensado en lo que le vas a decir?

-¿De qué?

-Pues del viaje, de lo que me estás proponiendo...después de todo, no dormirás una o dos noches en tu casa.

-Yo arreglaré eso. Lo principal es que tú...

-Es que yo...

-Estés contenta y la pases a gusto. ¿Qué tal Querétaro? En La Mansión se come bien, y los jardines son espléndidos.

-No. Hará frío.

-Entonces Cuernavaca.

-Eso es mejor. Y además está a sólo una hora de la ciudad. Podríamos regresar el mismo día.

-O quedarnos para ir a bailar, supongo que habrá un buen sitio

-Bien, allá lo decidiremos.

Aquel viernes, las circunstancias no se prestaron a las confidencias. Claudio tuvo que ir de una junta a otra, y al medio día fue llamado al despacho de don Mauricio con quién se fue a comer. Apenas tuvo un segundo para despedirse de Silvia por teléfono.

-Mañana, iré por ti al Sanborns a las nueve. ¿Estamos?

-Estamos -consintió ella.

La comida con el director y otros funcionarios de la empresa se prolongó hasta muy tarde. Claudio pensaba en la muchacha y por primera vez, el perspicaz hombre de negocios, detectó que algo distraía a su subordinado.

Al terminar los postres, y mientras tomaban el café, don Mauricio socarronamente encendió su habano y se acercó discretamente a Pezet.

-Lo noto preocupado. ¿O es cansancio?

-No señor - respondió Claudio en tono comedido- sólo un poco de dolor de cabeza.

-Es ya tiempo de que tome usted unas vacaciones. ¿Que tal Hawai?... Le gustará a su esposa.

-Aprecio su generosidad señor. Pero será más adelante. Por ahora, la introducción de nuevos productos requiere toda mi atención.

-Y la “Atlantic” lo requiere a usted, pero con buena salud y disposición de ánimo Si tiene

algún problema, no vacile usted en comunicármelo... Claudio regresó a su casa, Celeste

miraba la televisión acompañada de sus hijos. Se levantó a recibirlo. Le pareció que su

rostro estaba deslucido, los ojos, dolorosamente risueños denotaban los estragos del llanto.

Pareció alegrarse de la presencia de su esposo a una hora tan temprana. Claudio se acercó a ponerle un beso desabrido en la mejilla que ella le ofrecía, hubiese hablado cualquier cosa con ella, pero el ligero tufillo a cognac lo desalentó, iba a pedirle que cuando bebiera, así fuera solamente una gota se alejara de sus hijos, pero optó por callarse. A veces el destino se divierte torciendo nuestros propósitos -pensó- y se puso a conversar con los muchachos. Al poco rato, pretextando cansancio se fue a refugiar a su estudio, donde preparó la maleta, había seleccionado con minucioso cuidado la ropa sport que usaría al día siguiente.

Un último escrúpulo de conciencia intentó advertirle: ¡Cuidado! navegas en un mar encantado pero peligroso. Mas la imagen de Silvia enfundada en aquel vestido de colores lo volvió a atraer con la imantada fuerza de la evocación.

Y pensando en ella se quedó dormido.

La mañana siguiente le descubrió maravillas insospechadas.

En la alberca del viejo hotel del Casino de la Selva, no lujoso pero decorosamente pasable, Silvia lucía un bikini diminuto. Era la atracción máxima del día, y Claudio detectó con íntima satisfacción que hombres y mujeres, jóvenes y viejos, y hasta niños, admiraban aquel cuerpo escultural hecho de un mármol lechoso ligeramente sonrosado. Los pechos altivos, endurecidos por el contacto del agua fresca lucían soberbios. Le breve cintura que parecía quebrársele, hacía nudo en la hondonada suave y blanca del ombligo. El vientre perfecto, sin un centímetro de más, era cual la consumación del misterio o más bien ¡La respuesta a todos los misterios! las caderas enloquecedoras, llameantes, descendiendo hasta la irreprochable redondez de las nalgas, eran como dos llamados irresistibles a la voluptuosidad, mientras que los muslos llenos, apenas un poco más blancos que el resto de la piel le trajeron a la memoria aquellas increíbles piernas de “La Odalisca” que inmortalizara en un lienzo el pintor Henri Decame. ¡Era una hembra! En esa plenitud donde la carne se sublimiza, cuando el torrencial empuje hormonal, se vuelve formas, simetría, exuberancia de la carne latina, que pide ser reverenciada. Vaso de amor maravilloso, expresión de todo cuanto significa el don inmenso de ser mujer.

Claudio se enardecía contemplando a su diosa, y luego, cuando el agua y el afán deportivo le aquietaban el cuerpo, la fiebre del espíritu se le volvía obsesión, la amaba, la quería suya en cuerpo y alma. Un despótico anhelo de ser poseedor de la mujer y de la hembra, de la carne espléndida, y de la voluntad que la gobernaba, le invadía.

La colmó de halagos, de regalos, hizo decorar con flores la mesa, contrató a uno de esos tríos que suelen dormirse en el falsete para que entonara acompañándose de las indispensables guitarras, algunas canciones apasionadas, hechas para mujeres como ella

Discutió con los meseros, objetó el servicio, la sencillez de los platos y hasta la vajilla despostillada. ¡Nada le parecía digno de ella! Lo atendieron con profesional paciencia y les llovieron las disculpas. El encargado se empeñó en omitir el arreglo floral de la cuenta, ofreciéndolo como presente de la casa a la señora, y entre aquella euforia Claudio la presentó con aire de triunfo como su prometida, entonces los cumplidos pasaron del personal de servicio a otros huéspedes que sonreían liberalmente a la pareja.

Silvia halagada recibía con sonrisa los homenajes.

-Te has olvidado- le dijo a Claudio que durante cuatro años, he comido el menú de la compañía que consiste en la misma comida que se sirve a los obreros, y a la que suele agregársele en ciertas mesas, como condimento de lujo, algún frasco de la salsa de apios o

de cebolla, la mayonesa o la mostaza "Atlantic".

-¡Hoy eras mi invitada! -Declaró su anfitrión entusiasmado.

-Pero una mujer no se conforma con ser la invitada de un único día, sino de todos.

Pezet no respondió. Apenas intuía vagamente lo que ella trataba de darle a entender, y ambos sin mediar palabra evadieron el tema.

Después de los postres visitaron la ciudad entre el agradable calorcillo del atardecer. El auto se deslizaba entre las casas rodeadas de murallas donde proliferaban la bugambilia y la jacaranda, visitaron el Palacio de Cortés, las ruinas prehispánicas de Xochicalco, la estación ferroviaria y el Jardín Borda, con su arroyo, donde Silvia que tuvo el capricho de descalzarse, insistiendo en meter los pies, para jugar con el agua corrediza, ligeramente entibiecida por el fuerte calor del mediodía. Después, ambos intentaron seguir el curso del riachuelo por una orilla angostísima, donde a cada paso estaban a punto de caer; lo que los motivó a reír ruidosamente, al fin extenuados volvieron al coche.

El sol había declinado completamente. Un aguacero irrumpió de pronto, y los obligó a refugiarse inmediatamente en el auto.

Entre la fiebre del deseo Claudio parecía escuchar que las gotas repetían el nombre de la mujer que le causaba semejante fascinación: ¡Silvia! ¡Silvia!

-Es hora de regresar al hotel para recoger mi maletín.. -sugirió ella- me gustaría regresar a buena hora a México

-Habíamos quedado en ir a bailar... -objetó Claudio, conduciendo con muchísimo cuidado entre la lluvia torrencial.

-No quiero faltar a mi casa -respondió ella.

Llegaron al hotel.

Silvia introdujo las prendas dispersas en una maleta color de rosa.

Claudio audaz buscaba sus labios.

-Quedémonos aquí -le pidió, y en sus ojos hubo un ruego.

-¿Has pensado en divorciarte de tu mujer? —le preguntó ella.

-¡Silvia!

-Yo no voy a aceptar nunca ser tu amante. No nací para eso.

-Pero es que...

-Hablemos claro, hemos estado dando demasiadas vueltas.

-Pero tú sabes que lo que me acabas de pedir es imposible.

-Yo no he pedido nada, sólo te he hecho una pregunta. . . y además, hoy la gente se casa y se descasa fácilmente.

-Silvia, yo te quiero -protestó Claudio.

-Y yo podría llegar a quererte -admitió ella- de lo contrario no estaría aquí, ni habría aceptado salir contigo jamás.

-Pero eso sería cometer una grave injusticia, pues tengo dos hijos en la edad en que la presencia del padre es insustituible.

-Entonces, será mejor que te dediques a ellos y me dejes en paz.

Claudio la miraba desolado.

-Pensé que comprenderías.

-¿Y que es lo que tengo que comprender? ¿Qué porque me gusta un hombre voy a pasar la vida escondiéndome, expuesta a las burlas, a la vergüenza, cuidando cada mes de no embarazarme, metida en un departamento esperando la hora que te dejen libre, para que el día en que te hartes de mí me dejes así no más?

-Pero tú exageras las cosas, has hecho una verdadera tragedia de algo que podía ser

tan simple, tan amable...

-¿Cómo una aventura, verdad? . . . Donde tu conseguirías un capricho y yo ni siquiera eso, ni nada... ¡Mejor dejemos todo así!

-Pero me permitiste acercarme a ti...

-Porque te vi como un chiquillo desvalido, que necesitaba que alguien lo quisiera de verdad un poco, pero ahora me doy cuenta de que eres un macho egoísta como todos. Vuelve a tu dulce hogar, a tus hijos, a tu Celeste, aunque después de todo, no será quizás muy agradable vivir con una alcohólica.

-¿Que cosa has dicho? -exclamó Pezet furioso.

-Lo que tú mismo me confesaste, lo que todo el mundo sabe en la compañía aunque te lo ocultan por conveniencia o por hipocresía. Tu mujer es simplemente eso ¡Una pobre dipsómana!

El la miró. asustado primero, indignado después; sintió el impulso de abofetearla, pero la fría mirada de Silvia le contuvo.

La horrible palabra le rebotaba, le retumbaba en lo más profundo del cerebro, de los nervios, de las vértebras, de las células, como si se agrandara en el hueco de un abismo y el sonido multiplicado le ensordeciera; y no obstante era la verdad, la verdad que él sabía demasiado y no había intentado medir en toda su magnitud.

Ya no se hablaron más. Una hora y cuarto después Silvia descendía del auto, a unos pocos pasos de su casa

-10-

Claudio enfiló hacia su hogar. En la ciudad de México, también llovía. Los fanales del coche perforaban las sombras de la noche oscura. El hombre se sintió horriblemente solo. Sintonizó Radio Universidad, pero al punto decidió apagar el radio. Descubrió que amaba a Silvia mucho más de lo que hubiera querido admitir, pero a la vez una oleada de compasión, de indulgencia para Celeste le arrastraba hacia ella, con mucho más vehemencia que la ley, el deber o la sociedad. La sentía indefensa. Ahora él era el fuerte. Por ayudarle a encumbrarse Celeste había contraído una especie de *enfermedad profesional* a la que desde luego estaba sumamente propensa. Su alcoholismo se había incrementado en los cocteles y las reuniones elegantes; y él lo había propiciado, sin sospechar que podría llegar a convertirse en un problema serio. Abandonarla ahora, equivalía a actuar como un cobarde.

De repente, entre un relámpago de lucidez vislumbraba la absoluta mediocridad de su vida, de la de todos, y muy particularmente de quienes como él, aparentaban la felicidad y el éxito, el dinamismo y la alegría del vivir como un distintivo o una pose y desde luego, de los que ni siquiera ese lujo podían permitirse.

Pezet apreció que el amor institucionalizado fracasaba. La máquina y el ideal, el materialismo y el espíritu, la tecnología y el romanticismo, eran como el agua y el aceite, nadaban juntos, pero no se unían, porque sus esencias eran enemigos acérrimos entre si.

La época y la ciudad misma, eran una especie de carcinoma del matrimonio.

A su memoria acudieron las imágenes de todas las parejas que conocía, todos estaban en mayor o menor grado enemistados, distanciados; todos aparentaban una estabilidad que estaba muy lejos de ser real, todos buscaban en las relaciones extra maritales, en el club, en las fiestas, con los amigos, romper esa monotonía, hacerse la ilusión de que se escurrían de los deberes inacabables, de la esclavitud disfrazada, de la imagen burguesa pero falsa; de los hijos mismos, con las satisfacciones que

proporcionaban, pero que a su vez, traían consigo tal cantidad de problemas, que acababan por ser muchas veces, las ligas de la unión y la causa de la discordia; el ácido que inevitablemente disolvía los últimos residuos de la pasión..

Por regla general, la mujer envejecía prematuramente, se afeaba, perdía su frescura y terminaba marchitándose entre cuatro paredes, buscando distraerse con dos o tres telenovelas idiotas, u ocupándose de chismes y de problemas de otras compañeras de reclusión, igualmente frustradas, marginadas, inútiles y amargadas como ella.

Celeste y él habían unido sus esfuerzos para librarse de una situación semejante, habían hecho lo imposible por conservar esa imagen de juventud, por prolongar aquel noviazgo dichoso; pero al extraerla bruscamente de su tradicional condición de mujer mexicana, emancipándola y dignificándola, había caído en la orilla opuesta, y en la propia caída, ella había resbalado hacia un barranco cuyo fondo tenebroso podía ser lo mismo la destrucción que la muerte. Y él había contribuido. No siempre el lujo, el derroche, el dinero sobrado conduce a la felicidad, Celeste bebía cognac porque había mucho dinero con que adquirirlo, porque la servidumbre la relegaba de sus deberes de madre y de esposa, de ama de casa y de auténtico bastión del matrimonio.

Quizás porque estaba hastiada, cansada, demasiado tensa, desengañada del inútil y absurdo esfuerzo de vivir, de luchar, de desesperarse... Total: ¿Para que?... el final sería siempre el mismo: la soledad, la liquidación de todas las ilusiones, la enfermedad, la muerte; y con ella una decepción infinita por todo en lo que hemos creído.

Claudio volvía a recorrer su camino de reflexiones, como si transitando por aquellos insípidos bulevares, con las manos sujetas al volante, intentara escarbar el fondo de si mismo, de su auténtica personalidad, a la que las circunstancias le hablan colocado una máscara tan falsa, que ya ni el mismo se reconocía a veces.

Buscaba una tabla de salvación de donde asirse, le pareció que el pasado con su cauda de recuerdos gratos le ayudaría a vivir, pero el pasado es irrepetible; y el futuro se le presentaba sombrío, desconcertante, porque había perdido la capacidad de entusiasmarse, de soñar, de creer. Y aún de vivir.

Silvia había representado para él, la otra cara de la moneda: el amor romántico La utopía. Pero sin saberlo había caído en el más cruel de todos los espejismos.

También eso estaba liquidado.

La mujer astuta y desconfiada por naturaleza, ya no se dejaba embaucar tan fácilmente en la fábula novelesca del amor desinteresado. Mientras más se preparaba y se sentía segura de valerse por si misma, de caminar sin necesidad del varón, de competir aunque con desventaja en todas las tareas que el hombre se había reservado para ser el amo, el eje, el sostén de lo familia, único medio de relativa validez para tenerla sujeta; más conciencia tenía de sus derechos, e insistía en reclamar lo que consideraba legítimamente suyo. Ya no se prestaba a ser simplemente un objeto, aunque se tratara de un objeto precioso al que se le hacían versos, se le divinizaba, o se le rendían homenajes un diez de mayo, ahora anhelaba ser respetada, y considerada dentro de la misma sociedad que había construido el hombre, las más veces sin su parecer ni su muy directa participación. Y para conseguir este nuevo rol, usaba su sexo y su atractivo. Era un ser humano igual al varón, y por lo tanto tenía el irreversible derecho de aspirar a la dignidad. Aunque débil por naturaleza, la verdadera fuerza de la mujer, estribaba en darse o negarse. En ese juego radicaba su innegable poder.

La mujer quería sentirse segura. Y como Silvia se lo había dado a entender aquella tarde, anhelaba ser la convidada de todos los días o de ninguno. Sacrificaba su libertad a

cambio de la protección del hombre, aunque a veces esa aspiración de seguridad viniera a desembocar en el matrimonio, que más tarde o más temprano, solía fracasar por una u otra razón.

Claudio convino en que si hubiera optado por divorciarse de Celeste para casarse con su secretaria y así conseguirla, transcurrida la euforia de lo novedoso, con un desenlace tal vez distinto pero igualmente fatal, la unión terminaría por desintegrarse, cual un espejo que un día antes o después, terminará siempre por romperse.

Hizo un esfuerzo por recapitular: había pretendido huir del amor-institución, para volcarse en el amor-aventura. El primero se le había escurrido de las manos, como un puño de arena que se evade entre los dedos, el segundo, se le eclipsó como una burbuja de jabón, tal vez porque nunca hubo existido.

Quedaba todavía algo más: aquel afán inacabable de hacer dinero, y el peor pecado de hacerlo para los demás, llenarse de mansiones que esclavizaban y aburrían, de autos veloces que eran como pistolas apuntando a la sien, de libros que nunca había tiempo para leerlos, de objetos inútiles dizque de buen gusto, de trapos, de joyas, de relojes que repetían monótonos la misma hora; de confort, de prestigio, de respetabilidad, de un lujo en competencia y a la moda ¡Cómo, si todo eso nos pudiera hacer felices! y valiera la pena pelearlo desde las nueve de la mañana hasta las siete de la noche cada día de cada año!

Su famosa carrera se reducía a eso, a ir, venir, hablar, engañar, competir, adular, sonreír como un robot y al final aceptar que la vida se diluyó en esa lucha vacía y estéril, donde lo trascendente siempre estuvo pospuesto, olvidado, desconocido.

Pobres vidas -pensó Claudio- de esos capitalinos que nunca hemos encontrado tiempo de contemplar una puesta de sol, de bañarnos en un río, de internarnos en un bosque, o de escuchar una mañana sin prisas, sin presiones, sin tener que correr a marcar una tarjeta o a firmar un libro de asistencias, el canto de un pájaro en libertad.

Pezet llegó a su casa. El mismo tuvo que abrir la puerta para introducir su coche

Era casi la una de la mañana. Andrés y Carlos todavía veían la televisión en la biblioteca, precisamente en aquella sala donde se pretendía albergar la cultura, y donde paradójicamente había penetrado su más encarnizado enemigo.

En algún extremo de la sala, Celeste yacía sobre un sofá, dormida, y a juzgar por el desarreglo del cabello y del peinador, totalmente ebria.

Junto a ella, algunos vasos con residuos de vino, una botella de brandy vacía, otra de ron a medio llenar; y una fila de envases de refrescos, completaban aquel escenario donde imperaba la desolación.

Pezet se sintió abatido. La idea de querer ser feliz con Silvia, con Celeste o con cualquier otra mujer, había huido para siempre de su fantasía.

Sus hijos, su trabajo, y el éxito medido en billetes de banco, alcanzaban un precio desproporcionado, a cambio de lo poco que aportaban a su vida.

Pensó en que no quería pensar más.

La razón volvía aún más ingrata la existencia.

Por un momento le pareció ridícula la idea de que solo por el hecho de que una mujer se había negado a ser su amante, él se sumergiera en aquel estúpido pesimismo.

Reconoció que le faltaba valor para quitarse la vida y que aún encontrándola sin estímulos tenía que vivir; y que ello implicaba cumplir una tarea, someterse a un designio desconocido, para el que no había explicación sino obediencia.

Y discurrió que cuando menos debía evadir su amargura, menguar su monotonía, pintar de tonos rosa su aridez, retener una chispa, fabricar un milagro; entonces, tomando

un vaso, vació sobre él una larga porción de licor y ávido lo dejó resbalar por su garganta ante los asombrados ojos de sus hijos, y sintió diseminarse por su cuerpo, por sus venas, una oleada de calor agradable, de relajamiento, de bienestar infinitamente reparador.

## AL PARPADEAR LA TARDE

Ese nácar que cubre tu figura  
blanco y lleno de luz se transfigura  
en un cándido mármol de Carrara  
en albo bibelot de porcelana  
en translúcido vaso de alabastro  
en tanto que silente  
al mirar los reflejos de tu cara:  
acaricio en la mente  
la plata mate de tu nivea frente.

Enrique Ramos Valdés

México, año de 1971

-1-

*En tanto que no tiene mujer, un hombre es la mitad de todo.* No sabía porque, mas esas palabras que encerraban la sabiduría del Rig Veda, se le metieron en la cabeza y las recordaba insistentemente, tal si se le revelaran impresas en el viejo libro con las letras curvas y menudas, donde las había leído, aunque no lograba recordar exactamente cuando, si en sus años de estudiante, o durante aquella temporada, en que viajaba por parte de la empresa farmacéutica y pasaba muchas horas leyendo a bordo de los ferrocarriles, aviones, y autobuses, ó si cuando habiendo concluido su trabajo, se quedaba tumbado en la cama de su cuarto de hotel, en espera de que acudiera el sueño, y con el único compañero posible: un libro.

Berto consultó su reloj y la agenda. Aún le faltaba hacer una visita, que por ser la más placentera reservaba para el final de la jornada.

El doctor Bautista, alto y fornido, con su aspecto de gigante bueno, le recibía cordial, estrechándole con aquellas manazas suyas, que no obstante su masculina tosquedad, realizaban milagros de cirugía.

El visitador médico enunciaba su rutina y después de ponderar la eficacia de los medicamentos que promovía, sacaba del maletín las consabidas muestras que depositaba

sobre el escritorio del galeno, y le daba las gracias por haberlo atendido. A veces el médico solía prolongar la charla sobre cualquier tema y concluía relatándole algún chiste, que Berto saboreaba cómo el postre después de una comida opípara.

Entonces, antes de abandonar la consulta, la miraba por última vez y con un manifiesto pesar murmuraba un ¡Hasta pronto! que equivalía a la promesa de volver a verse; y que la enfermera correspondía con una amplia sonrisa, deseándole mucha suerte.

El propagandista salía del sanatorio con un sentimiento mezcla de pesar y de alegría. La femenina figura lo deslumbraba, haciéndole sentirse dichoso por el sólo hecho de haberla visto, pero al mismo tiempo la certidumbre de que sólo después de o seis o siete semanas volverían a encontrarse unos instantes le ocasionaba cierta tristeza.

Una vez, se puso a contar el número de visitas a hospitales y consultorios, que tenía que cumplir, antes de retornar a la clínica del doctor Bautista; y cada domicilio que anotaba en su informe, suponía que lo iba aproximando un poco al momento esperado.

Berto admitió que aquello era absurdo, pues no sabía nada de la joven, ni siquiera su nombre, que descubrió accidentalmente, cuando el gigantón en vez de emplear aquel distante trato de señorita que le otorgaba frecuentemente, la llamó con amable simpleza: Flor de Luz.

El reconoció que estaba perfectamente adecuado a su dueña, quién era en efecto, una flor por su juventud, su frescura, su gracia adorable y aquel aire inocente y tierno que emanaba de ella; y feliz de saber como nombrar a la agradable visión que turbaba sus horas, se abandonó a esas fantasías de los enamorados, que como en los cuentos de hadas culminan siempre con el triunfo de la pasión.

Aquella tarde un cielo gris deslucía la ciudad, pero el visitador atento sólo a la perspectiva de contemplar a la guapa enfermera, apretó el paso y hasta el maletín le pareció menos pesado, aunque iba como siempre bien cargado de folletos, frascos y cajas.

Veinte minutos después, mostrando un aire jovial en un rostro pulcro y recién afeitado, Berto se presentaba en la sala de espera del consultorio del doctor Bautista.

Si hoy tengo mejor suerte -pensaba- intentaré trabar conversación con ella; y como la fortuna concede a veces lo que mucho se anhela, la misma Flor de Luz salió a recibirle.

-El doctor tuvo que acudir al domicilio de una paciente, pero supongo que no tardará en llegar. ¿Sería tan amable de sentarse y aguardarlo un poco?

Berto asintió encantado y se instaló en el sofá.

-Confío que el imprevisto no le hará perder mucho tiempo -advirtió la joven- ¿Puedo ofrecerle algo de tomar?

-No gracias. -y sonriéndose añadió- Es agradable permanecer aquí. A veces debo acudir a consultorios olorosos a sudor, orines y humanidad enferma y descuidada, situados en las colonias proletarias... Este sanatorio en cambio es diferente

-¿Le parece? -interrogó Flor de Luz.

-Claro. Es limpio, silencioso, las antecámaras son acogedoras y usted... sobre todo usted es siempre tan amable.

-Gracias -dijo sonriendo la enfermera-. A los pacientes les agrada un trato comedido y respetuoso.

Berto contempló a sus anchas aquella belleza lozana. Era leve, más bien bajita, tenía la cintura delgada, los senos erguidos, las caderas prominentes sin exageración, y los muslos se adivinaban lindamente torneados. El rostro que lucía terso y apiñonado delataba una joven de no más de veinte años, aunque los cabellos recogidos por detrás y la seriedad de su trato le dieran la apariencia de una muchacha mayor. Cuando sonreía, lo que era

frecuente en ella, se le coloreaban las mejillas, y la boca fresca y pequeña mostraba dos hileras de dientes blanquísimos; pero lo mejor de aquella cara, era decididamente una nariz pequeña y respingada que le daba un aire de chiquilla traviesa.

Entonces reconoció que el autor del Rig Veda tenía razón, si se trataba de una mujercita como aquella, y ensayando un aplomo que no poseía en realidad agregó:

-Hace tiempo que anhelaba tener la ocasión de ponerme a sus órdenes. Me llamo Alberto, aunque mi madre para abreviar me llamaba simplemente Berto, y así se me fue quedando, incluso cuando asistía a la escuela de medicina... y por supuesto ahora en el laboratorio.

Flor de Luz se presentó con sencillez, alargándole una mano cálida, delgada y fina como un pétalo.

- Yo soy Flor de Luz.

-Lo sabía -replicó el propagandista con aire de triunfo.

Ella pareció sorprenderse, pero él rectificó de inmediato: -Un día que yo me encontraba presente, el doctor la llamó por su nombre.

-¿Y usted lo recuerda? -preguntó curiosa la joven.

-¡Yo siempre la recuerdo a usted! -respondió galante- Desearía ser su amigo, si usted consintiera desde luego.

Flor de Luz lo miró a los ojos.

-¿Y por que me recuerda?

-Pues... porque hay en usted, algo que invita a confiar, a creer.

-¿.En que le gustaría creer?

-En la amistad por ejemplo. En que el mundo es grato y la amistad es algo bello.

-Habla muy bien -convino Flor de Luz.

-Es que me gusta leer. Y ya ve, los libros le sueltan a uno la lengua.

-Yo no dispongo de mucho tiempo para lecturas, pero hago mi trabajo con entusiasmo, aunque en algunas ocasiones, me suelo poner muy nerviosa, sobre todo cuando entro al quirófano y debo ayudar al doctor en alguna emergencia o en una intervención difícil.

Berto detectó que había un punto brillante en su mirada deliciosamente encantador, y envalentonado por su repentina audacia prosiguió:

-Una vez cuando terminaba mi jornada de trabajo me detuve frente a una iglesia donde se celebraba una boda. No me conocía nadie y algunos invitados molestos por mi curiosidad me miraron de reojo. A poco llegaron los novios. Ella vestía de blanco, como usted ahora y me pareció muy bella. ¿Sabe por que? porque yo imaginaba su rostro en la de aquella joven sonriente y dichosa.

-Pues tiene usted mucha imaginación. -dijo Flor sonriendo.

-Entonces, para convencerme de que no estaba perdiendo el juicio, me puse a observar los ángeles pintados en la cúpula. Mi abuela decía que el cielo estaba poblado de ángeles, aunque estos no eran visibles para los mortales.

El doctor Bautista llegó en aquel momento y tomando afectuosamente a Berto por los hombros lo condujo hacia el interior de su consultorio.

Y el visitador extrajo de la maleta de cuero la literatura con las consabidas muestras médicas y se puso a hablarle con entusiasmo de los nuevos productos que la empresa lanzaba al mercado.

Dos anhelos había tenido Berto en su vida: ser médico y encontrar una buena muchacha que le quisiera.

Lo primero se había frustrado ante la sistemática escasez de dinero de su padre, quién debía sostener una familia numerosa, y le fue imposible apoyar a su vástago como estudiante en la capital. Lo segundo fue más difícil aún; las muchachas que había conocido o no lo aceptaron o le habían dejado una idea tan pobre y recortada del amor, que a pesar de sus veintisiete años cumplidos no se explicaba el verdadero sentido de aquella palabra. Cuando conoció a Flor de Luz, Berto empezó a saber lo que era realmente estar enamorado; y después de aquella corta entrevista, admitió que se hubiese contentado con amarla, aunque ella nunca le correspondiera. Con preguntas discretas y aprovechando su natural simpatía, Berto consiguió apreciar por una pequeña rendija, algunos detalles de la vida de su adorada, y una noche en que le informaron que la muchacha terminaba su turno a las ocho, se presentó con anticipación en el sanatorio, situándose a prudente distancia, y acechando la ocasión de acercarse y hablarle.

No transcurrieron más de quince minutos cuando la vio pasar por uno de los corredores, iba como siempre con el impecable uniforme y caminando diligente; un enfermo yacía encamado en una habitación y ella al entrar provista de algunos instrumentos, dejó entreabierta la puerta; Berto la miró inclinarse junto al lecho, tomar el pulso y la presión al paciente, mientras le hablaba con voz suave, aunque él no pudo escuchar lo que decía. Con excesivo cuidado, pero con firmeza, la muchacha clavó en las venas azulosas del antebrazo una aguja y vació luego el contenido de la jeringa.

El propagandista la contemplaba reverente, santificada por el trabajo, absorta en el deber, satisfecha de servir, tal si realizara un ritual mágico con sus manos ágiles y eficientes, como esterilizadas de todo pecado, y prestas en su aparente inocencia, para sostener las más encarnizadas batallas contra los viejos enemigos de la humanidad: el dolor, la vejez, la desesperanza y la muerte.

Provista de sus pulcros zapatos de goma que no hacían ruido, iba y venía: tranquila, concentrada en su quehacer y no obstante bella, demasiado bella y hasta se diría congruente con aquellos parajes donde anidaban el dolor y el sufrimiento.

A través del caleidoscopio del amor, de los lentes azules del ideal, su enamorado la veía cual una nube diáfana, envuelta en la almidonada blancura de su traje, portando la irreprochable cofia, con las medias bien sujetas y estiradas; y luciendo una pulcritud que se conjugaba acorde con el ambiente, porque el albo color, predominaba a su vez en los techos, en el parquet del piso, en las cortinas, muebles y lámparas, reflejándose hasta en el cromado del instrumental, que ostentaba la más estricta asepsia.

Berto convino que aquel escenario pudo haber sido el suyo, pero antes de que el pesar se apoderara de su ánimo, Flor de Luz estaba frente a él, prodigándole su más encantadora sonrisa.

-Que milagro que nos visita -dijo a modo de cumplido- ¡Es una verdadera sorpresa verlo por aquí!

-Flor... -respondió trabajosamente- Siento interrumpir en su trabajo. Usted hallará motivos para llamarme atrevido, y soy en efecto un inoportuno...

-De ninguna manera.

-Pero en esta ocasión no he venido de parte del laboratorio, sino porque deseaba saludarla, conversar con usted, aunque fuera sólo unos minutos... cuando hubiese concluido su trabajo.

Flor le bañó con una mirada dulce, intensa.

- ¿Y se ha tornado la molestia de venir hasta acá solamente por verme?

-Ya lo ve usted...

-Sólo que me encuentra muy ocupada, ¡Tenemos dos pacientes graves, y uno de ellos debe ser intervenido antes de la media noche! Creo que no podré abandonar el sanatorio hasta mañana, aunque ya he completado mi turno -agregó, mirando el reloj.

-Perdone -volvió a excusarse Berto- yo pretendía invitarla a tomar una taza de café.

-Bueno, eso será posible, siempre y cuando no tardemos demasiado.

-Entonces... ¿Acepta usted? -dijo Berto en el colmo de la dicha.

-Acepto -consintió ella sencillamente- pero ¿Por que se pone tan contento?

-Porque estar cerca de usted unos minutos, es lo mejor que me puede ocurrir en la vida.

-¡Por Dios! ¡Esos libros le han contagiado! -comentó sonriendo- ¡Habla usted como uno de esos personajes de novela! Pero venga, bajemos a la cafetería próxima. No debo alejarme por mucho tiempo de mis pacientes.

-Comprendo. -asintió Berto.

A los dos minutos ambos estaban instalados frente a frente, dando sorbos a una olorosa taza de café. .

Ahora sí -demandó Flor- ¿Qué es lo que tiene que decirme?

-Le ofrecí mi amistad...

-¡Ah, si... hablamos de ello el otro día!

-El doctor llegó y usted no pudo contestarme.

-Bien, pues por mi parte no hay inconveniente. Me agrada tener muchos amigos.

Berto le tomó las manos con entusiasmo, ella no hizo por retirar las suyas, pero se quedó mirando los dedos del muchacho con cierto aire de burla y de satisfacción.

-¡Oh! perdone, no debía hacerlo

Flor respondió con adorable malicia:

-¡Ya veo que tan amigos pretende usted que seamos!

-¡Flor de Luz! -dijo Berto con voz enronquecida, mirándola a los ojos- ¡Me he enamorado de usted! Puede responderme que todo esto es una chifladura, pero la amo. Sin usted, soy como dice el libro, solo soy la mitad.

-¿Se está usted declarando?...-preguntó la joven asombrada.

-Podría usted hasta llegar a reírse de mí...

-No encuentro el motivo.

- O enfadarse conmigo...

-Mucho menos. Otro día hablaremos de eso que usted siente por mí. ¡Este no es el lugar ni el momento!

-¡Flor de Luz!

-¡Tranquílcese!

-¿Cuándo será posible volver a verla?

-El día de mi descanso, que normalmente es el jueves de cada semana. Pienso tomarlo si mis pacientes mejoran.

-Rezará porque se restablezcan pronto.

-Me telefonará usted. Pero le ruego hacerlo después de las nueve de la mañana. Son tan escasos los días que me puedo dar el lujo de dormir más tarde...

-Le aseguro que aún ansiando escuchar su voz, respetaré su sueño. -Berto alargó su estilográfica y su agenda y le pidió que ella misma le anotara su número.

-¿Almorzaremos juntos? ¿Me permitirá invitarla a ver alguna película?... ¿O prefiere usted ir a bailar?

-Ya veremos. No haga tantos planes

-Pero... ¿Me permitirá estar cerca de usted, aunque sea de vez en cuando, verdad?

-Si tanto lo desea...

-Lo desearé siempre -protestó él con vehemencia.

-Entonces hasta pronto -se despidió Flor de Luz.

-Hasta el jueves.

El entusiasta muchacho la vio alejarse, y se quedó algunos minutos contemplando el sitio donde ella había estado; por fin, temeroso de hacer un papel inadecuado, pagó el consumo y salió, apretando entre los dedos la agenda. Se sentía feliz. Unos números trazados sobre una hoja de papel, encerraban lo que no había encontrado jamás: ¡La esperanza!

-3-

*“A los veinte años la vida parece inseparable del candor del alma”* decía Balzac. Y Berto lo comprobó en aquella graciosa criatura que la casualidad le había puesto por delante, en compensación por todos esos años insulsos, en que la crónica ausencia de afectos, alternó con esos chispazos caricaturescos del amor mercenario, o de alguna aventurilla intrascendente, que no le dejó ni siquiera la huella del recuerdo.

Flor de Luz cumplió su promesa. Asustada al principio de la terquedad de aquel muchacho, que intentaba pasar en unos segundos el puente que media entre la amistad y el amor; su fino instinto de mujer le advirtió que entre aquella prisa que parecía consumir a su pretendiente, se hallaban unos sentimientos delicados y un respeto irrefutable.

Halagada su vanidad por el cariño tierno que había sabido inspirar, no encontró valor de advertir a su enamorado que salía con él sólo a título de amiga, y que tal vez y sólo después de un trato frecuente, las inocentes relaciones de camaradería podrían desembocar en algo más prometedor.

El por su parte reconoció que si bien a veces el exceso de sentimentalismo nos vuelve tímidos, otras en cambio, parece volvernos tan tremendamente audaces que casi nos desconocemos a nosotros mismos; y se puso a saborear su suerte, con el mismo placer goloso, que devoraría un pobre huérfano de hospicio, un cartucho de bombones caros.

Y reconoció que el amor lo había vuelto: serio, profundo, y conciente de la hermosa oportunidad que la fortuna le otorgaba, intentando explicarse la metamorfosis de su vida y de su alma. Los libros que hasta entonces habían sido más bien un entretenimiento de solitario y de solaz para su espíritu; se convirtieron en objeto de meditación, tal si dentro de ellos encontrara las respuestas acerca de la compleja naturaleza humana.

Continuó realizando su trabajo con eficacia, aferrándose a su oficio, que aunque modesto, era su único sostén, y el que podría permitirle a fin de cuentas, avanzar y ofrecerle a la elegida de su corazón, el producto de su esfuerzo; y hasta aumentó su afecto por la medicina, considerando que ésta, no era sólo el objeto de su esfuerzo diario, sino también el medio de aliviar el dolor humano; y el eslabón, que lo había acercado con la linda enfermera, acentuando esa camaradería de quienes se desenvuelven en el mismo ambiente, afinidad que por otra parte, recalcaba el hecho de que ambos tenían a sus familiares lejos, en ciudades distantes, en la provincia tantas veces suspirada, y a quienes solamente podían visitar en la época de las navidades, o en las cortas vacaciones.

Flor de Luz vivía con otras compañeras, en un departamentito en el que siempre había una muchacha durmiendo, pues todas tenían diferentes turnos.

Por su parte él, había terminado por ir amueblando un par de habitaciones, que alquilaba en la colonia Alamos, y que a ratos parecían demasiado grandes para contener los muebles que había adquirido y en los que se alojaba su pequeña biblioteca, una colección de buenos discos, un televisor que raramente veía y una estufilla que encendía de vez en cuando para prepararse una taza de café aromático y reconfortante. Entre esas paredes habían trascendido sus horas de soledad, cuando la cartelera cinematográfica no ofrecía nada atractivo, y él se contentaba con echar de vez en cuando una mirada al retrato de una prima, cuyos ojos dulces y tiernos parecían mirarle constantemente.

Pero cuando empezó a frecuentar a Flor de Luz, adquirió una cámara fotográfica y aunque no sabía hacer fotos, decidió que había llegado el momento de atesorar recuerdos: y cuando le entregaron los primeros rollos revelados, se dejó cautivar por una ola de dicha, y rasgando el sobre con nervioso desasosiego, comenzó a devorar las imágenes de su adorada, que fueron a sustituir seguramente a las de la prima.

Pronto las paredes se fueron cubriendo con fotos de Flor de Luz, en alguna aparecía luciendo su capa azul oscuro, abotonada por el cuello, y Berto recordó que le había dicho bromeando que parecía una enfermera de aquellas que se alistaban en los frentes de guerra y ella se había reído, respondiéndole que aunque estaba habituada a mirar las flaquezas del cuerpo, las enfermedades y aún la muerte misma; no tenía con valor suficiente para presenciar una hecatombe donde seguramente los horrores se multiplicarían y ella no sabía como empezar a auxiliar a las víctimas.

Otra foto en cambio, mostraba a una muchacha enfundada en un trajecito de dos piezas, cuya falda caía recta insinuando discretamente unas formas femeninas suaves y redondas, el fondo había un árbol copudo captado en algún rincón del Tlalpan centenario, y Flor miraba a la cámara con sus ojos brillantes.

Alguna más, reseñaba una inocente travesura de Berto, la muchacha esperaba a su amigo, alargando el cuello para verle llegar, él había variado el rumbo intencionalmente y la había sorprendido por detrás. De momento ella se había enojado por el juego, pero después, como solía ocurrir cuando pasaba la nubecilla de algún pequeño desacuerdo, le había dejado su mano entibiecida y Berto llenándose de besos había exclamado:

-¡Tienes tus manos calientes, si así pudiera encontrar tu corazón!

-¿Qué quieres darme a entender? -había preguntado ella.

-Qué me asusta quererte tanto -respondió él con sinceridad.

-El amor no se mide, se entrega -declaró. ella con sabiduría.

-Pero tú...

-Yo también te quiero, y comparto contigo el mismo azoro que me produce descubrir en mí misma una capacidad de ternura que me desconocía. Hasta ahora sólo había experimentado la compasión por los que sufren. ¡Pero que diferente es el amor! - Había añadido suspirando.

Berto la había escuchado feliz al saber que era al fin plenamente correspondido; y que aquella tierna criatura podría llegar a convertirse un día, en la ansiada compañera que extinguiera la terca soledad que lo había perseguido muchos años, desde que puso un pie en la gran metrópoli, y empezó a verla como a una de esas heroínas de novela que habían poblado sus largas horas de lector empedernido habituado a traducir frases por imágenes, sólo para descubrir que la realidad superaba todas las historias de todos los libros, entonces mirándola con intensa devoción dejaba un beso en la frente de Flor de Luz, como para

sellar los hermosos pensamientos que la muchacha guardaba para él.

Flor de Luz también se creyó feliz, admitiendo que aquel joven la quería con esa ansiedad irresistible con que ella alguna vez soñó alguna vez ser adorada.

Y la ingenua jovencita se volvió mujer de pronto, y tomando la iniciativa ofreció la miel de sus labios al beso que Berto no se había atrevido a insinuar, lo abrazó levantando las puntas de los pies y los brazos para alcanzarlo y su figura menudita se estampó en el hombro que iba a protegerla, y cuyas manos alrededor de su cintura la sujetaban quitándole el resuello aplastando sus senos endurecidos por el deseo.

Ambos se prodigaron el primer beso de amor, que como un dique roto dio lugar a otro alud de besos, mientras en el azul jardín del cielo, se empezaban a prender un sin fin de estrellas pequeñas, lejanas y titilantes.

Los que pasaban cerca los miraban con envidia, porque amar y ser amado a la vez, no es una dádiva del cielo para todos, y el de pronto afortunado joven, recordó, que hacía apenas unas pocas semanas él era también uno de aquellos hambrientos de amor, de los habituales excluidos del subyugante banquete de la pasión; y para asegurarse que no vivía el engaño de un sueño, apretó por segunda vez, con todas sus fuerzas, el frágil cuerpecito de su amada.

-4-

Entre el rosado reflejo del atardecer, las entibecidas canteras de las viejas mansiones de Coyoacán, se preparaban lentamente a dormir bajo el inmenso toldo del cielo voluble, repentinamente limpio, después de la amenazante tormenta, en un contradictorio día del mes de julio.

Desde un rincón del silente jardín de Santa Catarina, en uno de cuyos bancos han ido a refugiarse Alberto y Flor de Luz contemplan la agonía de los pálidos rayos de sol, sobre la sencilla fachada dieciochesca de la vetusta iglesia parroquial entre la sublime expiración del día.

A lo lejos, sobre la cordillera gris, donde parece irse frenando el crecimiento urbano de la ciudad, el sol fatigado de reinar y de ser el árbitro de los hombres y de los valles, se opaca hundiéndose entre nubecillas púrpuras agazapado detrás del lomo erizado de las montañas elevadas. La luz cobriza que se hubo instalado en el lejano horizonte, es ya una pincelada declinante en la soberbia acuarela de la tarde. El aguacero torrencial del medio día sembró las calles de espejuelos y puso lustre en los techos y en las fachadas, donde algunos minutos más tarde se habrá de reflejar la negrura azul de la noche, alumbrada por los faroles amarillos que penden de los postes aún lagrimosos, como antorchas tristes y nostálgicas evocadoras de los pasados lustros de la colonia, entonces el milagro eléctrico parece añorar el gas, y el ámbar que dora las losetas del piso, pretende remedar a través de los transparentes globos de cristal, las lucecillas titubeantes de aquellos tiempos idos, increíblemente quietos, en que solían emerger en los callejones vetustos, tímidas y temblorosas las llamitas vacilantes del odorífero hachón de ocote.

Una ráfaga de viento, tímida promesa de lluvia, soltó algunos cabellos sobre las sienes serenas de Flor de Luz. Ella instintivamente ha hecho el movimiento de llevarse la mano a la cabeza para ponerlos en orden, pero Berto lo ha impedido intensificando la suave presión de la suya, que se niega a devolver aquellos dedos tibios que ella le había dejado abandonados.

Flor sonríe motivada por el suave cosquilleo que le produjo la caída de su pelo sobre los párpados y la frente, pero no insiste en librarse de la tibieza de la mano ancha y

fuerte de su compañero, quien aprisiona la suya mucho más pequeña y delicada, sumergiéndola en un gozo desconocido; entonces Berto devoto, amoroso, ha apartado con la punta de los dedos de su mano libre, los cabellos perfumados y sedosos, repentinamente indóciles; y recreándose en el arco fino de las cejas, deja un beso sobre los párpados de la muchacha, y deslizando los labios por la cresta suave de su grácil naricita, roza con la punta de la lengua, diestra en los vericuetos de la voluptuosidad, los lóbulos de las orejas pequeñas, ocasionándole un involuntario estremecimiento que le ha erizado los vellitos de los brazos obligándola a entrecerrar los ojos; luego ha buscado la nuca, el cuello, las mejillas, el mentón, besándola con una voracidad insaciable hasta encontrar la pulpa fresca de los labios que ella abre ansiosa al éxtasis, entre una laxitud rendida, en que la dicha de darse se funde en el placer de recibir, de sentirlo suyo, por más que la aspereza de su barba irrite la suavidad de su cutis de niña.

Berto la mira a los ojos como buscando la imagen de Dios, que intuye se transparente en ellos. Luego, retira un poco aquel rostro adorado para solazarse en la contemplación. Al principio la ingenuidad de aquel semblante virgen lo desconcertó un poco, como si la pasión de sus besos ebrios de deleites sensuales profanaran el santuario de aquella boca, la candidez de aquella alma, que Berto parangona con la blancura de su uniforme, que no ha tenido tiempo de quitarse, ante la exigencia de su novio, quien le ha llamado con desesperación, cinco minutos antes de la hora de la cita; y ella nerviosa por la impaciencia de aquel galán enfebrecido, temerosa de la sonrisa paternalmente irónica del doctor Bautista, apenas ha tenido tiempo de echarse un abrigo encima, que medio disimula su imagen de oficial del ejército de la vida, aunque los zapatos y las medias blancas se empeñan en pregonar su rango.

A Berto, a quién no importa en absoluto el atuendo de su novia, se recrea en la immaculada albura de su ropa, de su cuerpo, de su alma y de sus sueños, de sus ideales y de sus propósitos.

Ambos han proyectado casarse. Darse uno al otro para siempre. Ella ha puesto como condición que la deje continuar siendo lo que es, una enfermera que tendrá que alternar sus obligaciones de mujer casada con el deber profesional que la colma de satisfacción y que además les ayudara a ambos el medio de propiciarse un sostenimiento más decoroso. Berto ha insistido con varonil empeño en que sólo él debe afrontar aunque modestamente las responsabilidades de su nuevo estado, y le promete una vida sencilla pero dichosa, pero ella insiste en ayudar, en servir a sus semejantes; y si su prometido se opone a que esto sea por una remuneración, le ruega que le permita hacerlo en un dispensario gratuito, en un hospital para pobres, donde no le pagarán nada; y Berto ha cedido, incapaz de contrariarla, admirado de su nobleza; y acallando todo su egoísmo, renuncia alegremente a tener a Flor de Luz todas las horas en el hogar soñado, porque supone que en espíritu, ella y el habrán de estar continuamente cerca uno del otro, todas las horas de todos los días, y hasta los incontables minutos de la eternidad.

Flor de Luz confía en él y amándolo más cada instante, ya no vacila en prestarse a las caricias peligrosas, ya no se resiste a los besos, más bien los busca, aunque cada rozamiento del delgado bigotillo le produzca desasosiegos turbadores que la dejan deleitosamente inquieta por muchas horas, y cuando se queda sola, acostada en su lecho de célibe, entre la inconsciencia misteriosamente lúcida del sueño, prefiere quitar la almohada de la cabecera y abrazarla para hacerse la ilusión fetichista de que el haz de plumas metido en la camisa de tela es el cuerpo de su amado, por el que siente la atracción de un imán irresistible.

Berto no menos cautivado por los encantos de su novia, se entrega con la febril obstinación de un fumador de opio a la agradable sensación de acariciarla, de rodearla de mimos, de atenciones y ternuras, que cuando nunca se han tenido ni se han gozado, las tachamos envidiosamente de cursis o de ridículas, entonces entusiasmado por su frescura, exclama venturoso:

-Quisiera que nunca tuvieras más años que estos que tienes ahora, que te quedaras siempre así y yo te pudiera ver siempre igual.

Flor de Luz se desconcierta. Sabe de sobra que la juventud dura poco y sin responderle le reconviene con los ojos, mientras se desprende de sus brazos con inusitada resistencia.

-Quiere decir -le pregunta, mientras en sus ojos ha aparecido una chispa -¿Qué cuando ya no sea joven no me vas a querer igual?

Berto advierte su torpeza que ha podido ser muy mal interpretada y rectifica:

-Yo tampoco estaré igual, pero ambos habremos de querernos más.

-¿Aún cuando ya no te guste tanto? -Insiste ella con persistente desconfianza.

-¡Tú siempre me gustarás lo mismo! -Le responde seguro- Pero ahora, mientras te contemplo tan hermosa, yo quisiera retener en mi retina tu imagen; y que esta visión no se diluyera nunca de mi pensamiento.

-¡Pero si me vas a tener siempre contigo! -Asegura Flor, y arrepentida de su humana soberbia agrega- Bueno, si Dios lo permite y me deja vivir.

-¡Tienes razón! -reconoce él- El recuerdo es para quienes han perdido la dicha, o para los que soñaron con ella sin tenerla nunca. Antes, cuando aún no eras mi novia, me parecía verte suspendida entre las nubes, como instalada en la inmensidad. Cuando iba por las calles, de un consultorio a otro, con mi maletín cargado de muestras; caminaba sordo al ruido, a todo ese trajín asfixiante que rodea nuestra ciudad, y me evadía para buscarte, para pensar en ti, intentando aprisionar tu imagen.

- ¿Y por que no me lo dijiste todo entonces?

-Tenía miedo. Temor de que te rieras de todo esto, de que siendo tan bonita tuvieras muchos pretendientes...

-Los tenía. -reconoció Flor.

-¿Lo ves?

-Los olvidé a todos por ti. ¡Dejaría todo por seguirte! No necesitas hacerte ninguna ilusión, porque yo estoy a tu lado.

Se levantaron del banco, la curiosidad los arrastró hasta el interior del templo decorado con sobriedad. Los dos lo veían con un pensamiento único, entonces se volvieron uno frente al otro y mirándose a los ojos preguntaron:

-¿Aquí?

Y luego, prorrumplieron a reír con irrespetuosa despreocupación.

-¿Te gusta a ti? -Insistió ella.

-Si. Mucho, No es muy ostentoso, ni podrá haber mucha gente.

-Mejor, nuestra boda será algo íntimo. Sólo los amigos más apreciados. Quizá el gerente del laboratorio, el señor López, aunque dices que es muy remilgoso. ¡Ah! ... y desde luego mi jefe que es una buena persona, y sobre todo tan humano.

-Será donde tú quieras -declaró Berto.

-Entonces aquí.

Salieron del templo. Se santiguaron en la añosa pila de agua bendita. Hacía un viento helado. Desde lo alto los miraba distantes una luna amarillenta.

- ¿Apeteces un helado? -Insinuó Berto- Allá, frente al jardín Hidalgo hay una nevería que tiene muy buena fama.

-Vamos. - aceptó Flor de Luz, aunque sentía frío.

Berto la ayudó a instalarse dentro del pequeño volkswagen que la compañía le había prestado para que trabajara, enfiló por la antigua calle de Juárez, hoy Francisco Sosa, e iba muy pensativo. Flor se le acurrucó al lado, cuidando de no estorbar sus movimientos para que pudiera conducir con libertad.

-¿Qué te pasa? -inquirió curiosa- Te has quedado repentinamente mudo

-Falta tanto para lo nuestro... -se lamentó él.

Lo dijo con pesar, como si la perspectiva de aquella dicha completa que sonaba tan lejos lo hubiese entristecido de repente. Faltaba mucho para que fuera suya, para que pudiera llamarla su esposa y ambos se juraran ante Dios no separarse nunca, hasta que la muerte decidiera llevarse a alguno, en cuyo caso, jamás volvería a casarse el que sobreviviera, mientras tanto esperarían, Berto mientras tanto trabajaría mucho para procurar los recursos indispensables que requeriría la instalación de su nueva residencia: adquirir muebles, comprar un viaje a una playa y mandar imprimir unas invitaciones para la ceremonia religiosa en papel imitación pergamino que a la enfermera le habían agradado tanto y que pensaba enviar a sus padres y familiares, para quienes sería prácticamente difícil asistir a la boda; y el impetuoso muchacho hacía cálculos, intentando acortar el plazo, pero ante lo exiguo de sus ahorros, terminó por decidir que lo único posible era someterse a una rigurosa disciplina financiera.

Por su parte, Flor de Luz, había escrito a su madre explicándole cuanto amaba a su novio y que atento y cariñoso se portaba con ella.

La maternal desconfianza, vencida por la sinceridad de su hija, se fue desvaneciendo, y en la última carta, la buena mujer bendecía desde el rincón provinciano aquellas relaciones.

Berto estacionó el automóvil y tentado de recorrer con Flor de Luz las calzadas del sosegado jardín la invitó a descender.

Ella se rehusó, alegando que sentía frío y apenas empezaba a calentarse en el interior del vehículo, y le vio alejarse por las calzadas del jardín rumbo a la heladería. Entonces se le ocurrió un singular pensamiento. Su novio enardecido por aquel alud de besos, podía ir en busca de otra mujer, después de devolverla como era costumbre a su casa. Y tuvo celos. Y se reprochó aquella mezquindad.

Berto regresó sonriente con un barquillo coronado de crema en cada mano.

Flor le abrió la portezuela. El encontró los ojos de la chica ligeramente más brillantes. Le pareció que la luz artificial jugaba con sus pupilas.

Ella se había despojado del abrigo, dejándolo encima de los hombros. Tomó el cono que contenía el helado de pistache que había elegido y lo probó con indiferencia, luego se quedó mirando el barquillo rebosante de chocolate que Berto empezaba a llevarse a la boca.

-¿Prefieres el mío?- Pregunto él comedido.

Flor no respondió, pero alargando los labios con glotonería, sorbió la congelada pasta de cacao, entonces entre el desconcierto de su novio, buscó el beso. El muchacho sintió el impacto de su lengua inquieta y de unos labios que con sabor a chocolate se le incrustaban vorazmente en los suyos, succionándole, mordiéndole. Se retiró ligeramente de ella, pero Flor lo abrazó con una mano, mientras con la otra sostenía la golosina.

Berto repitió por segunda vez la empalagosa delicia, pero tuvo miedo de una

tercera.

- Se nos ha hecho tarde -advirtió mirando el reloj- La función comienza a las ocho. Habían planeado ir al teatro.

-No quiero ir al teatro. -declaró Flor- siento frío. ¿Podrías invitarme un café bien caliente en tu casa?

Berto la miró sorprendido. Un impulso arrollador se apoderó de sus nervios.

Flor que era miedosa le contuvo.

-¡Pero no corras!

-

-5-

El amor es el reactivo que más nos entusiasma y por supuesto Berto no era la excepción.

Intentando desarrollar un perfecto papel de anfitrión, se comportaba más bien cómo un duendecillo, quién es feliz colmando de halagos a un hada que se digna visitar su modesto agujero.

Flor de Luz, curiosa como casi todas las mujeres, hurgaba con meticulosidad cada uno de los rincones, extrañándose de que un hombre, que soporta -como la mayoría- con la triste fama de desordenado, la recibiera en un apartamento limpio, acogedor, donde cada objeto encajaba en su sitio, y le pareció, pese a que jamás había puesto un pie en el departamento, extrañamente familiar.

Flor de Luz reconoció que ella misma se había construido aquella imagen tan aproximada en su fantasía, debido a que su novio le describió entre pláticas deshilvanadas sus preferencias; mas lo que nunca le hubo dicho y en ello consistía su sorpresa, que era ella quien presidía la vida y el hogar de aquel muchacho que atesoraba con obsesión de avaro no sólo las fotografías, sino los objetos mas insignificantes, que de un modo u otro tuvieron que ver con ella. Allí estaban, como sobre un altar, el pañuelo que ella se anudó una noche, a la salida de la primer función de cine a la que acudieron juntos, una servilleta con que intentó desvanecer el tono subido del lápiz de labios, las mancuernillas que le regaló y que Berto declinaba usar temeroso de perder alguna; Flor de Luz estaba en todas partes, en el sencillo comedor, en la mesita junto al sofá y cuando abrió la puerta que conducía al único dormitorio, en un marco de lujo, ampliada a colores, con su blanquísimo uniforme de enfermera, posaba allí, recargada en la lámpara de noche, tal si estuviera velando los sueños de su novio; y al pie del retrato como un homenaje que mucho tenía de imploración una rosa roja, ofrendándole la poética suavidad de sus pétalos perfumados. Y al contemplar su rostro multiplicado en decenas de retratos, supo que era esperada, querida, que llenaba aquel hogar sencillo con la misma intensidad que ocupaba los pensamientos, del que la amaba.

Y ya no supo resistirse. Si un anhelo no admitido, casi subconsciente, la había llevado allá, azuzado por el eficaz ingrediente de los celos, su intuición de mujer le gritó que aquel muchacho le pertenecía y que ella era de él; y todo resultaba tan bello y tan simple, que las complicaciones del amor eran únicamente obra de los guionistas de cine o de los novelistas. .

Flor de Luz se sentó sobre el lecho. Berto ocupado en preparar el café hablaba desde la pequeña cocina que apenas contenía la estufa, una reducida alacena y un refrigerador de miniatura.

-¿Prefieres un poco de crema? ¿Y que tal unas galletas? Tengo mermelada de chabacano, mantequilla y si lo prefieres te puedo preparar un sandwich, ¿Te agradaría escuchar música?

Lanzaba todas las preguntas a la vez, pero Flor no respondía embebida en la contemplación de los objetos, y luego ¡Oh seducción inseparable de la mujer! Flor de Luz se miraba frente al único espejo adherido a la puerta del closet, arreglando sus cabellos, y retocándose los labios y las mejillas. Por último extrajo de su bolso un pequeño frasquito de perfume y lo aplicó detrás de sus oídos. Berto extrañado del silencio de su novia, atribuyéndolo a que no le escuchaba por la música del estéreo, penetró en la habitación, entonces ella con adorable coquetería le pidió que la ayudara a quitarse el abrigo.

Berto le preguntó si la friolenta humedad de la tarde la había resfriado y necesitaba una aspirina. Flor se sonrió. Al verlo así, parecía que todo era broma para ella, pero cuando intentó deslizarle el abrigo por los hombros, le retuvo las manos y buscó el beso entrecerrando los ojos. Berto le rogó, con la mirada que se detuviera, la muchacha le estaba provocando y él casi llegaba al límite, pero apenas alcanzó a pensar en ello, porque aquel beso terminó por trastornarle.

-¿Quieres un poco de café? -preguntó torpemente.

Flor de Luz no respondió, pero tomando una de las manos de Berto la introdujo bajo su bata, buscando la caricia sobre sus senos.

Aquel contacto fue como el ímpetu que rompe un dique. Berto tomó ansioso entre sus dedos, una, diez, cien veces la blanda dureza de aquellos globos de carne, gemas divinas que sujetaban los resortes del sostén. En su afán de besarlos, de recorrer la aterciopelada delicia de los pezones, Berto desataba con una prodigiosa habilidad los botones de la bata y las pequeñas pinzas que se entrecruzaban sobre la espalda. Flor de Luz ebria de deseo, se dejaba desnudar: jadeante, ansiosa, con los labios húmedos y los ojos brillantes por momentos, o cerrados, como si pretendiera gozar un placer interior, tan suyo, tan encerrado en su mundo propio, que no tuviera nada que ver con lo externo. Miró caer su bata con indiferencia, luego arrojó con desparpajo sus zapatos y entre murmullos dio a entender a su compañero que se quitara el saco y la corbata. Berto se arrancó casi las prendas que se quedaron diseminadas sobre la alfombra, mientras contemplaba con avidez de colegial el cuerpo semi desnudo de la joven que se le ofrecía pleno de candente voluptuosidad. Un alud de besos en el pelo, en la nuca, en el cuello, en los senos, en las piernas, en el vientre, lo enloqueció. Berto le sacó las medias para besar sus bien torneados muslos, luego, deslizó con premura las breves pantaletas, igualmente blancas, prenda suprema de feminidad, que fue a acompañar a las demás ropas. Entonces se dieron. Al dolor de la muchacha, primer dolor de mujer, se sucedieron algunas lágrimas, que desconcertaron a Alberto quien se reprochó que su placer representaba para la que amaba el sufrimiento. Intentó consolarla, apretándola fuertemente, pero ella decidida, valerosa, lo indujo nuevamente a continuar aquel rito maravilloso, aquel abrazo inconmensurable donde la pasión completa y fecunda parece rebelarse a ser descrita con palabras.

Y se amaron, una, dos y tres veces; y supieron que la dulce evanescencia del placer físico parece superar todas las fronteras del más inimaginable deleite; y que a partir de aquella hora se constituiría en un poderoso incentivo de su existencia.

-Quisiera vivir sumergido en ti; y entre esta comunión de amor, entregarte toda mi vida -susurraba Berto; y ella volvía a abrir las piernas y los brazos, los labios y los pensamientos; y se daba; sin importarle la mordedura de aquel dolor y de aquel placer, con tal de que el que amaba se llenara de ella, gozara su carne maravillosa que ella había

reservado para entregársela al elegido, y que le concedía sin desconfianzas ni recelos, sin remordimientos y sin cálculos, con esa nobleza que abochorna, con esa fe sencilla que exige, volver a creer en el renovado milagro del verdadero amor.

Exhaustos, cansados, después de que Berto le hubo referido entre besos sus sueños, después de las palabras, Flor de Luz reclinaba la cabeza sobre el pecho de su amado; parecía más bien que pensaba, que meditaba entre el sueño, mientras que Berto mirándola reposar serena, con los brazos y las piernas desnudos fuera de las mantas, la miraba tierno, incrédulo, como si aquel cuerpo fuera la visión más excelsa que se hubiese asomado en la más inolvidable noche de su vida. Y cuando la luz rojiza del alba rasgó el cielo, creyó en Dios con toda su alma.

## 6

Tibios están sus labios todavía, por los besos húmedos. Su boca sabe a Flor de Luz. El lecho, su cama de soltero, guarda aún, como la inequívoca señal de una joya sobre un estuche; en los pliegues de las sábanas, en la aroma esparcida, tal si fuera el rescoldo de una hoguera el testimonio de que ella había reposado allí.

Mientras se ata el nudo de la corbata, Berto quién no creía en los milagros, se complace en admitir que existen. Son las nueve y cuarto, hora en que debía encontrarse ya en el laboratorio, pero no se apresura, sabe que no tiene un sólo retardo en su hoja de servicios y que cualquier excusa será válida.

Una última voluptuosidad lo induce a tomar la almohada sobre la que ella ha puesto la adorada cabeza y descubre algunos cabellos dispersos. Sonríe para sus adentros. En esa suave blandura habrán reposado sus sueños de mujer.

Una imagen breve, como la de un relámpago, irrumpe en su memoria. Es Flor de Luz desnuda, ofreciendo a sus ojos sin ningún falso pudor, el cuadro estupendo de su carne, el misterioso tesoro de sus encantos, que seguramente ella había reservado con afanes de avaro para entregárselos, entonces siente que la garganta se le vuelve estrecha por la emoción. Ella le pertenece, le ha elegido, se ha entregado sin condiciones ni reservas. Ha creído en él Y al donarle el inapreciable tesoro de su confianza, el vaso de su cuerpo virgen para el amor y el goce, le ha concedido el mayor regalo que una muchacha puede obsequiar al hombre que ama.

Sin acabar de creerlo insiste en volver a vivir esos momentos sublimes; y los recuerda para volver a disfrutar la escena, de la que ha sido protagonista y hoy goza en ser espectador. Y como en un film, donde un operador complaciente, accionara la manija de retroceso, Berto se imaginó al lado de la durmiente beldad, luego ella ha despertado sonriente, dulce, mientras que él engolosinado por el placer, ebrio de ella, ha estado velando su sueño, y cazando su amanecer, con la ilusión de reiniciar el juego amoroso; Flor de Luz se dejó acariciar, pero un entrometido rayo de sol lo echó todo a perder, la muchacha miró espantada el reloj y cual una chiquilla entusiasmada por su primer día de colegio, se incorporó rechazándolo suavemente. No, ya no es hora de esparcimientos -ha dicho tajante- ahora debe ducharse para llegar puntualmente al hospital, los enfermos no admiten retardos, el deber ha de cumplirse sin demoras. En su trabajo no se manejan intereses sino vidas humanas. Berto insistió, cubriéndola de besos, apretando sus labios contra los de ella, aplastando su cuerpo, ansioso de volver a poseerla. Entonces ella, a quien él había creído vencida, le prometió al oído, como un secreto: -¡Déjame ir! ¡Ellos me necesitan! ... Nosotros tendremos otro día.

Y él, egoísta como todos los enamorados, sintió de pronto un odio repentino por esos infelices anónimos, gastados o viejos, que le arrebatan a su amada para sujetarla a la servidumbre de sus cuerpos gastados y decrépitos, de sus camas, de sus dolencias y miserias. ¡A ella, quien es precisamente, una efusión de salud, de vida, de alegría y de juventud! Pero temeroso de disgustarla, la liberó, respetando su voluntad de mujer, su arbitrio de darse o negarse; y vencido por la promesa, cuyo cumplimiento le parece tan lejano, como el arribo a un edén prodigioso desde las colinas de un desierto; pone en su boca la pregunta, con impaciencia de niño interno, preocupado por la próxima salida:

-¿Cuándo?... ¿Cuándo? ... ¡Para empezar a contar las horas!

Pero Flor de Luz no le respondió. Agil, ligera, saltó del lecho con desenfado, sin importarle que resplandecieran bajo la luz matinal la morbidez de sus senos, el hechizo de sus muslos, la tentación de sus caderas. El se encajó las pantuflas y se puso una bata, y preguntó insistente:

-Supongo que beberás un café. ¿Cómo prefieres los huevos? -Le preguntó.

Pero ella canturreando en el baño. No alcanzó a oírle y sólo ante la repetición le respondió:

-No te preocupes por mí. Espero que tendré tiempo para desayunar en el hospital.

Luego abandonó el baño con el pelo goteando aún, y el debió convencerla de que al menos bebiera un vaso de leche, al final se maquilló apresuradamente los ojos, mirando su reloj, y luego, estampando un beso rápido en la mejilla de su novio, abandonó precipitadamente la estancia; él se puso una camisa disponiéndose para llevarla al sanatorio, pero Flor rehusó su amable ofrecimiento y bajó apresuradamente las escaleras, un taxi la recogió y aunque él le preguntó cuando volverían a encontrarse, ella ya no alcanzó a contestarle.

Berto se quedó desalentado. La promesa había quedado como flotando. Entonces convino que pasarían algunos días hasta que ella encontrara un momento libre para telefonarle, y se puso a rumiar su dicha remedando la alegría de la joven, y aunque desafinado tarareó una canción mientras se rasuraba; luego devoró sus huevos fritos, una lata de salchichas y saboreó un par de tazas de reconfortante café, mientras reconocía que ahora era el amante de Flor de Luz: al principio el vocablo debió chocarle un poco, pero ella había sido suya, y el pugnó por cerciorarse que no fue una visión, una fantasía más de su mente atrapada por las novelas y los sueños, así que sintiéndose muy optimista, se plantó su mejor saco, aquel a cuadros que siempre le combinaba perfectamente con el pantalón beige. Se miró en el espejo del closet y con un ardor pasional que se desconocía repitió varias veces: ¡La amo! y al oír su propia voz, le pareció que su pensamiento redundante, reafirmaba en lo más íntimo de su ser: su amor, su convicción, y su fe.

Bajó con desgano las escaleras. El hubiera preferido regalarse el día de asueto, y ordenar el brioso tropel de sus ideas en la amable intimidad de su departamento, que hoy había empezado a disfrutar mejor porque estuvo ella, en lugar de cumplir con la obligación en el mejor día de su vida, pero se resignó y mientras calentaba el motor de su automóvil le vino a la mente otra de esas frases que leía en los libros: *“el amor, la vida, y la mujer, viajan siempre entrelazados”*

Emprendió el cotidiano camino al laboratorio, encendió el radio, pero la grotesca ramplonería hirió sus sentidos como una ofensa, entonces buscando en el cuadrante, se detuvo a escuchar un programa con música italiana, en el intervalo el locutor con marcado acento extranjero comentaba sobre un texto de Petrarca: "Chi può dir com eglì arde, é in picciol fuoco," recitaba, *“Ama mucho, quién puede decir cuanto ama”*. Tradujo.

Berto enfiló hacia la avenida Insurgentes sorprendido de hallar la mañana radiante,

como si la iluminaran mil soles juntos. ¡Ah, el amor, nos hace ver bello todo! Hasta una mañana cualquiera olorosa a smog y gasolina, entre un tropel de ruidos, y bocinazos, en la inhóspita ciudad de México, pero a él todo le parecía color de rosa, y aún a la gente la encontraba más noble, más amable.

En alguna calle aledaña, el verano lluvioso había hecho brotar el follaje de algunos arbolillos endebles; y en el laboratorio le esperaba un día de intenso trabajo.

-7-

Sus superiores habían detectado su dedicación y empezaban a encomendarle algunas comisiones, cuyo desempeño que era propio de un ejecutivo, iba mucho más allá de entregar muestras a los galenos, así que en aquellos ajetreados días no consiguió ni un instante para volver a pensar que Flor de Luz había sido suya y sólo al final de la semana tuvo tiempo de reflexionar que siempre hacía falta algo para completar el cuadro de nuestra auténtica dicha, la joven, aunque aparentemente dócil, era dueña de un carácter y obsesivamente fiel a su deber.

Pronto pudo constatar a plenitud su conclusión porque inexplicablemente desde aquel día memorable, Flor no volvió a telefonar, ni más respondió a las múltiples llamadas de él.

Así, cada mañana más inquieto, mientras llenaba sus informes aparentando concentración, aguardaba con los oídos prendidos al timbre telefónico, y aunque este sonaba con frecuencia, nunca la llamada era para él. A veces, la secretaria tardaba en descolgar el aparato, pues estaba conversando con otra empleada, haciendo café o pintándose las uñas. El timbre replicaba tres o cuatro veces, y él sentía ganas de levantarse y estrangular a la parlanchina. Luego, daban las nueve y él debía salir a su rutina, tomaba el maletín con rabia, y con la sensación de que la saliva se le había huido de las encías; abandonaba la oficina despidiéndose con un adiós seco, que las oficinistas respondían a medias.

Cuando habían pasado veinte días y estaba decidido a ir a buscar a su novia, una secretaria le comunicó que había habido una llamada para él.

Era una señorita que no quiso ni decir su nombre ni dejar recado, pero me aseguró que mañana trataría de comunicarse con usted. Berto le dio las gracias intentando apaciguar su inquietud, buscando explicaciones para disculpar el largo silencio de la joven.

Aquella tarde, al concluir su trabajo, decidió entrar en un cine donde exhibían una película cómica con ribetes de erotismo. El galán era un buen embaucador, que se acuesta con todas las aeromozas que hacen escala en la misma terminal; pero por circunstancias de la trama, estas llegan a conocerse y descubierto el engaño, deciden tomar una venganza conjunta, la que ponen en práctica, proporcionándole una buena dotación de arañazos, pellizcos, tirones de pelo y toda la estrategia ofensiva de las féminas, que acaba por dejar al dandy convertido en un guiñapo, con los faldones de la camisa de fuera, la chaqueta rasgada y el nudo de la corbata a la altura del ombligo. Al final una de ellas, se compadece y se decide a socorrerlo.

La cinta consiguió divertir un poco a Berto, quien a fuerza de repetirse que no había motivo de alarma, consiguió dormir, con tan mala suerte, que su sueño se prolongó más de lo usualmente permitido. Se vistió rápido, y con la cara cortada, segmentos de barba, mal peinado y con un aspecto desconsolador; se presentó a las ocho y treinta y cinco en su

oficina. La secretaria le informó que nadie le había llamado.

Con pésimo humor y pensando en lo inútil de la carrera, que le obligó a correr temerariamente, pasándose con la luz de alto; y el hecho de no haber desayunado, se puso a revisar una carpeta, cuando sonó el teléfono. La parlanchina le avisó con mal encubierta indiferencia que era para él.

Al otro lado de la línea estaba Flor de Luz, al principio intentó reñirla, pero conforme escuchó su voz se contuvo. El doctor Bautista había decidido enviarla desde hacía tres semanas a cuidar a un paciente, quien había sufrido recientemente un ataque. El hombre había rehusado el tratamiento hospitalario, optando por permanecer recluido en su casa, y con medio cuerpo inmóvil, después de algunos días el doctor Bautista, según evolucione el enfermo, decidiría si sería posible instalarlo en una silla de ruedas. Por ahora, el paciente permanecía casi mudo, pues apenas puede proferir algunos sonidos que ella interpreta por palabras. Aunque no ha perdido el movimiento de su mano derecha, de hecho es un inútil y ella debe cuidarlo día y noche, administrarle los medicamentos, darle de comer en la boca, inyectarle, etcétera. Ahora duerme y ella ha aprovechado para llamarle. No tiene confianza aún en aquella casa, que por otra parte, es una lujosa mansión, por el rumbo de Las Lomas.

Berto la escuchó enmudecido. De pronto, ella le dijo:

-Creo que ha despertado. Tengo que irme inmediatamente.

Berto casi imploró:

-¿Cuándo te veré?

-Por ahora no sé -respondió ella.

-Entonces, ¿Cuándo puedo hablarte? -insistió nervioso.

-No estoy en casa, ni en el hospital. He tenido que traer aquí mi ropa:

-Pues dame el número telefónico -exigió el muchacho.

-No me es posible. Podría contestarte la señora o la señorita. Y aun de los criados no me fio. Comprende que soy nueva aquí.

-Entonces... -repitió el propagandista médico intensamente pálido.

-Ten calma. Yo te volveré a llamar en cuanto pueda. .

Y colgó, sin esperar ni siquiera a que él alcanzara a despedirse. La secretaria que había observado la escena con el rabillo del ojo, escuchando la conversación; adivinó, lo que equivalía para el infeliz joven, una verdadera tragedia, pero aunque compadeciéndolo fingió escribir muy concentrada inclinando la cabeza sobre la máquina de escribir.

-8-

Después de que trascurrió casi un mes, Berto y Flor de Luz volvieron a verse por fin. El señor Barret, su paciente, había mejorado mucho, naturalmente, dentro de su estado, que al menos había dejado de considerarse grave.

Tan milagroso avance se debió en parte a los solícitos cuidados de su enfermera de cabecera, que no se separó ni un instante de su lado.

Al fin Flor pudo al menos comunicarse con más frecuencia con su novio, y una mañana le anunció que podría disponer de algunas horas por la tarde. Con mal contenida frialdad, Berto le respondió que su trabajo concluía hasta las siete u ocho de la noche, y ella no se atrevió a insinuarle que difiriera alguna visita para el día siguiente, porque a su vez, ella tampoco había sido capaz de sacrificar un momento para el muchacho, y aunque él no le dirigió ni el menor reproche, ella lo adivinó en el tono de su voz, y en sus

respuestas secas, casi telegráficas.

Vagamente le preguntó que le gustaría que hicieran a esas horas, las únicas que les dejaban libres sus obligaciones. ¿Le agradaría acudir a algún cine? Flor le ha respondido que está cansada de ver los insulsos filmes de la televisión todas las tardes, ya que suele ser una de las pocas distracciones de su paciente.

¡Llévame a la Sinfónica! -sugirió- Hay un buen programa esta noche, y además conducirá el maestro Sergio Cárdenas, un director joven, muy talentoso.

Berto accedió conviniendo que su novia tiene buen gusto; y le ofrece esperarla en el pórtico del Palacio de las Bellas Artes, unos minutos antes del inicio del concierto.

No obstante, conforme avanzó la mañana empezó a intranquilizarse y a pensar en todo cuanto debía decir a Flor de Luz. Cavilando y contradiciéndose a cada momento, se ha sorprendido hablando solo por la mitad de la calle.

Aquello no era un noviazgo, ni siquiera algo que se le pareciera. A una novia se le tiene todos los días, así sea solamente un rato, y desde luego los fines de semana. Berto reconoció con rabia que la muchacha no le abandonaba por falta de interés, sino sólo por la responsabilidad que ella confiere a su trabajo. Al final, vencido, sin conseguir convencerse en resumidas cuentas de nada, decide que las explicaciones de Flor lo aclararán todo. Se despreció por su debilidad, indigna de un hombre, y pasó el resto de la mañana ceñudo, enojado, aunque en la tarde estuvo mucho más sereno, o se diría que hasta indiferente. Cumplió su programa de visitas como de costumbre, intentando hacerse a la idea de que no tenía prisa, total, si llegaba tarde a la hora de la cita, Flor debería aguardarle, y si no quería hacerlo, podría irse; él no era un muñeco de guiñol al que se le sujetaba de un hilo y cuan presto se le levantaba o se le dejaba caer. No obstante cuando se aproximaba la hora de encontrarse, aceleró el paso, repitiéndose que era incorrecto llegar tarde, exponiendo a la joven a ser molestada mientras esperaba.

Una desagradable sorpresa le aguardó, al comprobar que quince minutos después de la hora fijada, Flor no había llegado aún, miró su reloj de pulso varias veces comprobándolo con el puntual diapasón de la Torre Latino Americana que repiqueteaba alegremente los acordes de una pegajosa tonada.

Berto se impacientó, y con aires de ofendida dignidad, decidió esperar sólo cinco minutos más, infligiéndose a sí mismo el castigo que conllevaba el orgullo; pero no pasaron veinte segundos, cuando descendió de una elegante limusina Flor de Luz, Berto alcanzó a ver como el chofer con uniforme azul bajó primero para abrirle respetuosamente, gorra en mano, la portezuela, a través de la cual escapó nerviosa, como una gacela asustada, la mujer de sus sueños.

Berto sintió cólera de haberla esperado, eran las ocho y cuarto, pero apenas cruzaron por su mente tan negativos pensamientos y ya sintió los labios cálidos de la joven sobre su mejilla, y luego, como si ella no se sintiera satisfecha con ese beso informal, su boca resbaló buscando el roce de la boca de él.

-¡Perdóname el retraso! Ha sido involuntario. Reforma esta imposible. ¡Quería bajarme del auto y correr! La señora se ha empeñado en que vinieran a dejarme.

-Menos mal -respondió Berto evasivo, mirando una vez más el reloj Yo estaba por irme Esperar como un tonto mientras la gente pasa y lo mira a uno, no es agradable.

Algunos rezagados como ellos fueron llegando al teatro subiendo con premura las escaleras. Berto y Flor de Luz los siguieron, pero les explicaron que tendrían que esperar a que terminara la ejecución de la primera obra, pues estaba prohibido interrumpir en la sala. Flor aceptó avergonzada. Las mejillas se le han encendido, Berto quién había eludido

mirarle a los ojos, se quedó hosco y cabizbajo. En la espera los minutos se alargaron, al fin una salva de aplausos rompió el silencio, coronando el apoteósico final de la obra, de la que alcanzaron a oír el estruendo casi orgiástico de los metales y de las percusiones.

Entonces pudieron entrar los retrasados.

-Nos hemos perdido de la Quinta Sinfonía -se lamentó Flor de Luz- ¡Deseaba tanto escucharla en música viva! El señor Barret es un apasionado de Beethoven, al principio, yo supuse que la música podría alterarle más, yo solía poner el estéreo muy quedo, pero el doctor Bautista sugirió que la música le haría bien; y así lo constaté cuando mi paciente me lo agradecía con los ojos. ¡Oh! pero yo siempre te estoy hablando de lo mismo, lo siento... -agregó disculpándose.

Berto la escuchaba, sin responderle, luego conforme fue calmándose, percibió el aroma de un perfume exquisito, después de todo, no era tan importante haberse perdido una sinfonía del tal Beethoven, cuyo rostro hurraño nunca había sido señaladamente de sus preferencias, y ahora mucho menos, cuando supo que ese hombre poderoso y enfermo, débil y rico, tenía a su Flor atrapada, robándole las horas que deberían ser para él; y que por lo visto era un melómano apasionado por la música de aquel genio desdichado, sordo, inmenso, y solitario; quién compensó su vida ayuna de amor con una creación tan furiosa, como un terrible relámpago, donde el inmortal célibe gritó toda su orfandad, reclamando en todos los tonos e instrumentos, y en todos los lenguajes armónicos, por su soltería triste, y su cruel. sordera.

Y volvió a advertir la tragedia del hombre sin amor, del hombre solo, que como decía el Rig Veda, es una mitad de hombre; y se dulcificó, y hasta trató de excusar su silencio, escuchando atentamente los comentarios de su novia, a los que apenas se había dignado responder con monosílabos, Flor con su instinto de mujer, justificó el enfado de su novio y hubiera deseado disculparse y acurrucada junto a él confesar cuanto le había extrañado, pero las circunstancias no se prestaban; y se conformó con dirigirle una cálida sonrisa, mientras daban la tercera llamada, aunque él no pareció darse por enterado; al final, cuando las luces del patio de butacas se fueron apagando y los profesores de la orquesta volvieron a situarse en sus respectivos lugares afinando sus instrumentos, Flor deslizó con disimulo su mano, a la que previamente ha desnudado del guante. Al principio Berto fingió no darse cuenta y dejó que distraídamente la apoyara sobre su brazo, pero cuando ella intentó deslizar sus dedos entre los suyos, Berto apenas correspondió al apretón.

El maestro Sergio Cárdenas, apuesto, seguro, enfiló sonriente hacia el podium correspondiendo al aplauso del público con una reverencia y Berto aprovechó la oportunidad de eludir la tibia mano que Flor le ofreció con el buen pretexto de aplaudir al artista. En los ojos de Flor brilló el ruego y con gracia sin afectación le susurró al oído:

-Estás muy enojado conmigo ¿Verdad? ¡Y tienes razón!

El director dio algunos golpecitos con la batuta sobre el atril. La sala se quedó muda, entonces, con los brazos en alto inició la ejecución del poema sinfónico de Ottorino Respighi: "Los pinos de Roma".

Berto no hizo ningún intento más por retirar su mano, sintiéndose como un ratoncillo con el que juegan las garras crueles de un gato, y aunque rebelde y desarmado se dejó llevar entre el resentimiento y la resignación, admitiendo que por aquella muchachita con apariencia de inocente dulzura, va a fracasar su voluntad, y tal vez su vida misma, pero entre su ofuscación le concede al menos que ella le hace sufrir sin proponérselo. Llevado por esos pensamientos encuentra inexcusable que él se moleste porque ella se dedique a lo

suyo, trabaje en lo que le gusta, se sacrifique por la satisfacción de ser útil a los demás, y concluye que debe aceptarla como es o tener el valor de renunciar a ella, y la disculpa concediendo que posee vocación, carácter y hasta altruismo, pero también que le ama, y allí está la prueba, si no le quisiera no le rogaría, acaso también habrá sufrido por aquel largo tiempo de no verse, de no estar juntos. Y no obstante lo ha sacrificado todo por ese sentido del deber tan arraigado, pero cuando empieza a ceder, un último sentimiento le impide entregarle cabalmente la razón: acaso no debe haberle importado que él hubiera pasado solitario aquellos odiosos domingos, envidiando a las parejas que vio pasar felices, a los niños que jugaban sin preocupaciones; en tanto que revivía sus años tristes, en los que por no tener a nadie, intentaba acortar las horas, que se le hacían monótonas y negras, entre una película, un libro, la televisión, tomar café con un amigo o simplemente quedarse dormitando en la cama, en la espera de que llegase una ilusión a su vida. Y cuando al final había llegado, y hasta había creído encontrar amor, compañía, felicidad, he aquí que a un viejo rico se le ocurrió enfermarse y lo arruino todo, y no es que sintiera celos por Barret, demasiado sabía que la enfermedad y la vejez son buena doma, sólo que justo cuando empezaba a cambiar su destino, una fuerza negra y absurda, se proponía arrebatarse la única felicidad que había conocido hasta entonces.

Sabía también que era factible encontrar otra muchacha, total, podría tener dos, o tres, o más; otras suplirían los días, que por cierto eran muchos, en que su adorada persistía en la obligación, entonces él no estaría solo, y ambos la podrían pasar mejor y empezó a repasar todas las posibilidades, las muchachas conocidas, y hasta recordó que un compañero del laboratorio deseaba presentarle a una amiga, y así entre dos parejas pasarla muy bien los fines de semana visitando algún balneario, aquello costaría algún dinero, pero él lo tenía, y además era preferible intentar cualquier cosa a pasar las semanas esperando una breve llamada telefónica, o el favor, tan regateado, de que su novia accediera a dedicarle unos momentos; pero luego, todo aquel proyecto ficticio se derrumbaba: las chicas conocidas no le gustaban, ninguna de ellas podía compararse a Flor de Luz, ninguna poseía su gracia, su sonrisa, su adorable feminidad adorable; y la joven que su amigo sugería bien podía ser alguna aventurera, mientras que Flor era una mujer decente, y reconoció que él había sido su primer hombre y ella se le entregó por amor.

-9-

Aquella noche, estaba más hermosa que nunca. Conforme iba apaciguando su emotividad, se enteró de que Flor se había presentado muy elegante. Lucía un vestido discretamente escotado, de seda finísima en un tono perla, una estola gris, el bolso y los zapatos del mismo color y hasta unos pendientes de brillantes dignos de una princesa y todo cuanto adornaba su persona correspondía a una dama distinguida. La crisálida se convertía repentinamente en mariposa. ¡Y que alas las tuyas! y comprendió con profundo pesar, que ninguna otra mujer podría superar lo que encontraba en Flor de Luz. Aquella convicción le apenaba pues le ponía prácticamente en sus manos, limitando las posibilidades de ser el dueño de su voluntad y de su destino, y aunque sentía una arrolladora confianza en la sinceridad de la enfermera, el distanciamiento reciente le sumaba en una congoja irremediable.

Quiso evadirse de tan tristes pensamientos y procuró poner todos sus sentidos para el disfrute estético de la música. Pronto de la melodía rica y sugerente, brotaron en una nube de encanto las figuras: Eran los niños, que juegan y bailan en rondas, cerca de los

pinos de Villa Borghesse; a un grupo se le ha ocurrido jugar a los soldados y formando una pequeña compañía marchan y fingen infantiles batallas. La juvenil alegría salta ligera, como un tropel de golondrinas que se dispersan al atardecer.

Mientras tanto Flor se desconcierta. Aquel semblante meditabundo, ausente de ella, aquella mano flácida, la acongoja. Intenta sonreírle; y cuando la orquesta canta un airecillo ligero y alegre, la muchacha cosquillea con la punta de las unas la palma de la mano de su acompañante, pero aún así él continúa inmutable.

La muchacha advierte el pinchazo del desprecio. Berto piensa que esa noche emana de ella algo especial.

De pronto, el ritmo de la música cambia sorpresivamente, los pinos, son las sombras cercanas a una catacumba, bajo sus ramajes se ocultan sigilosos los espíritus de algunos practicantes perseguidos, los instrumentos remedan sus cánticos antiguos, solemnes, como himnos, y al final se van perdiendo hasta el silencio.

Los preciosos ojos de Flor de Luz están preñados de lágrimas, ¡Y que hermosos son así! pero él de pronto no lo advierte. Aquella nostalgia triste de la música tan acorde con sus sentimientos lo ha invadido al fin, el ángel de la melodía lo ha envuelto en su manto. Un sollozo de la muchacha lo hace volver rápidamente a la realidad.

-¡Déjame quererte! Pidió Flor suplicante.

El tono lastimero de aquel ruego molesta a los melómanos quienes exigen imperiosamente silencio. La muchacha con las lágrimas resbalando sobre las mejillas retira la mano en busca de su pañuelo. Berto se desconcierta, añadiendo aquella tristeza a la suya, aquel dolor a su dolor.

No sabe que hacer, se siente cobarde, comprende al fin que se ha excedido con su actitud, si bien, intenta inmediatamente disculparse, apenas ha dicho alguna palabra, lejos de que pudiera interpretarse como dura o hiriente, sin embargo, reconoce que con su silencio ha lanzado los más duros reproches y conviene que existe un idioma sin palabras, que suele ser más elocuente que los vocablos mismos.

La muchacha llora, Berto totalmente desarmado intenta consolarla, con un gesto en el que condensa: el amor, la comprensión y la paz. Un apretón de manos basta para decirle que la perdona, que la quiere y que la ha extrañado mucho, pues la desea, la ama, y ha sufrido por ella, entonces, como el agua de un cántaro que se rompe Flor se quiebra en llanto. El público se impacienta y los reclamos cada vez más airados los obligan a levantarse y a salir casi huyendo. En el foyer ante la mirada curiosa de los empleados hastiados de espectáculos y de música, Flor y Berto se abrazan y se besan. Una salva de aplausos corona su valor, el valor de amarse, de llorar, de reencontrarse.

La obra ha concluido. Los pinos de Roma se quedan allí atrás, como un jirón de melodías inservibles, acumulados entre los telones del teatro.

Mientras bebe la cerveza y con los labios llenos de espuma blanca, Flor le explica a su amado, medio desnuda, que una enfermera no debe faltar a su obligación.

-El deber estará siempre del lado de quienes nos aman, y yo te amo. -Le responde Berto parafraseando a Camus.

Flor intenta explicarle. El señor Barret, pese a su estado es muy bueno con ella; y no lo son menos su esposa y su hija Denise, ella precisamente, le ha facilitado el vestido de seda que yace sobre la alfombra, el bolso y los zapatos y la señora Barret, no ha tenido desconfianza en prestarle sus costosas joyas Y todos, aún los criados, la halagan y la quieren, considerándola ya, tal si fuera de la misma familia Ella no sabe como agradecerles, no tiene con que otra cosa corresponder que su trabajo, son gentes ricas sí,

pero muy generosas.

Berto la interrumpe, sin la euforia del deseo, satisfecha la carne, se lamenta, condensando toda su amargura en unas frases:

- Deberes desde que nacemos. Deber de vivir, de respirar, de estudiar, de enfrentar la vida y trabajar, deberes con los padres, con la familia, con Dios, con el país, deberes para todo ¡Para todos! deber hasta de sufrir, de morir. Deber de quedarme solo... mientras tú, lo único noble que he encontrado en mi vida, cumples a tu vez otra interminable lista de obligaciones.

Y hunde la cabeza con tristeza, en la almohada. Ya no quiere amar. Ya no le atrae el sexo. Flor se levanta del lecho. Mira el reloj. Procura consolarle, asegurándole que siempre está con él, que piensa a todas horas en él; luego con inevitable pena, admite que ahora tiene que irse, el debe comprender que se trata de un enfermo a quien hay que administrar puntualmente unos medicamentos, de los que sólo ella conoce las dosis, y además, tampoco debe faltar a la casa, pues no sería bien visto.

Berto no se atreve a detenerla. Ni siquiera se vuelve, mientras ella se viste lentamente, luego le pide que la acompañe a buscar un taxi, es casi la una de la mañana.

Para consolarlo le prometió que un día de la semana siguiente, ella vendrá a su casa, y se volverán a amar una y otra, y todas las veces que él quiera, porque ella es de él, porque le ama y él es su hombre y le pertenece, y no quiere que la comparta con nadie. Porque... ¿Sabes una cosa? -le susurra junto al oído- ¡He descubierto el placer!

-10-

Aquella mañana el gerente de propaganda del laboratorio, llamó a Berto para encargarle la supervisión en la zona norte del país. El oscuro visitador progresaba y se convertía en hombre de confianza a quien se conferían facultades, manejo de fondos, organización de personal, y poder para tomar las decisiones inmediatas, que por la distancia era imposible materialmente someter al arbitrio de sus superiores.

La compañía por mediación de su principal ejecutivo premiaba con un ascenso de importancia su dedicación y su esfuerzo.

Berto intuyó que simplemente lo necesitaban, pero la noticia no le aportó la más mínima alegría. Lejos de Flor, en una ciudad lejana, sin el recurso de una llamada telefónica, con la que ella avivaba la ilusión, reiteraba el amor, invocaba la fe en un porvenir cada vez más brumoso y lejano, se iba a sentir indudablemente desolado, y tenía miedo de sufrir, miedo de sus inevitables sentimientos; cavilando pensaba que el hombre nace con un destino y con un carácter, dos elementos determinantes inseparables de su vida; y en ambos tiene que ver muy poco o casi nada su voluntad.

La conclusión lo obligó a reconocerse tal cual era, había nacido así, con aquella sensibilidad extravagante, desacorde con la época y el medio en que le había tocado vivir. ¿Pero que puede hacer un hombre a quien se le ha asignado desde un color de ojos o de cabellos? Amaba a Flor, la iba a extrañar y aquella distancia iba a herirle en lo vivo, por más que como planeó casi al momento le iba a escribir dos o tres veces por semana.

Mientras tanto, el funcionario le asesoró acerca de la política del laboratorio, de las reglas inmutables y de los problemas con los que probablemente iba a enfrentarse en la zona y desde luego de lo relacionado con los créditos, la competencia, el trato a los mayoristas y las condiciones en las que se contrataba al personal local, y con la certeza de que hacía un gran favor a su subordinado, ni siquiera se tomó la molestia de consultarle si

le interesaba o no el puesto, dejando muy claro que el nombramiento no era una invitación, sino una orden. Berto habría podido rechazarlo regresando a su rutina, pero ello seguramente repercutiría en su hoja de servicios, o podía llegar a ser interpretado como rebeldía y si no le costaba el despido con el menor pretexto, se quedaría esperando por el resto de su vida la más insignificante posibilidad de ascender en la compañía.

El muchacho comprendió que lo mejor era acatar y aún agradecer la voluntad de sus jefes y hacerse grato a ellos, lo que significaría obtener su respaldo, que no estaría muy lejos de necesitar.

El señor González envió por una docena de expedientes, que contenían los datos más prominentes de los principales clientes de la zona; y a la una de la tarde, el modesto propagandista se hallaba empapado de todo cuanto era indispensable saber para el mejor desempeño de su nueva responsabilidad.

Le divertía encontrarse de pronto al tanto de algunos secretillos de la empresa. Aquellos documentos contenían cifras, antecedentes, convenios y todo cuanto había sido posible escamotear a la competencia

-Un gerente con su capacidad elevará las ventas, mejorará las relaciones con los distribuidores, organizará un verdadero equipo con sus vendedores, y no habrá médico, hospital, ni farmacia, que no recomiende y venda nuestros productos. Usted, por nuestra parte estará debidamente recompensado.

El señor González pronunció una cifra, que aún restándole los deducibles con que contribuyen todos los trabajadores era mucho más elevado y estaba muy por encima de los parcos ingresos que estaba acostumbrado a ganar; y que a duras penas le permitan hacer algunos ahorros.

Con tan amables palabras concluyó la entrevista y al día siguiente Berto recibió más instrucciones, una tarjeta de crédito, su nombramiento oficial y un pasaje de avión para trasladarse a la mañana siguiente a Monterrey.

Apenas pudo comunicar a Flor, quien le telefoneaba como siempre temerosa de ser sorprendida, su nueva designación. Al principio se quedó muda, después entre un disimulado nerviosismo, la premura y el ruego de su novio, accedió a despedirse de él, aunque, advirtió, sólo podía disponer de una hora. Fijaron la cita a las cinco de la tarde en las puertas del Museo de Antropología, procurando no quedar demasiado lejos de la residencia de los Barret.

Ambos llegaron puntuales, faltaba una hora para que cerraran y decidieron visitarlo mientras hablaban.

-Tú no supones lo que es cuidar a un enfermo en tan críticas condiciones. -comentó ella- no se trata solamente de administrarle medicamentos o interpretar fielmente las instrucciones del médico, es preciso acomodarle la almohada, acostarlo, levantarlo, ayudarlo a sentarse, vigilar sus alimentos, y aunque evoluciona mejor cada día, y ya empieza a valerse por sí mismo, se ha ido acostumbrando cada vez más a mi compañía. Imagínate que apenas puede pronunciar mal las palabras y que le da pena hacerlo con los demás, incluso con su esposa, con quien yo preferiría que no hablara, porque siempre que lo hacen, la señora discute y grita y él se agita mucho y eso es muy perjudicial. La señora ha debido quedarse al frente de los negocios, y el señor Barret ha declinado en repetidas ocasiones hablar con el señor Ramírez que actúa como gerente general y era al parecer el hombre de sus confianzas. Su hija, quien estudia la carrera de ciencias políticas en la universidad Anáhuac, está siempre muy ocupada y permanece poco tiempo en casa y poco o nada se ocupa de su padre. .

Berto guarda silencio, intenta imaginarse aquella familia de millonarios, donde abunda el dinero, pero hacen falta la unión, la fraternidad, y hasta la compasión. ¡Ellos tampoco deben ser felices! El señor Barret con sus empresas y sus millones tiene necesidad de que le lea los periódicos su enfermera, porque su hija es demasiado egoísta y su esposa prefiere cuidar los intereses de la familia, que concederle a su esposo un poco de compañía.

Con el calendario azteca al frente, Berto le vuelve a repetir a su novia cuanto le ama y lo duro que será para él la separación, tal vez por muchos meses. Flor se entristece y sus ojos húmedos le delatan que es correspondido, y que ella también le extrañará aunque sólo se ven de vez en cuando.

Ella le toma las manos y le promete esperarlo, y pensar en él todos los días

Berto pretende consolarla y para animarle le dice cuanto va a ganar; ahora sí podrá ahorrar una buena parte de sus ingresos, puesto que sus gastos de representación le bastarán para vivir, lo que significa que en unos meses más podrán casarse, mucho antes del tiempo planeado; Flor se queda pensativa, él le pregunta si ha cambiado de parecer, entonces la muchacha le responde que la boda no será posible antes de que el señor Barret obtenga una apreciable mejoría que la releve de su compromiso, y que cuando esto suceda, disfrutarán ambos su dicha.

En la sala mixteco-zapoteca, la pareja se detiene a mirar algunas figuras de cerámica, pero apenas logran concentrar su atención en las enormes riquezas arqueológicas que exhiben las vitrinas; ambos piensan en el porvenir, y quisieran que la fuerza de las palabras se proyectara en realidad; de pronto a Berto le asalta un impulso extraño, casi masoquista de separarse de ella, de estar ya en Monterrey, lejos, apurando la copa del acíbar del destierro, de la distancia, de las horas vacías; e inmerso en la maraña del trabajo, agotar sus fuerzas, embotar sus sentidos, olvidarse de que ama, de Flor, de sus sentimientos, del futuro incierto que se le antoja como una utopía irrealizable tan lejana, que los pensamientos no le alcanzarían para atraparla.

Faltan aún diez minutos para las seis; y Berto prefiere no disfrutar la hora concedida. Acelera el adiós. Entonces se les ve abandonar el museo con prisa, Flor le pregunta por que corre, pero él apenas le contesta, y lejos de pedirle que le escriba, de recomendarle que le llame cuantas veces pueda, ahogando las palabras, desliza una despedida fría, distante.

-Nos veremos cuando me permitan regresar; ojalá y para entonces ese señor se haya aliviado, y ya no se atraviesen más obstáculos.

Habla rápido, tal si pretendiera con las palabras empujar el tiempo ¡Pobre necio! no sabe que la infelicidad pasa lenta, y que en cambio la dicha es breve y fugaz, como el vuelo de un pájaro.

Por la transitada Avenida Reforma se divisa un taxi, Flor le hace una seña para que se detenga, entonces, contagiada de la prisa, desliza apenas la mejilla en los labios de su hombre y se marcha.

A los pocos segundos, es apenas la efímera visión de un sueño ¡Y los sueños son visiones fugitivas! Berto mira su reloj y comienza a contar sus horas de soledad, de espera. El segundero camina lento, y la desesperación le invade cruel, astuta, como una ponzoña que se le extendiera por los nervios.

Arrepentido de no haberla retenido unos minutos más, se queda mirando un punto a lo lejos del horizonte, que parece haberse tragado el taxi. Intenta controlarse, asirse a la resignación, entonces, con un infinito gesto de desaliento, emprende otra vez el camino, su camino, solo, tremendamente solo, con esa soledad que no conoce la presencia de Dios.

Llegó a Monterrey, tal si su cabeza fuera un motor desarticulado, y cuyas piezas disperses ya no supiera como armarlas.

Calor casi quemante, mugre, miseria, niños, perros, vendedores ambulantes, pedigüños, imitación grotesca, servil, innoble de todo lo abyecto que han acumulado los extranjeros; y luego, entre aquel enorme tablero de contrastes: edificios soberbios y modernos complejos albergando industrias, fábricas de cuanto se ha inventado, autos lujosos, y todo cubierto de polvo, tal si las chimeneas de las usinas vomitando el humo negro, se propusieran invadir hasta la última pulgada de los techos, de las calles, de los hogares, y como telón de fondo de aquel paisaje ingrato, el espinazo azul-terroso de unos cerros sin vegetación.

Berto pensó que exageraron quienes le dieron el título de sultana del norte a semejante sucursal fabril de la ciudad de México. Aquella selva de asfalto caliente, mala copia de nuestros barrios periféricos, lo deprimió aún más; sin embargo, le consolaba el hecho de que aunque la capital neolonesa fuera su base, no implicaba que el gerente regional debía vivir forzosamente allí. La zona que le habían conferido abarcaba no sólo el estado de Nuevo León, sino también: Tamaulipas, Coahuila, Durango y Chihuahua, lo que significaba que el resto de las poblaciones podrían parecerle mucho más acogedoras. El destierro tenía fronteras más amplias. ¡Sólo las cárceles del alma son tan angostas y estrechas que no cabe más que nuestra desesperación!

En el hotel, mientras se registraba le proporcionaron las llaves del cuarto y el bel-boy casi le arrebató las maletas con la misma prisa que se guardaría a los pocos minutos la propina, Berto se dirigió a la ducha; apenas tenía una hora de haber llegado, y en el corto trayecto del aeropuerto al centro de la ciudad, la ropa con el sudor se le había pegado con una incómoda sensación, apenas regresó al hall se presentaron cuatro muchachos, vestidos decorosamente con guayabera y pantalón; el más alto, con el pelo quebrado, patilludo y con bigote se adelantó sonriente ofreciéndole la mano.

-Señor Rosales soy Darío Espinosa, y ellos son: Oscar Hernández, Arturo Medina, y Sergio Montemayor, sus compañeros de trabajo en esta ciudad, Berto les tendió la mano y ellos le saludaron francos, sonrientes, mirándole directamente a los ojos y hablando con su peculiar acento norteño. Se excusaron de no haber podido ir a recibirle al aeropuerto, pues cada lunes celebraban junta por la mañana, en la que se discutía y planeaba el trabajo de la semana, a la vez que se ponía orden en la documentación, y se evaluaban ventas, cobranzas, resultados y estrategias. Espinosa le ofreció conducirlo inmediatamente a la oficina que el laboratorio había instalado cerca de allí, después, le informarían de los problemas más urgentes; y por la tarde le invitarían a degustar un buen plato de cabrito al horno, acompañado de tortillas de harina y cerveza bien helada; y si quería divertirse por la noche en algún cabaret, Oscar conocía algunos y era amigo de las mujeres más guapas.

Berto agradecía aquel recibimiento con cumplidos y sonrisas, pero las palabras no le decían nada, como si fueran huecas e inconsistentes, tal si la capacidad de sentir se le hubiese agotado y no obstante, cruel paradoja, le quedaran restos de sensibilidad para sufrir, y hasta para disimular.

Convivió con aquella buena gente, porque después de todo, él acababa de dejar de ser uno de ellos, de esos hombres que portando la indispensable maleta recorren consultorios promoviendo la medicina, ponderando un producto del que saben de memoria

sus más elementales propiedades, y comunicando su ilusión de que es una panacea a precio de ganga, mientras que la competencia vende medicina de dudosa calidad e ineficientes resultados por un precio más elevado.

Berto les agradó porque puso buen empeño en eludir todo autoritarismo o pretensión que les obligara a reconocer al jefe y prefirió adherirse al grupo como un buen guía dispuesto a un objetivo común. Solicitó el apoyo de todos, incluso de Oscar, el parrandero, rebelde, socializante, y muy versado en derecho laboral, y los instó a demostrar que eran capaces de conseguir los primeros lugares en ventas en toda la república.

Con la cerveza helada en frente y desde un lugar con aire acondicionado, la empresa se vislumbraba fácil, pero a la mañana siguiente la realidad presentaría la verdadera cara del problema: transporte malo, algunos médicos codiciosos acostumbrados a recetar la medicina que les significaba un ingreso extra, dueños de farmacias que no pagaban puntualmente las facturas vencidas, distribuidores a quienes sistemáticamente les gustaba maniobrar el dinero ajeno, competencia desleal, y por allá en Saltillo, en Torreón, en Montemorelos y hasta en el mismo Durango, representantes chapuceros que llenaban sus informes en las cantinas y nunca visitaban a los médicos; y en cambio si negociaban las muestras.

Supervisar, controlar, sanear aquel ambiente, no era una tarea fácil, sobre todo en un país donde la legislación defiende obstinadamente al trabajador, respaldando su flojera o su falta de honradez; sin embargo, aquellos eran gajes del oficio y Berto tenía madera para enfrentarse a los problemas.

A la tercera cerveza se despidió pretextando cansancio y se marchó a su hotel, deseaba estar solo, rumiando sus pensamientos, con esa ambición de soledad del verdadero enamorado.

Ya en su habitación, con la ventana abierta y a la tenue luz de la pantalla de una lámpara de mesa, Berto ensayó con pulso tembloroso la primera carta a su amada., intentando comunicarle sus emociones y luego, temeroso de apenarla, optaba por hablarle de la ciudad, describiéndola, no con los negros colores que la había visto, sino agradable, dinámica. y ante todo humana. Sopesando las palabras, se quedó dormido.

Al día siguiente se desayunó con *machaca* y un café ligero que lo confortó; y ya sin la exigencia de la corbata y del saco, inició su trabajo, dispuesto a tolerar con verdadero estoicismo aquel clima sofocante, sintiéndose decidido a ganarse la buena voluntad de aquellos provincianos localistas, que en ocasiones veían con mal disimulada antipatía a los intrusos que pretendían invadir sus dominios.

Tuvo una palabra elogiosa para los médicos, un chiste gracioso para un mayorista, un trato muy deferente para el distribuidor importante, y una sonrisa de camaradas para un colega, el supervisor de la competencia.

Por la noche, volvió a refugiarse, con esa devoción de lector flechado por el libro reciente de un autor predilecto; luego volvió a adquirir más libros, y de los libros volvió a emerger ella, dominante, incontenible, arrebatando a la protagonista la fama de su nombre, para instalar el suyo. Más se ama, cuando más distante se está; y el muchacho amó con una capacidad que se desconocía, con una entrega sin reservas, con una fidelidad, que de haberla sabido el alegre cuarteto que le secundaba habría sido tachada, con benevolencia, de infantil.

A veces recibía de Flor una carta lacónica, en la que Berto creía encontrar más amabilidad que amor, otras, lo despertaba el teléfono con la voz de la joven, deseándole que todo le saliera bien, entonces, desechaba sus temores y se le veía alegre, dicharachero y

hasta locuaz.

Luego vinieron los meses difíciles pues empezó a viajar. Con espíritu misionero recorría su enorme territorio. Supo de camiones desvencijados, sucios e impuntuales, de hoteles de paso sucios, de restaurantes plétóricos de moscas, de pueblos polvorientos, de médicos amargados, acertados algunos, otros apenas pasables para un parto o para operar un apéndice; y en cada ciudad esperando una carta, contando los días, alternando el deber y el vehemente deseo de retornar a México, y conformarse al menos con estar algunas horas en la ciudad que cobijaba a la mujer que adoraba, aunque sólo pudiera verla unas horas.

Muy de tarde en tarde, en los hoteles de Torreón o de Chihuahua le aguardaba un sobre que el pobre muchacho arrebatava al administrador, otras veces sólo recibía un recado escueto que contenía el saludo breve de una señorita que había llamado de México, entonces la ilusión marchita volvía a florecer y se ponía a revisar sus ahorros bancarios, mientras volvía a construir proyectos para su futuro hogar y hasta el itinerario de un viaje de bodas.

Poco a poco aprendió a encontrar la belleza oculta de villas y pueblos; un día no lejano regresaría con Flor, para enseñarle los cálidos jardines en el atardecer, las kermes domingueras en el atrio de los templos, los cines olorosos a creolina en que gastaba las tardes del sábado; y hasta se imaginaba que juntos saborearían los antojitos regionales, las nieves de frutas exóticas, los ates de membrillo, los dulces de nuez con leche; y hasta planeó comprar una docena de vestidos gabachos en Laredo o en El Paso, y se prometía compartir con ella un desayuno con las sabrosas tortillas de queso en Camargo, después de visitar su catedral románica.

Cuando transcurrieron once meses, Berto regresó otra vez a Monterrey. Se había puesto más moreno, había enflaquecido y se le había pegado inconscientemente el acento de aquellas gentes, a las que comprendía cabalmente ahora.

Lo recibió un inusual volumen de correspondencia; en general, la gerencia del laboratorio estaba muy satisfecha de su labor, le concedían, si lo deseaba un par de semanas de vacaciones, entre los numerosos sobres con cuentas, instrucciones y asuntos administrativos, encontró uno más pequeño, escrito con letra menuda, y con mal disimulada alegría lo abrió al reconocer la letra de Flor; también allí había buenas noticias: el señor Barret había mejorado ella lo esperaba y ansiaba abrazarlo, Berto dio gracias a Dios por la mejoría de aquel desconocido; y supuso que pasada la prueba llegaría la recompensa, y un sábado por la noche, sin aguardar turno para conseguir un pasaje aéreo, abordó un autobús con destino a la ciudad de México, pensando con deseo en su modesto departamento. En el trayecto trató de evitar quedarse dormido deseando contemplar el resplandor de los millones de luces de la ciudad capital, pero el amanecer lo sorprendió en Tlalnepantla, allí el paisaje lucía gris, y triste; las luces se habían apagado, pero ahora estaba a unos metros de encontrar el amor, a unos minutos de ser feliz. .

-12-

Luego que dejó el equipaje en su casa y después de una ducha, Berto se dirigió al apartamento de Flor, quién aunque prácticamente ya no lo habitaba, seguía rotulando los sobres de sus cartas con aquella dirección.

La muchacha que salió a recibirle, le informó que hacia un mes por lo menos que Flor no iba por allí

Berto supuso que Flor seguramente continuaría hospedada en la casa de su paciente y se decidió a ir en su busca y darle una sorpresa, sólo que para ello era indispensable obtener la dirección, así que encamino sus pasos a la clínica del doctor Bautista. Era domingo y la mañana lucía soleada y alegre, aunque ligeramente calurosa.

Una hora después se encontró frente al sanatorio del galeno, que lucía siempre pulcro. La recepcionista le informó que el doctor no se encontraba, y no sabía informarle la hora que volvería, por lo que aconsejaba volver al día siguiente por la mañana. Berto insistió en que le era preciso hablar con él, una de las enfermeras pasaba casualmente y se acercó amistosa, Berto preguntó si alguien podría informarle el domicilio de un paciente de apellido Barret, donde fue enviada una joven quién trabajaba en el sanatorio.

-¿Se refiere usted a Flor? -preguntó la recién llegada- antes venía por acá, pero hace mucho tiempo que no la vemos. Usted debe ser Alberto ¿Verdad?

-Sí, a sus órdenes.

-Flor nos hablaba mucho de usted.

Berto se sintió halagado por semejante confidencia.

La muchacha fue en busca de una pluma y regresó a los pocos minutos con un papel donde había anotado un domicilio.

-Aquí encontrará a Flor. Es por las Lomas de Chapultepec, pero muy arriba, Flor se excusaba de no visitarnos seguido porque la casa donde trabaja está bastante retirada.

Berto le dio amablemente las gracias y se dispuso a ir al domicilio que buscaba, en el trayecto al pasar frente a una florería lo atrajo un ramo de rosas artísticamente colocado sobre un búcaro de porcelana, Berto lo compró entusiasmado, pensando en que aquellas rosas habían florecido sólo para otra Flor pero de carne y hueso.

Cuarenta minutos después estaba junto a una espléndida mansión, rodeada de un amplio jardín. Berto se acercó a la elegante reja de hierro forjado, oprimió el timbre y se dispuso a esperar que le abrieran abrazando su ramo de flores, pero después de largo rato nadie salió a recibirle; supuso que el aparato se hallaba descompuesto y sacando de su bolsillo una moneda empezó a golpearla contra la reja, primero comedidamente, luego con toda la fuerza de su desesperación.

Al fin se convenció de que no había nadie en la casa; mal observador, tardó mucho en apreciar que el jardín estaba polvoriento y lleno de hojas secas y que las persianas de las enormes ventanas permanecían cerradas.

Eran las tres de la tarde. El calor había puesto mustias a las flores.

Desilusionado de su infructuosa búsqueda se resignó a pasar el resto de tan triste domingo, deseoso de que las horas transcurrieran con rapidez y el pudiera hablar al día siguiente con el doctor Bautista quién seguramente podría informarle del paradero de su novia.

Volvió sobre sus pasos, intentando tranquilizarse, en algún restaurante comió sin apetito una pieza de pollo con puré de manzana, a su alrededor la gente miraba con curiosa complacencia el enorme ramo de rosas, así que decidió regresar a su casa, allí las rosas dentro de un florero con agua se conservarían hasta el día siguiente.

Aunque inquieto se recostó soñando en sus proyectos, al día siguiente seguramente encontraría a Flor, se casarían y en Monterrey o en México instalarían un nido confortable; ahora disponía de algún dinero y aunque con grandes esfuerzos había logrado superarse; y mientras se asomaba por los cristales de su ventana observando a las parejas que transitaban por la calle, se puso a recordar, que en una de esas agradables tardes de domingo, él también había recorrido en la compañía de su novia, las calles de la metrópoli.

se quedó un buen rato prendido a sus recuerdos hasta que escuchó unos discretos golpes sobre su puerta. Era una vecina que le saludaba cortésmente, preguntando por su larga ausencia y dándole los parabienes del regreso. Berto le respondió con amabilidad, de pronto la curiosa señora recordó que tenía algo para él. Era una carta que había traído un chiquillo, y que al no conseguir introducirla en la hendidura de la puerta obstruida por la alfombra, se la había dejado a ella, que accidentalmente se encontraba en el pasillo.

Berto sintió palidecer, pero aparentando serenidad, y entre sonrisas y agradecimientos pudo al fin desprenderse de su vecina y abrir la misiva, que naturalmente era de Flor.

*...han ocurrido acontecimientos imprevistos y desagradables. El señor Barret ha sido despojado nada menos que por el hombre de sus confianzas, quién además resultó ser el amante de su mujer. A un paso de la quiebra, acosado por los acreedores, y abandonado por su esposa, quién por lo visto esperaba y aún deseaba su muerte, decidió mediante su abogado, rescatar lo que le quedaba, su hija quién es adicta a las drogas, también dejó la casa, para seguir a un grupo de hippies norteamericanos que visitaban México en busca de alucinantes; ante tan graves pérdidas, de la noche a la mañana, su salud se ha agravado, perdiendo en pocos días la mejoría que había obtenido en meses, y que dadas las terribles circunstancias difícilmente podría recuperar en México. Aunque deshecho por la pena, y abandonado por familiares a quienes por lo visto decepcionó que aún estuviera vivo, continua amando la vida, dispuesto a luchar por ella, y aferrado a una remota esperanza, ha optado por intentar una mejoría radical en el extranjero donde aún le quedan algunos parientes lejanos y los adelantos en la medicina tal vez podrían librarlo de la silla de ruedas y devolverle completamente el habla, para mí la obligación habría concluido acompañándole hasta el último momento al aeropuerto, pero no he encontrado valor para dejarlo solo y he decidido irme con él, por que soy lo único que le queda en la vida. Me ha costado un enorme esfuerzo tomar esta decisión que un deber humanitario me impone, pero de no hacerlo así, cargaría con un reproche por el resto de mi vida que no me dejaría en paz, ni nos permitiría ser felices. No le odies, es un caballero y jamás se hubiera atrevido a insinuar que sacrificara nuestro porvenir, pero él me necesita, y tú en cambio, podrás encontrar a otra muchacha y ser dichoso como mereces, pues eres un buen hombre En cuanto a mí, si te da un consuelo saberlo, el señor Barret jamás será mi amante, por más que reconozco que es un hombre muy agradable. Porque te sé noble, confío que no me guardarás rencor y cuando vuelvas por Coyoacán habrás de recordar que una vez al parpadear la tarde caminamos juntos; y que donde quiera que me encuentre te seguirá amando siempre, Flor. .*

## EPILOGO

Berto se desplomó, sintiendo que en su estómago se había posado algo muy frío y que las piernas le flaqueaban.

En la calle, una luz cobriza se había instalado en un horizonte lejano, inalcanzable.

Levantó los ojos al cielo. De niño, cuando su madre vivía, le había dicho que Dios habitaba en las alturas entre las nubes; pero ahora él se preguntaba porque insistía siempre en esconderse, en dejar a sus hijos sin otra compañía que sus miserias y su dolor.

Entonces concluyó que nuestra vida, a la que con tanto afán nos aferramos, vale menos que una arena de la playa, y que nuestra suerte no le importa a la naturaleza impasible, o a la cruel sincronía del universo.

Una ola de bochorno invadió a la tarde caída, El sol dejaba sentir todavía sus

últimos rayos, y el frescor de la noche, era apenas como un lánguido abanico que comenzara a abrirse.

Berto recordó las frases de un libro que hablaba de ese eterno binomio del amor y de la mujer: el uno es brasa, la otra es viento, uno es el ideal, el espíritu; la otra, la realidad y la carne. Uno es anhelo de paz y de triunfo, la otra es inquietud y suele ser la dicha más completa, o la más cruel derrota.

Abandonó su estancia que le pareció como la celda de una cárcel y dejó libres sus pasos de autómatas que lo llevaron lejos.

De alguna puerta brotó como un enjambre, un grupo de enfermeras.

## **NO TRAICIONES AL SUEÑO**

*amor es la vida en su plenitud,  
como la copa en su vino.*

México en 1950.

Todos gustamos de fanfarronear, pero en la realidad, aunque tengamos muchos conocidos, nuestros auténticos amigos se circunscriben a lo sumo a dos o tres, con quienes podemos contar en las peores circunstancias; y de quienes verdaderamente somos aceptados.

En cuanto a damas, la crisis era todavía peor, y aunque yo alardeaba de que salía con muchas, tal presunción era una falacia, y con demasiada frecuencia tenía que volver a recluirme, apenas abandonaba el trabajo en mi irremediable soledad.

Mi estrecho círculo de aquellos años se reducía a algunas señoras, solteras o divorciadas, que andaban entre los treinta y cinco y cuarenta años, afectas a dar consejos, contar chismes, criticar despiadadamente al prójimo y reír estrepitosamente por cualquier tontería frente a una taza de café. Las visitaba a veces, cuando no había ningún estreno en la cartelera cinematográfica que me atrajera y tornaba a casa a sacudirme de pelos el pantalón, que un perro faldero o un gato con pretensiones burguesas me había pegado.

Una de mis amigas pasaba una buena parte de su vida en un elegante club; y sus ocupaciones favoritas eran la cultura, el arte y el altruismo, aunque dichas actividades más bien representaban un escaparate a su frustración.

Trataba también a dos o tres muchachas casaderas a la perpetua mira de un galán formal, que después de formal declaración estuviera dispuesto a un matrimonio en regla, y que fuera profesionista o próspero hombre de negocios; no mal parecido, ni demasiado moreno, de un metro setenta y cinco de estatura por lo menos, con auto del año y chequera, dispuesto a gastar generosos consumos en los restaurantes de lujo sin protestar por las notas alteradas y obsequiar además espléndidas propinas, costo demasiado elevado para las precarias concesiones a las que estaban dispuestas, pues una salida que podía costar algunos cientos de pesos era apenas recompensada con un apretón de manos y un furtivo beso en la mejilla y se debía depositarlas en casa, previo permiso de papá, mamá, hermanos y abuelita máximo a las diez de la noche, hora límite -como la de Cenicienta- con el consabido riesgo de romperse la crisma por no respetar las señales en los semáforos.

Me quedaban dos amigas más: una modelo y otra actriz, muchachas hermosas pero prácticamente inaccesibles, rodeadas de gente importante: productores, empresarios, hombres de negocios, gerentes, ejecutivos de cuenta de agencias de publicidad que manejaban firmas extranjeras, gente del mundillo del cine, de la prensa y de la farándula; eran ciertamente chicas cordiales, desprejuiciadas, sencillas, y muy alegres, cuyo trato era siempre amable, aparentando sentir entusiasmo por las cosas más triviales, pero que con la misma facilidad que alegremente concedían una cita, igualmente la cancelaban telefónicamente pretextando una filmación, el ensayo que cambiaron de hora, el viaje inaplazable para una presentación, grabar un comercial, procurarse un descanso después de cuatro o cinco noches de desvelarse, el malestar repentino de *mamá*, ir de compras, un cumpleaños, la vecina que está en un sanatorio con una gripe agravada en vías de convertirse en pulmonía, la junta en el sindicato, o simplemente una descarada confidencia: *-imagínate que acabo de conocer a un muchacho guapísimo, pero que ha resultado muy*

*celoso, entonces como tú eres de confianza y al fin podemos vernos otro día, lo posponemos y después nos hablamos-* entonces, a título de amigo desinteresado, yo debía fingir interés por el tal sujeto, preguntando como era y de que se ocupaba –si es que tenía oficio alguno- todo aquello ponderando las inalcanzables cualidades que poseía el elegido, por cuya causa se me arrebatara el inocente placer de una cita que me habían dado más bien por cortesía, o quizá por contar con un recurso, por si algo más interesante fallaba, que porque realmente mi persona les despertara un interés, no obstante aquellas pruebas de confianza, me autorizaban para telefonar a la joven e indagar como iban aquellas relaciones, entonces la muchacha me informaba que el individuo había resultado un fiasco, y que después de haberse lucido un corto período había sacado las uñas y ella indignada por la abochornante voracidad del tipejo, quién había pagado unas copas y una cena y ya pretendía cobrarla, por la vía más rápida y sin muchos preámbulos amorosos, se había visto obligada a despedirlo; a veces, la negativa de la muchacha motivaba una palabrota, un disgusto, y hubo una ocasión que hasta una bofetada del mequetrefe; otras, se descubría que era casado, o demasiado conocido por algunos agentes de la policía, y el hecho mismo de no saberle domicilio fijo, profesión o fuente de ingresos y de trabajo, de donde pudiera provenir el dinero que tan liberalmente invertía en su deportivo atuendo, daba que pensar, y la chica optaba por distanciarlo, algunas ocasiones después de haber hecho el amor una media docena de veces con él.

Solía acontecer también que el *sujeto* dicharachero y alegre hacía un préstamo y luego se desaparecía, y hasta se dio el caso de un aprendiz de actor, de una muy teatral presencia, quién sugirió a su crédula conquista abrir una cuenta de ahorros mancomunados, con el noble propósito de reunir dinero para contraer matrimonio. Todo hubiera ido a pedir de boca, pues el conquistador se mostraba siempre muy comedido y amable, si no hubiera tenido la mala ocurrencia, cuando ya la cuenta bancaria engrosaba algunos miles naturalmente, de proponerle a su novia, entrar como asociada en uno de esos fabulosos negocios que ya casi nunca salen, sin problemas de impuestos, de ventas, ni de empleados, y con unas utilidades asombrosas; tal oportunidad, única, no podía ser despreciada, y la muchacha tan despierta para otras cosas accedía ilusionada ante la posibilidad de tener marido y convertirse en millonaria de la noche a la mañana.

El negocio como era de esperarse, quebraba, pues era un timo disfrazado, y los ahorros paraban en las apuestas del frontón o en el hipódromo, y el vívales, aún prometiendo restituir el dinero, partía en pos de otra socia.

Entonces tan dramáticos finales propiciaban que para desahogarse las lindas jóvenes accedieran a comer conmigo, casi nunca a cenar, porque siempre tenían otros compromisos más importantes para la noche, y yo pagaba el breve placer de su compañía aguantando una larga relación, hasta con lágrimas y suspiros, donde nunca faltaban las deslealtades mutuas, las traiciones, el cinismo, la irresponsabilidad o aún la brutalidad de los play boy nativos, y yo, que al menos no era rufián, ni vago, ni estafador, y no tenía más afición, no vicio, que la muy natural de las faldas, no conseguía de las féminas más que un beso insulso y en los mejores casos, un par de boletos, *para ir a ver la obra que dirige fulanito o que escribió mengano, todos geniales, homosexuales, maravillosos, con teatro lleno, críticas estupendas escritas ocho días antes de la noche del estreno, aplausos, bravos y cinco o seis cortinas al terminar el tercer acto, tú que conoces mi trabajo y ahora que estoy bien dirigida no te puedes imaginar el éxito, pues el público se muere por verme y recomienda la obra.* Entonces para presentarme me aprovisionaba de un costoso ramo de flores que había que encargar a la acomodadora del teatro, con una jugosa propina, para

que lo subiera al escenario mismo, y precisamente cuando los invitados al estreno aplaudían entusiastas; después me presentaba al camerino, a felicitar a mi amiga efusivamente, jurándole que nadie hubiese interpretado mejor el difícil y complejo personaje como ella, así desempeñar aquel papel -casi siempre de prostituta de afición o profesional- merecía felicitaciones, cumplidos y hasta pronósticos de que la obra en cuestión fuera llevada a la pantalla, entonces la actriz en ciernes declaraba: *Ay, si tú pudieras ser mi productor, pues eres el que más me anima....* a continuación deploraba no poder aceptar mi invitación a celebrar su triunfo conmigo, pues había que estar bien con la prensa, le tocaba filmación al día siguiente, había grabado toda la tarde, y estaba rendida, estaba una amiga esperándola, o simplemente iban a venir por ella... y la cena se quedaba para otra ocasión. *Porque de haber sabido que tú ibas a venir hoy, cancelo todos mis compromisos, porque ya sabes que siempre me la paso muy padre contigo, así que cuando quieras que salgamos no más me llamas...* a veces las esperanzas se prolongaban *para cuando termine la temporada, que a Dios gracias, la obra va a durar seis meses y luego nos vamos de gira por toda la república, pero tiempo habrá, pues al cabo no nos vamos a morir mañana..*

Una ocasión, llegó para mí mala fortuna la suerte; y la estrella en ciernes aceptó ir a cenar conmigo ¿Y por que no a bailar? pero invitó a toda la compañía, el galancete del elenco la acaparó toda la noche; y a mí me hizo el honor de bailar apenas una pieza, a cambio de pagar una cuenta, que representaba dos semanas de mi trabajo, con todo y viáticos y algunos extras, aunque eso sí, terminaron tuteándome todos los del elenco y me pidieron que no dejara de hacerles propaganda, y de ir a aplaudirles cuantas veces pudiera, una actriz cincuentona, a quien mis intenciones no se le escapaban, hasta me dio consejos sugiriéndome no fijarme demasiado en que mi dama, tratara de "mi amor" o "mi vida" a cierta genticilla en mis propias narices, pues ella era así y ya se le pasaría, total que cansado y con unos pocos pesos para mi taxi en el bolsillo, me regresé a mi casa, jurando no ocuparme más de estrenos, de obras, ni de actrices.

Además tenía anotados en mi agenda, dos o tres números telefónicos de muchachas-taxímetro, las cuales no se andaban con remilgos de café, o preámbulos de sesiones cinematográficas, y quienes fieles a la premisa "el tiempo es dinero" gustaban más bien de borracheras que de cena. Estas se cotizaban por rato o por noche; y había que hacer apartado, lo convenido se agilizaba mejor con algún anticipo que nunca se abonaba a la cuenta final; y un mejor trato debía coincidir con una propina extra, un regalito, o un préstamo a cuenta de futuros servicios, *para pagar mañana un abono de la consola, que esos ladrones de Sears me vendieron al triple y a diario me habla un abogado o me envían una carta amenazándome con embargar el aparato si no pago inmediatamente, o para ayudar a mamá que vende cosméticos Avon a domicilio, y que ahora que se enfermó se gastó todo el dinero con el ratero médico, que quiere que vaya a consulta cada semana, y además tiene que comprar las medicinas tan caras; y para colmo la compañía exige la liquidación de la mercancía, y el tal licenciado del jurídico tiene una cara...*

Me quedaban todavía algunas conocidas entre el personal de servicio de los Sanborn's con quienes solía bromear y hasta contarles algún cuento atrevido; y sobre todo las apetecibles meseras del Café Conde: guapitas, caderonas, con un busto generoso que guardaban celosas bajo los encajes de la reglamentaria blusa blanca almidonada, realmente impecable; y se ataviaban con una faldita negra de lana, muy pegada, un coquetón delantalito blanco muy corto y una sonrisa muy estereotipada, todas me sonreían con displicente amabilidad y muy definido límite, aquella actitud, buscaba un diez por ciento

extra de propina, generalmente a cambio de alguna confidencia sin valor: *estoy muy cansada, pues anoche tuve enfermo al niño y no me dejó dormir, ó el domingo nos va a llevar al campo mi novio, pues tiene coche, etc.* las meseritas tenían además un serio inconveniente, que no se podía pasar por alto, salían del turno entre la una y las dos de la mañana, y a cambio de algún rato de platica o un beso había que servirles de chofer, o alternar con el taxista que iba por ellas, atravesar media ciudad de México, y regresar a casa a las tres de la mañana, con sueño, frío, y un humor de los veinte mil diablos, pensando en que al siguiente día había que despachar todos los pendientes en la oficina. Así que opté por comprar un frasco de café soluble y preparármelo yo mismo en mi casa, mientras escuchaba un disco rayado, de mis predilectos, ya que la televisión, refugio de la imbecilidad, casi nunca la he tolerado, pues no sirve ni para mala compañía.

-2-

Yo maldecía mi mala suerte. Otros *amigos*, tal vez más hábiles que yo, o menos tontos, llevaban una vida estupenda; para ellos, las mujeres en lugar de atraerles, hasta les aburrían, y muchas ocasiones me tocó presenciar, como se negaban ante cualquier chica guapa, detrás de quien yo hubiese corrido irremisiblemente, en tanto que ellos pretextaban ocupaciones, viajes, negocios, cuando sólo se quedaban jugando una buena partida de domino, animada con una botella, no obstante, estos afortunados, a quienes la esposa toleraba todo, el segundo frente era de una lealtad impecable, la secretaria-amante, coordinadora alcahueta con máquina de escribir, preocupada más por su jefe que por servir a la empresa; rara vez me hacían partícipe de sus aventuras, y se concretaban para acrecentar mi infortunio, en referirme sus conquistas, asegurándome que solo había dos clases de mujeres: las dispuestas a hacer el amor y las que estaban muertas.

No obstante, había también quienes me juraban afortunado, aquella inconsistente lotería, radicaba en mi libertad, yo era dueño de hacer con mi vida cuanto me diera la gana, independencia por cierto limitada al dinero que si bien no era mucho, me concedía posibilidades de comprar lo mismo un curso de alguna lengua extranjera, con maestra joven y rubia, o viajar por las Bahamas, Hawai o Europa.

Los viajes al principio me atrajeron mucho, el placer empezaba desde el vuelo, donde mis ojos tenían sus horas de recreo, contemplando, como a un Buda prohibido, las pantorrillas de alguna aeromoza guapérrima.. Hoy desafortunadamente, tan espléndido linaje ha decaído tanto, que por las monumentales muchachas amables por convicción y guapas por nacimiento, solo quedan algunos maricones con disfraz de sobrecargos y algunas damas inconformes por tener que servir tragos y comida, a un publico no siempre de tanta calidad, como para saber viajar, comer, beber y conducirse decentemente; ellas, que saben idiomas, vuelan todos los días y reciben entrenamientos y cursos de actualización en relaciones humanas, y materias anexas deben de ocuparse de pasajeros corrientes, algunos con el campestre atavío de chamarra y hasta sombrero, otros borrachines que las tutean a las primeras de cambio, sin faltar algunos hippies barbudos, con inconfundibles trazas de estar enemistados a perpetuidad con el jabón, y el rastrillo, enfundados en sus eternas camisetas, mismas con las que han trapeado los infiernos del rock and roll, y con sus ceñidos pantalones azules medios rotos y carcomidos que se les han adherido a las piernas flacas de tanto uso. De entre esos especímenes rebeldes protestantes hasta de vivir, no puede brotar, ni por mediación de un demiurgo, el príncipe azul, galante y valeroso, heredero y distinguido, enfundado en el spleen elegante, y a quien

las ocupaciones, los negocios y las recepciones en las embajadas, no le han dejado tiempo de enamorarse. ¡Ah! los vuelos se han democratizado! muchas líneas aéreas han optado por establecer una clase única, ante las fenomenales pérdidas por la siempre medio desierta primera clase; y las sirenas del aire inalcanzables, valientes y aventureras son un sueño erótico, perdido en la mente de los escritores de una década atrás, o en los hacedores de películas de Hollywood, quienes explotaron un buen filón del mundillo de los aeropuertos.

En mis viajes encontré lugares interesantes, exóticas costumbres y mujeres bellas y mucho mis accesibles y sencillas que las mexicanas, corrí algunas aventuras y coseché algunas amistades, novias platónicas, amigas que enviaban nostálgicas y gentiles, postales de colores brillantes, que yo correspondía con largas cartas, haciéndome la ilusión de una novia francesa o checoslovaca, que nunca veía y que era, en el mejor de los casos, sólo un bonito trozo de papel metido en un sobre y con atractivas estampillas. Todo quedaba tan lejos, tan irreal! que lo único que me seguía rebotando en la mente, era la indignación que me nacía al recordar el comportamiento de mis colegas mexicanos, ocasionales compañeros de los vuelos, quienes sacaban latas de chiles curados hasta para acompañar la langosta termidor, el paté o el caviar... y a la menor provocación, emergía en la cabina de Air France una desafinada guitarra, que pulsaba un enemigo declarado de la música, para acompañar el inevitable "Cielito Lindo" o el "Bésame Mucho", melodías que terminé por aborrecer a fuerza de escucharlas continuamente.

Los viajes me fueron resultando muy costosos, pero no lograron extirpar realmente mi soledad. Eran a lo sumo, una especie de escapadas, de huidas, si bien regresaba siempre con algunas docenas de souvenirs que repartía entre mis amigos y que me conferían cierto prestigio de hombre de mundo.

La perspectiva de casarme me desalentaba cada vez más. Tener a una mujer malhumorada y envejecida, recordándome a todas horas sus derechos y mis deberes, algunos hijos donde me vería reflejado hasta con desventaja, a quienes de fijo primero debía cargar con su inevitable bolsa de pañales oliendo a orines, y a las consabidas botellas de leche amarillenta, me dejaba frío por anticipado.

Había presenciado el declive vergonzoso, de algunas condiscípulas guapas en esa tumba que se llama matrimonio y me aterrorizaba la perspectiva de ir a sepultar así los restos de mi no muy afortunada juventud.

En ocasiones, solía perderme en algún café de esos que sacan sus mesas a la calle, para mirar pasar entre indiferente y nostálgico, con aires de conoedor, a las empleadas que con sus altos tacones, salían de las oficinas aledañas, mientras fingía leer un periódico, o con pose de intelectual subrayaba innoblemente las frases de algún libro; entonces me juraba que mis preocupaciones espirituales cuadraban muy bien con mi pretensión de hombre culto, que nunca se pierde un concierto de la Daniel y que sabe casi de memoria los menús de Bellinghaussen, La Cave o Normandie.

No obstante, aquellos placeres fáciles me repugnaban. Una película de cine-club, un disco nuevo, o ir a perder horas en frente de la pantalla del televisor, escuchando la charla pedante de alguno de los sabelotodo con iniciativa que han encontrado su bolita, hablando de todo; fueron perdiendo para mi, cada vez más su relativo atractivo.

En tan tristes condiciones me hallaba cuando volví a encontrarme, después de muchos meses con Enrique, un antiguo amigo, de la misma edad que yo y con los mismos problemas: el requerimiento despótico del sexo; y la búsqueda continua del placer sin compromiso.

Apenas nos encontramos y ya estábamos conversando sobre el tema que nos

apasionaba: las mujeres, pero para mi buena suerte, Enrique hablaba en el tono sincero del que no se siente un conquistador irresistible.

-La mayor parte de nuestras vidas, transcurre sin que ocurra nada digno, ni de ser vivido, ni de ser recordado, todos anhelamos que nos sucediera algo distinto, trascendente... -lamentaba Enrique dándose las de filósofo.

-Por ejemplo ¿Una aventura? -sugerí tímidamente.

-Eso es -admitió- ¡Una aventura! ¿Te gustaría ser el protagonista de una aventura?

¡Claro que sí! -respondí entusiasmado.

-Yo puedo propiciártelo -convino con cierta pedantería- pero te advierto que no se trata de mujerzuelas, esto es algo diferente, refinado, exclusivo, para gente como tú, con sensibilidad, buen gusto y algún dinero disponible.

-Estoy a tus órdenes. -Acepté complacido.

-No tan de prisa, primero debo preparar el terreno y aún más asegurar que vas a comportarte, bajo mi palabra y total responsabilidad, con la mayor cordura y moderación.

Confieso que aquella endemoniada advertencia me fastidió. Yo no era un majadero, que a las primeras dos copas, le da por meter la mano a los senos de las mujeres, pero cuando iba a protestar, Enrique tomó nuevamente la palabra.

-Quiero que me prometas que guardarás todo esto con absoluta reserva. La invitación que voy a hacerte es para ti únicamente, y la mejor manera de agradecerla será que seas discreto. Déjame unos días y con anticipación determinaremos día y hora para encontrarnos.

Había hablado con la misma parsimoniosa seriedad con que se anuncia una junta de negocios. Y por cierto que vivir es un negocio, y es el más importante de todos.

-3-

Aunque de momento me sugestionó la propuesta, y anduve muy al pendiente de que la recepcionista pasara las llamadas telefónicas que se recibían para mí, cuando transcurrieron dos semanas y no volví a tener noticias, terminé por olvidarme del asunto, reprochándome ser tan crédulo y concebir esperanzas del ofrecimiento descabellado de un amigo mentiroso, pero una mañana, Enrique me telefoneó a temprana hora a mi departamento, para anunciarme que por la tarde seríamos recibidos en la casa de la signora Karina; y como yo intentara saber de quien se trataba, mi amigo me confió que era una exquisita dama, sabia en el arte de ensamblar corazones y demás; y por cuyo conducto había conocido muchachas capaces de arrebatar la respiración a cualquiera, y como ejemplo, menciono a una tal Mayra, a quien le seguía obstinadamente los pasos.

-Para ti -aclaró -habrá una verdadera sorpresa. He hablado lo mejor que he podido de ti y la signora ha respondido, que aunque aún no tiene el placer de conocerte; y que ignora por lo tanto tus gustos sobre ciertos particulares, ha pensado en una muchacha extraordinaria, con la que confía dejarte muy bien impresionado. Semejante preámbulo, dicho además con un tonillo de triunfo, me chocó un poco al principio; y estuve a punto de decirle que la signora podía guardarse a la *muchacha extraordinaria*, pero me callé y convenimos que pasaría a su oficina un poco antes de la hora de la cita, entonces me sugirió que descolgara mi mejor traje. Aquello era demasiado. Encima quería que me presentara como si fuera a ser recibido por una emperatriz. Colgamos. Traté de dormir una hora más, pero ya una extraña inquietud se había apoderado de mí, tal si fuera un chiquillo que se aprestara a recibir la sorpresa de un juguete largamente soñado, o mejor aún del

estudiante ávido y curioso, anhelante de un libro, cuya sola portada, resume la promesa de incontables deleites. Procurando tranquilizarme, intenté analizar mi desaforada inquietud. La tal signora Karina, convine, no debe ser más que una vieja alcahueta; y la *muchacha extraordinaria* no pasara de ser, más que una aventurera, de esas que suelen darse muchos aires, para obtener más dinero de sus ocasionales clientes. Sin embargo, aquel razonamiento no me satisfacía completamente, hacía muchos años que conocía a Enrique, y sabía que cuando le gustaba una mujer, era como el jugador que no puede ver una ruleta sin meterse la mano en el bolsillo; recordé algunas de sus extravagancias, y tuve que reconocer que siempre que se trataba de mujeres estas eran verdaderamente hermosas y distinguidas.

Empecé entonces a tomar muy en serio sus promesas. El amor aventura en medio de toda su excitante curiosidad me atraía con ese ilusorio atrevimiento, de quien pretende lograr todas las mujeres; y mientras me duchaba me empecé a sentir animado por una nueva audacia, que desconocía en mí, era. una especie de euforia, de ganas sinceras de vivir. El resto de la mañana lo pase contemplando con más descaro las piernas y las caderas de las secretarias; tomándome con aire distraído ciertas confiancillas que no deben haber pasado totalmente inadvertidas; acostumbradas a verme siempre con la cabeza hundida entre un mar de papeles, aquel desenfado debió haberlas sorprendido, si bien solo una de ellas se atrevió a declararme con socarronería *que algo traes entre manos pues te noto muy contento*. ¡Eso era el colmo! -me reproche enojado- ¡Soy un cretino incorregible! El encuentro con la beldad prometida, no pasara de ser uno más de esos abrazos mercenarios, un *affaire* invariable, pese a la novedad, en una de esas vitrinas donde suele expenderse la mercancía mas solicitada: la mujer, solamente que con un cambio de tramoya, donde en lugar de deprimirse en alguno de esos tugurios de callejón, en el que señorea entre tabaco, alcohol y sudor, el famélico ambiente esclavo de la carne; la cacería tendría lugar en alguna casa de postín donde me van a dejar hasta sin zapatos. Cual no ha de haber sido mi sorpresa, cuando cinco minutos después de deambular entre el tranquilo ambiente del barrio silencioso y residencial en la señorial colonia Roma, Enrique y yo nos detuvimos delante de la entrada de una inocente florería

La señora Karina se ocupaba personalmente de preparar un bouquet de orquídeas con un gusto exquisito. Era una mujer de cincuenta años: alta, delgada y dueña de un aristocrático porte, llevaba el pelo entrecano sujeto en un chongo por detrás; y vestía un modelo de seda gris oscuro, aunque no muy nuevo, pero eso si, muy limpio y bien planchado y unas zapatillas de ante, cuya altura le ayudaban a tomar ese inequívoco aire de condesa retirada. Dos sirvientas morenas, con acusados rasgos indígenas, uniforme azul y delantal blanco, iban y venían ocupadas en regar plantas, podar tallos, acomodar flores y limpiar hasta la última hojita o más pequeño pétalo, aprecié que estaban bien entrenadas en su trabajo y que lo desempeñaban con gusto, como si la meticulosidad de la augusta dama se hubiese expandido hasta ellas.

La signora Karina miró por encima de sus lentes y saludó a Enrique con una amabilidad tan familiar, sin perder un ápice de su compostura.

-¡Mio carol ¡Sempre puntuale! ¡Puntuale!

Enrique hizo un ademán señalándome y me presentó.

-¿Vostro amico? Benvenuto signore, benvenuto.. .

-Gracias -respondí- soy su servidor.

Mientras tanto yo había echado una ojeada a su negocio, no muy floreciente por cierto; se trataba de una accesoria que inicialmente debió haber sido una cochera. apenas

amueblado con un mostrador donde se exhibían algunos canastos de mimbre, jaulas de pájaros, flores disecadas, cajas de plástico, floreros y peceras vacías; en la izquierda en un anaquel se amontonaban flores de diferentes especies, elegidas, recortadas, listas para enviarse con un listón rojo, o para ser colocadas en un búcaro. Un gran espejo al frente, reflejaba los colores vivos o suaves de las rosas, los crisantemos, claveles finos, nardos, orquídeas, gardenias y camelias.

La signora Karina concluyó el arreglo floral que era más bien una composición impresionante; y conste que no se trataba de muchas flores, ni del tamaño descomunal de estas, sino simplemente de la manera como habían sido colocadas.

- Ahora vamos a la sala -se disculpó en perfecto español, y entregó el ramo al mensajero, un muchachito silencioso, que lo tomó con muchísimo cuidado

-¡Voilà! -dijo sacando un billete doblado que entregó al mandaderito- el ingeniero te ha dejado como siempre una buena propina -y volviéndose a nosotros aclaró- las mujeres somos mucho más avaras, el povero, bambino tiene que ir hasta San Angel, le reciben las flores de mala gana y casi le dan con la puerta en las narices, pero este signore... este signore...

Entramos por una puerta que había al fondo y daba hacia un pequeño jardín, que atravesamos para llegar a una casa de dos pisos con fachada de ladrillo. La dueña de la modesta mansión nos guiaba, disculpándose a cada paso conmigo por ir adelante.

En un minuto nos vimos muy cómodos instalados en una pequeña sala muy acogedora, decorada con gusto refinado. Los muebles que no eran nuevos, ni mucho menos; se reducían a una consola primorosamente tallada, un juego de sillones reliquia de los comienzos del siglo, forrados en terciopelo granate, que conservaban todavía una aceptable dureza y una suave blandura, un juguetero con figurillas de porcelana a cual más exquisito, una lámpara de pie con pantalla de seda, una estatuilla de bronce colocada sobre una columna de alabastro amarillento, un piano vertical cubierto con un chal de Cachemira, sobre cuya tapa dormitaba abierto un libro de cuentas, un gobelino colgado de una pared, un tapete persa muy gastado sobre el piso, y algunos óleos con marcos antiguos, uno representando a un San Francisco macerado por las penitencias, otro con un paisaje de la ciudad de Milán en 1783; y el último escenificando el rapto de algunas doncellas asustadas hasta el paroxismo, por perseguidores turcos feroces y lascivos. Una araña desdentada y con prismas en colores blanco y vino completaban el ajuar, al que había que añadirle para dar una idea de la escenografía, un papel tapiz listado de color oro, un zoclo de madera en nogal y unas cortinas de terciopelo bastante deterioradas. Aquella atmósfera oscilante entre la pobreza y la elegancia, empezaba a interesarme vivamente.

-Posee usted muy buen gusto para elegir objetos preciosos -declaré caballeroso.

- ¿Le gusta mi casa? – me interrogó complacida.

-¡Es preciosa! -afirmé- y en cuanto a las flores... No pude menos que admirar el ramo que con tanta agilidad y rapidez acaba usted de hacer.

-Si le gusta como elijo las flores, confío que le agradará también como escojo las mujeres.

-Seguramente posee usted una sensibilidad muy personal.

-Confío en no defraudarlo. Presumo que es una persona exigente.

-Por Dios señora -respondí en el tono más comedido, acorde con el abolengo rancio, la magnificencia ajada, y la aristocracia venida a menos, que no cuadraban con las funciones del inmueble y con el grosero objetivo de nuestra visita.

Una sirvienta trajo el servicio de plata y algunas tacitas -aunque despostilladas de

finísima porcelana, para servirnos el té. La señora Karina haciendo los honores de casa nos servía con afectuosa cortesía.

-¿Cuántos terrones de azúcar?

-Dos madame, y muchas gracias.

-¿Le agrada un poco de crema, o limón?... yo misma suelo hornear los panecillos -y nos ofrecía los manjares con ademanes de reina, usando pinzas de plata entre los dedos ensortijados.

Empezamos a tomar el té y la señora Karina miró el reloj con impaciencia. -

-Nuestras invitadas se tardan. Son muchachas que trabajan y luego tienen algún quehacer de más -y luego, dirigiéndose a mí agregó- Pero debe usted aprender a dominarse. .

-¿Me nota nervioso? -interrogué casi irritado.

-¿Y porque no habría de estarlo? Todos padecemos la angustia de la expectación frente a lo desconocido! Hoy ha venido usted a conocer a una personita, a quién seguramente su amigo ha ponderado mucho, y en cuanto a él, ya está habituado a las informalidades de su amiga, por más que casi creo que cada ruidito de la puerta debe alborotarle el corazón.

-Estoy muy a gusto en su casa, y muy agradecido por su hospitalidad, de tal suerte que no me importa esperar -convine con una galanura que afloró fácil.

-Confío en que no me lo tome a mal. A una viuda exiliada con familiares en Italia que se mueren de viejos y de hambre cada día, no le queda más recurso que buscarse algunas ganancias extras. La florería no es un gran negocio y a lo sumo recibimos dos o tres señores diariamente, algunas veces, sólo para que se conozcan las parejas, y otras, sólo cuando se trata de caballeros intachables como ustedes, no tengo inconveniente en cederles el cuarto de huéspedes, aunque la casa es pequeña como usted habrá apreciado. Todo lo hacemos en paz, y con discreción absoluta, sería para mí la muerte, si los vecinos o la policía se llegaran a enterar de nuestras intimidades, y por lo que respecta a las muchachas, todavía peor, se trata de estudiantes, hijas de familia, empleadas muy honorables, chicas que gustan de comprarse un vestido bonito o un perfume, y buscan con el menor riesgo posible, procurarse algunos extras.

-Comprendo -declaré convencido. Me gustaba aquella manera de decir las cosas por su nombre, sin hipocresía, pero con refinamiento.

-Aprecio la confianza que me ha hecho al recibirme en su casa, y puedo asegurarle tanto por usted, como por la señorita...

-Ahí la tiene usted -exclamó con aire triunfal la signora Karina.

De pronto la puerta se había abierto para dejar entrar a la más maravillosa de las mujeres que mis ojos hubieran contemplado.

-4-

- ¡Oh piccina mía! -saludó la señora Karina besándola en la mejilla con la efusión, de quien acaba de volver a ver a una persona después de muchos años. Los varones nos levantamos de nuestros asientos.

La muchacha había entrado decidida, con pasos seguros, haciendo sonar los tacones altos de sus zapatillas, que sólo se apagaron al pisar sobre la alfombra, y si bien correspondió al beso, dejando uno rápido sobre las patillas grises de la anfitriona, sus palabras en cambio tuvieron algo de glacial.

-Como esta usted señora?

-Te estamos aguardando con ansiedad -observó la italiana para hacer alusión a nuestra presencia. Supongo que ya conoces al señor Peimbert, ahora tengo mucho gusto en presentarte a un nuevo amigo de casa; y tal si se hubiese olvidado de mi nombre, se dirigió a mí para que fuera yo quien se presentara.

-Soy su servidor. -dije en el más amable tono, dichoso de quien contempla una visión inefable.

La joven se volvió primero hacia Enrique a quién saludo brevemente y con aires de una reina se dirigió hacia mí para escudriñarme con una rápida mirada. Yo le había extendido mecánicamente la mano y ella correspondió con una actitud distante.

-Encantada -dijo por cortesía.

- ¿Verdad que es muy bonita? -me interrogó la señora Karina con el ademán de un mercader que desdobra una tela inimaginable.

-Fijé mis ojos en los suyos, aunque seguramente debo haber palidecido.

-Es lo que pienso yo también. -concedí con el paladar seco.

-El señor es muy amable. -respondió ella displicente, desviando los ojos que iban y venían inquietos abarcándolo todo, y noté que dentro de sus insaciables pupilas café oscuro debía existir un océano incomprensible.

-Pero siéntate -propuso madame- vienes muy agitada, seguramente te reconfortará una taza de té bien caliente.

La recién llegada dejó el bolso y se disponía a desprenderse del abrigo cuando una oportuna mirada de la dueña de la casa, me indujo a levantarme para intentar ayudarla a quitarse el abrigo ella se volvió seguramente sorprendida de mi cortés atrevimiento, mientras con el tono de mi voz intentaba suavizar mi impetuosidad..

-Si me permite ayudarla -me excusé cuando ya tenía el abrigo entre las manos, que al punto vino a retirar la sirvienta, doblándolo con mucho cuidado.

-La señorita se llama Lilia —terció la señora con bonachona complacencia, en tanto servía una tercera taza de té que le ofreció con gentileza.

Yo imaginé que ella debía ocultar su verdadero nombre; y me quedé pensando que me habría gustado conocerlo, pero al momento la joven rectificó:

-En realidad mi nombre de pila es Liliana, pero yo prefiero siempre acortarlo. Lilia es mucho más fácil de recordar ¿No le parece? .

-Suena muy bien de ambas maneras —repuse- y en cuanto a recordarla quién que la haya visto alguna vez jamás podría olvidarla.

Liliana me volvió a clavar los ojos, leyendo mis pensamientos, y luego con alegre desenfado agregó:

-Ya veo que es usted una persona bien educada. Estaba por cancelar. Una siempre tiene tantas cosas que hacer pero me agrada conocer gente, sobre todo cuando sabe emplear la cortesía.

Llamaron a la puerta y la sirvienta regresó seguida de otra joven. Era una muchacha de no más de veinticuatro años, con las inequívocas trazas de ser cajera de algún banco, el menos así lo delataban sus dedos manchados de tinta, con las puntas ligeramente oscurecidas por el roce de los billetes.

Enrique se levantó y después de que se saludaron con un ¡Hola! de viejos amigos, ella le dio un corto beso en los labios.

-¿Qué tal vamos señora Cara? -dijo a modo de saludo y deteniéndose en Liliana la saludó con un ¿Cómo estás?

-Ella es Mayra -dijo Enrique presentándose y volviéndose hacia ella añadió: -él joven es un amigo que conozco hace muchos años, desde cuando íbamos juntos a la secundaria.. .

-¡Uh! —exclamó Mayra y me tendió la mano muy sonriente- ¡Hola! mucho gusto. -Y fue a sentarse a un lado de su amante cruzando la pierna, luego extrajo un cigarrillo de su bolso que Enrique se acomodó a encender y con una franca desenvoltura que debió de ser desaprobada por la augusta dama demandó:

-¿No hay algo de beber?

-Desde luego que sí -concedió la señora Karina quién al punto solicitó a la sirvienta que trajera copas y una botella de un licor ambarino

¡Es Amareto de mi tierra! -anunció con cierto orgullo, pero Liliana rehusó la copa argumentando que no bebía nunca.

La tertulia empezaba a animarse, disimulando su verdadero objetivo.

Enrique que al principio hablaba de sus viajes, terminó por referirnos algunas historias picantes disfrazando hábilmente las palabras burdas que constituían el motivo de la gracia, y como Mayra y él llenaban frecuentemente las copas, el dulce debió haberse subido un poco a la cabeza de su rubia compañera que no paraba de reír, festejando ruidosamente los chistes que premiaba con un apretón de manos, una caricia, o un beso. La señora Cara quien al principio se sonreía, fue descendiendo su benevolencia hasta llamar la atención de la joven.-

- ¡Ragaza mía! -terciaba en tono suplicante, y se volvía a nosotros, como disculpándola ¡Es siempre tan alegre!

-¿Es que no se puede reír uno? -protestaba Mayra.

-Desde luego que sí. La risa es algo muy humano. Sólo los animales no pueden hacerlo pero nosotros debemos portarnos más formales –respondió la dama.

La muchacha se chasqueó la lengua y Enrique le susurro unas palabras al oído, ella pareció dudar al principio, pero después de muchas consultas, deben haberse puesto de acuerdo pues Enrique propuso dirigiéndose a nosotros.

-¿Les agradecería ir a tomar un trago por ahí? Podrán bailar si quieren...

Liliana respondió con sequedad.

-Lo siento, pero no puedo acompañarles, debo volver a casa antes de las diez.

-Nosotros no vamos a quedarnos toda la noche -observó Mayra.

Pero Liliana permaneció inmutable, y aunque tal vez sin proponérselo me nulificaba con su indiferencia.

Con las últimas copas la conversión se fue animando; y cuando las tres mujeres hablaban, Enrique me susurró al oído:

-Si te gusta la muchacha, debes dejarla por lo menos mil pesos, de preferencia en un sobre o entre un papel doblado. Por la señora no te preocupes ya le aboné su comisión. Por un momento supuse que Enrique, por encima de nuestra amistad, y entusiasmado con su amiga, se desembarazaba de mí, dejándome ensartado en un aprieto, con una mujer a quien no había hecho ninguna gracia, en tanto que la dama se estaría riendo interiormente de mi torpeza, y estuve a punto de decirle, que prefería irme con ellos, aunque sólo fuera el pretexto para salir de la casa, pero Mayra me contuvo, pues empezó a despedirse, Enrique a quién no debe haberle pasado inadvertida mi confusión, me dio unas palmaditas en el hombro y salieron, la señora Karina fue a acompañarles hasta el porche, y Liliana y yo nos quedamos silenciosos, uno frente al otro. Reconozco que su frialdad me turbaba, inhibiéndome y restando el poco aplomo que sabía conservar con las mujeres realmente

hermosas, aquella arrogancia indiferente, las palabras cortantes, y el aire lejano, misterioso, como si toda la experiencia del mundo pudiera hallarse contenida en sus ojos, y luego hasta esa seguridad elocuente en el modo de tomar el cigarro, parecían contradecir una feminidad tan desbordante, una belleza única, que solamente Tiziano habría podido perpetuar en la euritmia multicolor de sus telas. ¡Era la Eva eterna, símbolo del femenino fecundante y despótico, aniquilador y maravilloso, síntesis de vida y de muerte, y hallarla así, en el momento que menos lo esperaba, confieso que me daba miedo! ¡Oh, extraña confusión de sentimientos!

Mientras tanto ella fumaba con las piernas cruzadas y con los ojos idos a quien sabe que lejanas regiones, yo no me atrevía a sostenerle la mirada, y apocado como un pobre conejillo, al que ha atrapó el magnetismo de una serpiente, mis ojos se dirigían hacia ella, con algo de suplica, de deseo, aquella actitud a fuerza de ser ridícula me abrumaba de vergüenza, de pronto di con el espejo, donde pude contemplarla a mis anchas, mientras la charla de la despedida de la pareja, que me parecía interminable se había hecho un murmullo, sobre el que destacaba la risa aguda de Mayra.

Fingiendo estar distraído me puse a contemplarla en el espejo. Tenía los ojos grandes, luminosos, como perpetuamente asombrados, la línea de las cejas era fina, y la nariz ligeramente respingada con alillas palpitantes y rosadas, la boca carnosa y sensual era una desasosegada invitación al beso, las mejillas tersas bajo la capa del maquillaje y las sienes semi-cubiertas por dos mechones de cabellos negros, ondulados, recogidos con esmero, el óvalo de la cara era perfecto, rematado por una barbilla a cuyos bordes hubiera deseado llevar ansiosas las yemas de mis dedos, pero en el cuello residía la más perfecta línea, allí la pie! morena se volvía aterciopelada; y un gracioso hoyuelo clamaba el homenaje varonil de un beso; yo la contemplaba con esa devoción con que un conocedor se goza ante el cuadro de un artista consagrado, y toda su figura de mujer emancipada, moderna, muy ligeramente pringada de una voluptuosidad tenazmente escondida, me oprimía el vientre, mientras el corazón galopante trepidaba bajo mi camisa. Observaba que había madurado, como una fruta apetitosa y yo la apetecía con la insistencia del glotón que anhela beber del néctar prohibido. La emoción es una especie de vapor que nos forma una niebla, donde perdemos la idea de las verdaderas proporciones, pero hasta aquel momento, podía jurar que nunca había encontrado una mujer cuyos encantos me conmovieran tanto, y aunque llevaba a mi favor el hecho de saber, que era posible conseguirla, pues se trataba después de todo, de una mujer que se vendía, la posibilidad de que podía negarse me lastimaba anticipadamente, haciéndome temer la más espantosa humillación, y aunque podría conseguir a no dudarle otra compañía, aquella muchacha, ideal de belleza, bruja poderosa, maga armada de la vara mágica del sexo, quién podría realizar para mí el más excitante prodigio, que si bien puede significar para algunos hombres algo tan corriente que desemboca en el hastío, para otros, los mucho menos afortunados, es el paso para el disfrute de un paraíso demoníaco..

Pero la señora Karina, experta en su oficio vino comedia en mi auxilio.

-¿Qué hacen ustedes tan callados? ¿Por que no parlan? ¿Es que son mudos o se han quedado sin lengua? -Y como se percatara que ninguno de los dos respondíamos añadió amablemente -¿Les gustaría degustar un platillo con los buenos spaghettis de mi tierra?

-Gracias respondió Liliana -Otro día los aceptaré con mucho gusto.

-Pues los veo tan serios -volvió a lamentarse, y por decir algo más agregó dirigiéndose a Liliana. -Ese vestido te viene a la perfección ¿Verdad? ¿No le parece a usted? Me preguntó

-La gracia corporal de la señorita le dará realce a todo lo que vista –admití.  
-Pues entonces dígaselo a ella -me riñó- Supuse que no se habían gustado, los hombres suelen ser tan locos  
-¿Pero como pudo usted pensar eso?  
-Usted es más tranquilo que Enrique -aseguró y luego, entre una transición propuso- pero claro, aunque sea muy serio, seguramente deseará estar unos momentos a solas con su nueva amiga.  
Liliana miró el reloj y yo la miré casi suplicante.  
-Yo sólo dispongo de una hora.  
El corazón me dio vertiginosamente un vuelco. ¡Aceptaba!  
-Yo encantado. –afirmé- sólo que no me atrevía a abordar a la señorita.  
-Llámele Liliana.  
-Eso es –respondí- ¡Cómo si ya fuéramos viejos conocidos!  
-En tal caso suban -ofreció la señora Karina- la habitación es pequeña pero confortable. Pueden llamar a la muchacha si necesitan algo.  
Liliana se levantó y tomándome de la mano, repuso con sequedad:  
-¡Venga!  
Y yo la seguí obediente.

-5-

Llegamos a la habitación. La señora Karina no había exagerado, era muy acogedora, me pareció tibia y olía a agua de colonia, estaba tapizada en rosa y la alfombra muy gruesa lucía impecable, los muebles, como todos los de la casa eran de buen gusto, pero sencillos, una cama nogal oscuro, un tocadorcito coquetón provisto de su butaca, algún sillón, y una lámpara de pie con su pantalla rosa satisfacían lo necesario. El gabinete permanecía entre una suave y silenciosa penumbra, que Liliana interrumpió con su ruidoso taconeo.

-¡No encienda la luz! –pidió- Es preferible permanecer así en penumbra.  
Yo estaba impaciente por el acto amoroso, pero me contuve y me senté en el sillón, cautivado de su presencia, de su voz y de su perfume.  
-¿Podríamos hablarnos de tu? —propuse.  
-Ese tuteo profesional, tan adherido a ciertos ambientes no me gusta. ¡Yo no soy una de esas! Soy una muchacha con necesidades y deseos, como todas, pero menos hipócrita, y mucho más liberada ¿Comprende?  
-Sí, desde luego. No me cabe la menor duda de que es usted una persona delicada.  
-Pero hemos perdido más de una hora, y yo no dispongo de mucho tiempo. -respondió- ¿Quiere usted ayudarme? -Y empezó a sacarse el vestido por arriba, y yo fui muy comedido a desabrocharle un cierre, y ella se detuvo los cabellos un instante sobre la nuca. Una oleada de perfume me saturó de ella, contemplaba arrobado aquel cuerpo esbelto, fino, elegante, que despuntaba su estupenda perfección entre el suave estuche de la combinación negra. Se deshizo con desenfado de las zapatillas que encerraban un pie pequeño y ágil, y fue a sentarse sobre el borde de la cama, para sacarse las medias, que enfundaban unas piernas mucho más blancas, soberanamente llenas y tersas. Yo me ocupaba, muy comedido, de doblar cuidadosamente su vestido sobre el taburete.  
-Veo que aun sigue vestido Si se relajara un poco, gozaría mejor del strip-tease  
-¡Liliana! —exclamé atrayéndola suavemente por la cintura.

-¡Oh, los hombres! -dijo con una sonrisa despreciativa- Siempre embobados por el cuerpo de uno No se que le ven o más bien sospecho, que es el encanto de lo oculto o de lo que la sociedad prohíbe tanto ¿Verdad? ¡Hay mujeres que sólo saben negarse! ¡Y ustedes son insaciables, lo mismo los enloquece la mujer que nunca han tenido, que les aburre la que se queda demasiado! Al menos usted no es vulgar ¡Detesto a los corrientes! y retirando mis manos, se levanto el cabello como buscando frescura a su nuca escultural, serpenteada de vellitos tímidos.

-No quiero quedarme despeinada. ¡Es una lata, mañana debo hacer muchas cosas muy temprano!

-¿Trabaja? -le pregunté, pero ella me contestó distraída:

-Todos tenemos ocupaciones.

-No me recuerde mañana Hoy es el verdadero día de fiesta para mí ¡Quisiera gozarlo y recordarlo muchas veces!

Comenzó a sacarse la combinación. Yo miraba aquellos brazos, frágiles, torneados, deliciosamente mates, rematados por la aristocracia de unas manos blancas, con dedos alargados y sensuales.

-¿Quiere recordar? -frunció la boca con una expresión de indolente curiosidad. ¿Y que es lo que quiere recordar? ¡Soy una chica como cualquier otra! Hago el amor como una gente normal, no me gustan las extravagancias.

Aquella carne soberbia envuelta en velos, en telas suaves y perfumadas me enardecía.

-¡Oh! Sólo quisiera que me permitiera besarla, rozar un instante su cuello con los labios.

-¿Nada más? -repitió con un tono de burla, sonriéndose de mi ingenuidad, y complacida levantó ligeramente la barba.

Yo puse mi primer beso en el hoyuelo, con la devoción de un oficiante que coloca su ofrenda en el altar de la diosa del amor, sólo que en lugar del frío mármol de Venus o Astartea, era la piel calida y suave de una mujer, la sentí electrizarse entre un estremecimiento inusitado de deseo.

- ¡Su cuello! ¡Su cuello! es perfecto -repetí- ¡Es usted bella, increíblemente bella!

Me rodeó con los brazos, seguramente halagada por mis palabras, yo empecé a besarla primero en las ondas de su pelo que artificiosamente descuidadas descendían por las sienes, luego en la nuca, que despuntaba armoniosa, escultural, en las mejillas, en los párpados.

El mejor ingrediente del amor es el misterio y lo fui develando poco a poco, consumido de ansias, descubriendo en cada milímetro de aquella piel magnífica el secreto mismo de la vida. Todavía vibro al recordar como los encajes cual lises, se adherían a la gracia impecable de sus formas, como aquellos senos, copos de nácar, masas maravillosas de carne retadoras y castas, se remataban con el pezón rosa erguido hacia adelante, ligeramente oscuro rodeado por unos puntitos blancos; todavía me inquietan: aquel dorso soberbio y distinguido, aquel ombligo hundido, aquel vientre que se sumía en la gracia escultural de un pubis delicioso, aquellas caderas prominentes que descendían de una cintura breve e iban a perderse en la opulenta redondez de los muslos.

Yo la besaba enloquecido, mis labios y los suyos me encontraron. Y su lengua se pegó a la mía. Y mi boca sorbió sus pezones sedienta del elixir del misterio. De pronto puso quietas a mis manos.

Se había suavizado. Una dulzura excelsa campeó en sus ojos.

-¡Esperáme! -susurró comedida, empleando el tu que yo anhelaba tanto escuchar; abrió la puerta que conducía a un baño privado, tomó el bolso y agregó: -Tienes que desnudarte!

Yo tiré la ropa poseído de un nerviosismo incontrolable, y me recosté sobre la cama, aunque no fumo, tome maquinalmente el cigarro que ella había dejado encendido; y que se consumía, porque en aquellos momentos yo era el amo de sus labios.

Regresó. Una ola de perfume inundó la habitación. Me levanté para atraerla, ella se dejó caer en el lecho, y recostó su desnudez todavía encubierta por la brevedad transparente del bikini de nylon negro, que me dejó sacárselo entre una risa nerviosa y grave; entonces se tiro de espaldas abandonada y magnífica, entornó los ojos, abrió ligeramente las piernas y se entregó displicente a ese rito, quizás habitual en una cortesana, pero no en ella, cuyos sentidos estaban prontos a despertarse; entonces más que penetrarla me hundí suavemente en ella, quien comenzó a emitir gemidos largos, gritos guturales, jadeante, con los ojos entrecerrados, las manos que lo mismo se crispaban que me acariciaban el pelo y descendían hasta mi espalda, arqueando la cintura, moviéndose rítmicamente, mientras ascendíamos hasta un paraíso de delicias inenarrables, aquel preámbulo súbito, inesperado de su frialdad circunspecta me desconcertó al principio y terminó por encantarme después, aquella explosión de los sentidos debió desembocar en una larga eyaculación, respuesta de un orgasmo candente, en donde los nervios y la sangre parecieron que estaban a punto de estallar, enloquecido, volví a acariciarle los pechos, el vientre, el clítoris, prendido a la fantasía de poseerla toda, a la vez que intentaba desesperadamente prolongar aquella hora inigualable que era como la condensación de todos mis sueños; y fuimos a la búsqueda de otro clímax y aquella fuerza poderosa volvió a poseernos hasta que sobrevino el éxtasis, y sentí mi cuerpo sacudirse por otra descarga extenuante, como si con el semen se me escapara algo del alma, irremplazable; y me rendí al fin, inmerso entre una ola de bienestar indecible, vencido por un cansancio dulce, reparador y tranquilo, apenas alterado por los latidos compulsivos de mi corazón.

Todavía quise permanecer un instante dentro de ella, como quien tiene pena de dejar algo tan intensamente querido; y me fui desprendiendo poco a poco; un relámpago de lucidez, cual un parpadeo de eternidad me dijo, que allí se cifraban la solución de todos los misterios, las respuestas de todos los porqués, el alfa y el omega de la vida, la razón de todas las razones, que se ahuyentaba de los libros pretenciosos, de los dogmas, de las filosofías; y que el hombre, el orgulloso y controvertido hombre, era a fin de cuentas sólo sexo; y la mujer, el complemento insustituible, hecha para el placer, para ser adorada, buscada, rogada, querida, anhelada con esa desesperación que no se sacia, ni aún cuando se sienten sus orgasmos, o cuando le ofrendamos, en la copa soberbia de su carne, el líquido de la vida. Saciar el cuerpo, entregarlo, era acaso el principio que nos arrastra también al anhelo de vaciar el alma de sueños. ¡Dejar eso que llevamos tan hondo, eso que se recuesta en la eternidad, entre la inmedible negrura de las galaxias, alumbradas por los candentes astros del deseo ¡Ah! el placer dócil de la hembra, sin remordimiento, sin compromisos, sin la amenaza de los hijos no deseados, sin la interminable cadena de los deberes que llevan de la mano su prole de hastío, de indiferencia y a veces hasta de odio ¡El placer por el placer mismo! ¡Egoísta! ¡Magnífico! ¡Y la única forma lícita de asegurarlo, el medio de retener a la dueña de ese tesoro, era el matrimonio! ¡Difícil paradoja! Porque a veces esa vieja, deforme, e innecesaria, institución del hombre, era la daga que lo aniquilaba.

Liliana recostada encendió un cigarro. En sus ojos cintilaba aún la luz, en su mirada un calor, en su voz gutural cierta, inevitable pasión y entre el obligado reposo en que

concluyen siempre todas las excitaciones, incluso las de la imaginación empecé a descubrir, entre el apremio sexual, como aquella obsesión que al principio yo suponía que era más bien la búsqueda del antídoto a mi soledad, me empujaba suave, pero tercamente, a un abismo sin fondo, inconmensurable, delicioso, llamado amor. Y tuve miedo, y desprendiéndome de sus brazos empecé a vestirme.

-6-

Después de aquel día, quedó en mi mente como una querida visión: su cuerpo dibujado en el lecho; y el aroma de su perfume flotando en el aire.

Eva volvía a perder a Adán, tentándolo con su desnudez soberbia, sus cabellos sedosos, su sonrisa desbordante, sus ojos donde se hallaban contenidas todas las voluptuosas promesas del amor, sus senos embriagadores, sus nalgas frías enervantes y enloquecedoras, adios buen humor, sólo quedaba la inquietud; adios tranquilidad, ahora me acompañaba día y noche el ansia obsesiva de poseerla. Yo recordaba que con otras mujeres el sexo me había conducido siempre al desencanto, la asiduidad al hastío; y al final era yo, quien se evadía. Con Liliana ocurría lo contrario, comencé a eludir a mis pocas amistades, y la di por visitar solamente a la señora Karina, la primera vez inventando el pretexto baladí de que tenía varios días de no ver a Enrique; y al no localizarlo en su oficina había decidido ir a preguntar por él, en realidad, era con quien menos deseaba toparme, seguro de que se iba a reír de mi comportamiento.

La señora Karina adivinó el verdadero motivo; y franqueándose conmigo me advirtió que cuando deseara entrevistarme con Liliana la llamara por teléfono, a fin de que ella concertara nuestras citas. Le divertía que estuviera tan inquieto y tan deseoso de ella.

- ¡Yo sabía que le iba a gustar mucho, pero resultó demasiado! - comentó feliz.

Así lo hice, una vez que me hube sincerado con la italiana; pero las respuestas apenas variaron: Liliana estaba ocupada, se excusaba, lo aplazaba o bien le había salido otro compromiso. Estoy seguro de que por aquellos días encontró alguien que realmente le interesaba, si bien no me consta que hubiera sido propiciado por la señora Karina.

No obstante, algunas veces tarde, y con el tiempo muy medido, mi insistencia logró hacerla venir dos o tres veces, sin contar otros tantos plantones.

Yo intentaba ganármela por todos los medios, el cuerpo solamente es una parte mínima de la verdadera posesión, si bien empecé a comprender el carácter de aquella estupenda mujer, hembra por todas partes, pero excesivamente segura de si misma, notaba que su trato para conmigo apenas mejoraba, y que ante mis atenciones y palabras amables parecía insensible, como si estuviesen dirigidas a otra persona que no fuera ella. Para colmo, mi exaltación amorosa, que hubiese debido prolongar aquellos efímeros momentos de amor, procurándole placer, contribuyó para que esos abrazos breves, consiguieran, aún a mi pesar, mayormente mi satisfacción, lo cual conspiraba contra mí, Liliana se vestía rápidamente y apenas me daba un adios con cierto desdén, yo la seguía, prendido al balanceo de sus caderas voluptuosas y arrogantes de muchacha generosamente dotada, intenté obtener su simpatía abonándole una cantidad mucho mayor que la establecida, ignoro si la primera vez lo noto, porque algo la distrajo o se hizo la desentendida, pero la segunda me devolvió un billete grande replicando:

- ¡Se está poniendo muy esplendido, pero prefiero recibir lo convenido!

Y como yo me hubiera quedado casi perplejo, agregó con suavidad.- Ni siquiera puedo quedarme mas tiempo contigo!

Aquella vez me dejó un beso frío en la frente y salió con prisa dejándome solo en

la habitación donde terminé de vestirme. La escuché bajar, y el compás de sus tacones se quedó tan grabado en mi mente, que aún hoy estoy seguro de identificarlo.

Yo bajé a los cinco minutos, la señora hacía los honores a otros huéspedes y rogué a la criada que me despidiese de ella, atravesando el jardincillo escuche las risas estrepitosas de Mayra y me fui a buscar un trago, pasándome entre los dedos el billete despreciado.

Tal si el alcohol me lo propiciara me sentí con fuerzas para olvidarla, comprendí que estaba haciendo el más absoluto ridículo, aquel del que uno se da perfecta cuenta; pero las energías de borracho para olvidarme de aquella pasión me faltaron de sobrio.

Dejé pasar una semana y volví a llamar a la señora Karina, el plazo voluntario se me había hecho demasiado largo e imaginé que la dama me iba a preguntar por mi silencio, pero se concretó a informarme que Liliana no había ido durante esos días, aunque no era nada difícil que acudiera aquella noche.

-Si no tiene nada mejor que hacer, venga a tomar un café con nosotros, a eso de las ocho. Tenía suerte -pensé- y agradecí la invitación. Llegué puntualmente, y me encontré con Enrique muy orondo sentado en un sillón, fumaba plácido un cigarro que alternaba con pequeños tragos a su taza de café, apenas me vio llegar y una mueca irónica asomó a su cara, entre el disfraz de una sonrisa.

-¡Hola! Sabía que te iba a encontrar aquí. Te nos has perdido a todos, tu secretaria ya ni pregunta quien habla, sino que se concreta a repetir la lección aprendida y te niega a todo el mundo, no cabe duda de que la tienes muy bien entrenada

Lo saludé de mano sin responderle. La señora Karina me recibió con su habitual amabilidad y como me delatara la angustia que llevaba en la cara al no ver a Liliana, me hizo una seña, para advertirme que la joven estaba allí. En efecto, yo escuchaba una voz que hablaba por teléfono, que al momento, no identifiqué que era la de ella.

-¿Y qué? insistió Enrique -¿Romeo viene por su Julieta? -alardeó, complaciéndose en la broma cruel consecuencia de su torpe orgullo de macho incapaz de doblegarse ante ninguna mujer.

-Pasaba por aquí- le respondí evasivo.

-Ya se que pasas seguido -agregó con socarronería, y como observara que me había incomodado añadió: -en fin, eres libre de venir cuando quieras.

De algún rincón salió otra muchacha, con el pelo pintado de rojo y una falda cortísima, era guapa y después de una rápida ojeada sobre mi persona fue a sentarse sobre las rodillas de Enrique, echándole los brazos al cuello y besándola insistentemente en la boca.

Decididamente la casa de la señora Karina estaba perdiendo categoría, pero la augusta dama hablaba en la habitación contigua, seguramente con Liliana.

A la pelirroja entre el descuido del besuqueo se le abrió la falda y mostraba unos muslos blancos y llenos, donde las medias estiradas iban a concluirse en las cintas de encaje del ligero.

Enrique la contuvo, siempre autoritario, varonil, como debe ser el hombre quien gusta de tener a las mujeres, y no de que estas jueguen con el.

- Le estás dando la espalda a mi amigo -le advirtió Enrique- Y además se puede molestar la señora.

La joven regañada, le preguntó algo como ¿Estas enojado? o ¿Te molesto? y dándole otro beso corto fue a sentarse muy quietecita a su lado.

Liliana regreso. Vestía un traje color beige de dos piezas con zapatos y cartera del

mismo color, se adivinaba que iba a una fiesta, y lucía mejor peinada y maquillada que nunca, por lo que debió haberme gustado mucho más. Yo me levanté muy comedido a saludarla, pero ella apenas respondió con un:

- Hola ¿Como estás?

Enrique y su acompañante hacían planes para ir a bailar y a tomar algunas copas; con el pretexto de asistir a una variedad en algún cabaret de postín. La pelirroja fue a retocar su maquillaje al tocador, Liliana iba y venía inquieta, turbada por la espera de alguien, miraba el reloj con visible nerviosismo, y en algún momento me pareció que iba por su abrigo, con lo que mis esperanzas acabaron de desvanecerse. La conversación oscilaba en de cosas triviales, yo me limitaba a responder un sí o no, debo haber estado terriblemente pálido y sentía los labios secos y un hueco en el estómago. Me confundían la rabia, la desesperación y la impotencia. Un coche debió haberse estacionado frente a la casa y sonó un claxon agudo. Liliana recogió la bolsa, y el abrigo, me acerqué entre tímido y decidido a hablarle.

-Liliana... vine porque supuse

-Lo siento -replicó, y en aquellos ojos tan bellos, vi brillar un breve relámpago de ira, tengo otro compromiso.

-¿Cuándo podré verte?

-No se. Cuando tenga tiempo.

Sus últimas palabras me dejaban bien pocas esperanzas, la tomé por un brazo levemente, pero ella me apartó.

-Liliana yo...

-Ahora no puedo hablar. ¿No ve que estoy de prisa?

-Quisiera invitarte a bailar, a cenar, algún día, donde tú quieras...

-No puedo -respondió, y como el claxon volviera a sonar, concluyo diciéndome: ¡Otro día hablaremos! ¡Chao! -Y se volvió para despedirse brevemente de la señora que había aparecido.

Yo intenté seguirla unos pasos.

-Liliana- exclamé suplicante.

Entonces visiblemente molesta me dijo:

-No sirves para amigo, y francamente no me gustas para otra cosa.

Salió presurosa. Sus tacones sonaron cuando atravesaba el jardín, y luego se apagaron entre el ruido seco de una portezuela de auto que se cierra, pero su perfume quedó flotando en el ambiente.

Me quede inmóvil, sin saber que hacer, maldiciendo mi masoquismo, mi mala suerte y mi estupidez. Las palabras de Enrique me sacaron de mi ensimismamiento.

-¿Y ahora, que te has quedado haciendo allá?

-Voy en seguida -respondí, tragando saliva.

-¿Has peleado con tu chica? -me pregunto la de la falda descotada, mirándome curiosa a la cara.

-No es mi chica -reconocí abrumado.

-Me han dicho que tiene un geniecito -comentó- pero ya tienen ustedes bastante con aguantar el mal carácter de sus esposas, para que encima de eso, también tengan que tolerar malos modos donde supuestamente vienen a divertirse ¿Verdad mi amor? -le preguntó a Enrique.

La italiana intervino:

-Tenía ahora un compromiso, y claro, como le pagan muy bien.

-Pues no había de haberse comprometido -argumentó la pelirroja.  
-No había nada formal –terció la italiana- solo que yo le dije al señor que probablemente ella estaría aquí y el vino a saludarla.  
-Ese no es el modo de buscar a una mujer -opinó Enrique- Con razón no tienes una.  
-¿Que debo hacer? -le pregunté vencido -¿O más bien, que malo he hecho?  
Enrique sentencio tajante.  
-Pues mandarla al diablo. Mientras más importancia le des, peor será.  
- Intenté defenderla y defenderme con humildad.  
-Bueno, a mí no me trata mal. Ustedes opinan que tiene mal genio y ni siquiera la conocen.  
-Yo la he visto dos o tres veces –argumentó la entrometida- pero tiene razón tu amigo, por la manera como suponemos que se ha comportado hoy... Bueno, es cosa tuya, pero si me hace eso un hombre, yo no me vuelvo a ocupar de él.  
-Simplemente no pudo quedarse un rato conmigo. ¡No está obligada!  
-Y aparte de que no le gustas, ya sabe por donde agarrarte -insistió la entrometida- yo soy mujer y por eso te lo advierto, te iría mejor si te portaras indiferente con ella, total, pues si no le caes bien que te lo diga, o más bien -rectifico- no te lo dice por decencia, pero con su actitud te lo da a entender.  
-No pienso renunciar a ella -declaré enfáticamente.  
-Si naciste para ser criado o esclavo. . . -intervino Enrique.  
- No, eso no -rectificó con viveza la señora Karina -Yo hablaré con ella Es buena muchacha. -y dirigiéndose a mí añadió-: Ahora lo miras todo negro, pero ya se arreglarán las cosas. Te falta alguna experiencia con las mujeres, invítala otro día ¡Diviértela!  
-Ya lo he intentado hoy.  
-¿Y que te dijo?  
-Se nota en su cara -opinó la descocada.  
-El señor nunca va entender –explicó Enrique con acento desdeñoso y mientras más se le diga, pues más se clavará, con que olvidemos eso y vamos a divertirnos.  
-¿Se marchan? -preguntó aliviada la anfitriona.  
Enrique se levantó y al despedirse dejó, sigilosamente algunos billetes en las manos de la italiana.  
- -Acompáñanos -me invitó-. ¿Que te quedas haciendo aquí? La señora desea descansar  
-He tenido un día difícil -aceptó la aludida.  
-Acepto -concedí-. Otro día vendré a conversar con usted señora Karina.  
- Cuando gustes hijo -me dijo cariñosamente- Y ahora será mejor que vayas a tomar un trago y ya no pienses tanto en Liliana.  
-No apetezco alcohol- protesté- y tampoco quisiera hacerles mal tercio.  
- -No seas aguado -insistió la joven, que hasta entonces me enteré que se llamaba Martha- por eso no te quiere Liliana.  
Tres horas después nos encontrábamos en el cabaret. Al principio me hizo poca gracia: el lugar, la música, las luces, el olor a tabaco y a alcohol, el servilismo con un dejo de rapiña del mesero y la barata vulgaridad de las vedetes.  
Enrique fue al lavabo y yo me quedé mientras tanto conversando con Martha.  
-Mira, como amiga desinteresada, te lo digo: soy mujer, y si pongo a un tipo loco, pues voy a hacer de él todo lo que me venga en gana. Olvídate de ella, solo te va a sacar el dinero.

- Eso no -protesté- Ni siquiera me recibe una propina.  
- Pues más a mi favor, ni tu dinero le gusta. Mira, te voy a presentar a una amiga que está mucho mejor que ella.

Enrique regresó pronto, pidió más copas y cuando el show empezó, una botella. El supuso que estaba haciendo beber a Martha, pero era él quién agotaba los tragos, una bailarina se acercó a nuestra mesa, con una sonrisa tan fría, que casi me heló, Mi amigo miraba como se estremecían sus pechos cuando bailaba; y al terminar el número, la mandó llamar con el mesero para invitarla a nuestra mesa, la muchacha aceptó y se sentó con su sonrisa de anuncio de pasta dental. Me presté a servirle una copa. Enrique me habló por lo bajo:

- Si te gusta...  
-No gracias –respondí.

Mi amigo le habló al oído, hablaban seguramente de dinero, entonces alcancé a escuchar que ella le dijo:

-Sólo puedo salir después de las cuatro de la mañana.

Enrique se volvió para insistirme:

-Yo te la invito, si quieres.

-De veras no -respondí un tanto asqueado, de que intentara regalarme una mujer como un objeto, me pareció indigno, aunque reconocí que lo hacía para distraerme. La muchacha entendió mi negativa, se bebió la copa y se fue.

Al fin salimos de aquel antro. Martha y mi amigo comenzaron a besarse en el auto.

Yo me excusé.

-Voy a buscar un taxi –anuncié.

-No, espera, vamos a algún hotel.

-Podemos entrar los tres -aconsejó Irene- Necesitas dormir.

-No gracias, ustedes desearan estar solos.

-¡Bah! ¡No soy ningún Otelo! -terció mi camarada de juerga- Si deseas, puedes quedarte con Martha.

-Eres muy amable, pero prefiero irme.

-¿Es que no te gusto como mujer? -preguntó ya picada la chica y respondiéndose agregó- ¡Corno yo no soy Lilia!

Y se puso a besar frenéticamente a su amigo.

Abrí la portezuela del coche y me salí. Ella dijo algo, pero Enrique le respondió: - Déjalo total, si ya quiere irse que se vaya

Una niebla cubría la ciudad, anunciando una mañana fresca. Me puse a pensar en Liliana ¿Qué estaría haciendo ahora? Ni siquiera podría suponerse la noche que yo me había pasado Las copas, el cansancio, la inquietud me devoraban, deseaba estar solo y a la vez sentía temor de toparme con mis pensamientos. Caminé algunas calles, humillado, avergonzado, me atravesó la idea de haberle tornado la palabra a Enrique con la pelirroja, un taxi se detuvo frente a mí, recordé que aún quedaban en mi mesa de noche unas pastillas para dormir, le di mi domicilio, y me puse a pensar en Liliana con la fuerza abrumadora de la pasión. Estaba enamorado.

-7-

Regresaba de la eterna noche de la ausencia, del desamor, de la desolación; una zozobra absurda se expandía por mi mente afiebrada, como la resina en un incendio.

Me puse el pijama y fui a prepararme una taza de café. Empecé a enterarme que mi

vida anterior con su monotonía, su soledad y sus sencillos placeres, resultaba mejor, en comparación con aquel enredo en el que yo me había metido, porque yo era el único culpable, nadie, ni mucho menos Liliana había contribuido en lo más mínimo; no podía llamarme engañado, y al contrario debía sentirme agradecido que si bien no sentía nada por mi, nunca me alentó falsas esperanzas: y aunque en resumidas cuentas era una mujer que se daba, se comportaba decentemente, hubiera podido haberme explotado, me hubiese sorbido con sólo proponérselo mi cuenta bancaria, y yo después de agotar todos los recursos por obtener dinero de la empresa donde trabajaba, hubiese hecho una lista de conocidos candidatos a préstamos y otra de todo lo que pudiera vender, pero estaba bien claro que mi dinero, como afirmaba Martha no le atraía.

Empecé a vagar indolente por la habitación, me sentía tan indefenso frente aquella avalancha pasional, como un títere al que se le ha roto una cuerda, sólo que esa cuerda era la lógica. Quise burlarme de mi angustia, pero comprendí que era demasiado, pues si ella me recordaba sería para reírse a mandíbula batiente de mí. Era un cretino con título y lo merecía, luego recapacité, Liliana ni siquiera se tomaría la molestia de la burla, simplemente me ignoraba.

Después de todo ¿Qué sabía yo de su vida, de su familia, de sus costumbres, de su verdadero carácter, o de sus sentimientos, y a título de que tenía derecho de indagarlo? yo había alquilado su cuerpo algunas veces y ella ni siquiera había preguntado nada sobre de mí. Todo era una tontería como de adolescente con una imaginación exaltada y me puse a repasar las palabras de Martha, dichas entre copas, pero que adiviné sinceras, compadecida de mi torpeza. A veces las mujeres más codiciadas, aunque aparenten ser frías e indiferentes, y aunque sean muy bellas y parezcan casi inaccesibles, se vuelven dóciles, alegres, comedidas, ante la bagatela de una frase amable o el galanteo de un hombre que les gusta, siempre y cuando éste nunca pierda su serenidad, su sangre fría y la certeza de dominarlas y de largarlas cuando algo no le parezca o le canse...

Martha tenía razón, aunque tenía todas las trazas de ser una buscona, integrada al oficio, entre las mujeres no existen categorías morales, ni sociales, son simplemente mujeres; y comprendí que mi actitud con Liliana aquella noche, rogándole una cita cuando ella se iba alegremente en brazos de otro, era simplemente indigna y absurda.

El sexo, es el único placer verdadero, y yo, con mi manía de complicarlo todo, lo había vuelto un desagradable problema.

Finalmente rendido por la desvelada y el cansancio me dormí. A las cinco de la tarde el teléfono me despertó, era Enrique, que había concertado para el día siguiente una entrevista con un par de chicas, según él, fuera de serie, tras de invitarme no desperdició la oportunidad de darme algunos consejos mis, aunque no solicitados por mí... *"el éxito con las mujeres, está en relación con la poca o ninguna importancia que les des, la conquista así como tú la pretendes, determinante de la felicidad o de la desgracia nunca se logra y yo te voy a curar de eso"*

Yo le respondí que no me importaba ni esperaba nada de Liliana, si prefería otras compañías era su asunto y seguramente no volveríamos a vernos, en cuanto a lo del día siguiente yo le avisaría, tenía mucho trabajo acumulado en el despacho y no podía continuar ausentándome por andar en reuniones. Enrique insistió que me esperaba y colgamos.

Al día siguiente comencé a trabajar cuando estaban haciendo el aseo, con ánimo de guarecerme dentro de una muralla de ocupaciones, pedí a mi secretaria que si Enrique llamaba dijera que había salido y que desconocía la hora en que iba a regresar.

Durante tres o cuatro días eludí recibir ninguna llamada, y sólo una ocasión que los empleados habían salido a comer, y yo tuve que descolgar el teléfono, me encontré con la voz de la señora Karina.

Me hablaba como una amiga, deseaba invitarme a cenar el domingo siguiente, sus dichosos spaghetti -Nada de donnas -aclaró riendo- una copa de chianti y un buen rato de conversación, agradecí su gentileza y le aseguré que iría.

El domingo hice los honores a dos platos succulentos de spaghetti y después de dos o tres copas de chianti, tal y como era de esperarse salió a relucir Liliana.

-La regañé por la manera como te había tratado -comentó la italiana- pero me respondió que ella no tenía nada que ver con usted, y que no le gustaba intimar más allá con los clientes. Yo quise salir en su defensa; y aunque esto no es verdad, le dije que había estado llamando todos los días preguntándome por ella, pero salió peor, porque me respondió que era precisamente esa tenacidad suya la que le molestaba, como ves -agregó tuteándome- en lugar de haberte hecho un buen servicio, puse las cosas peor, y para colmo, desde entonces no la veo, ni siquiera me llama, y por mis recados que le he dejado, no he conseguido razón de ella. Pero ya se le bajaran los humos, y si no, mujeres nunca faltan... ayer vinieron dos, la mayor no debe tener mis de diecisiete años, les dije que no quería complicaciones y que se fueran., mi casa no es un kinder y si he escapado milagrosamente de tener problemas, puedes jurar que con menores estos llegarían.

Yo callaba, intentando disimular mis emociones, pero la dama insistía en el tema.

- No te supones la cara que llevabas esa noche Mamma mía, blanca como un papel.

Los tragos de chianti y su afectuoso interés me ablandaron y ya sin reticencias le confesé que estaba verdaderamente enamorado de la joven.

La señora Karina me escuchaba embelesada, aquel rasgo tan humano y otros detalles, han estado presentes al hacer un juicio sobre la segunda ocupación de la que fue en aquellos aciagos días mi confidente, quién más parecía una casamentera ocupada en hacer como la lotería nacional "hogares felices". Era toda una experta en relaciones humanas y una fervorosa enamorada del amor.

-L'amore -exclamaba- ese coloso inmortal, vertido en el alma de los hombres ¡Oh! la más sublime locura, el vicio mis enervante. Tú sí que lo sabes; y aunque Liliana te desprecia, porque las mujeres somos así, crueles con quien verdaderamente nos ama, tú vives en ese mundo rosa, maraviglioso... tu amico en cambio es solo un porco, un poverino uomo.

No me convencía a decir verdad, mucho aquel mundo rosa. Ella me preguntó si había llegado a enamorarme anteriormente; y yo tuve que reconocer que era la primera vez y que la idea de verme envuelto en el matrimonio con su secuela de niños, esposas enojonas y ventradas y anexas me aterraba.

-¡Oh, estas enamorado del ideale, tu gustar idealizzare! Mas si Liliana tuviera un bambino tuyo y la vieras, aunque no tan linda como suele venir aquí, sino en la tua casa y la tuvieras todo el tiempo, .no te aburrirías de ella?

-¡Nunca!

-¿Te casarías con ella?

-Desde luego.

-¿Sin importarte su pasado?

-Mejor sería mirar hacia el futuro.

-Capisco... capisco... —meditaba la señora Karina.

Era cerca de la media noche; agradecí la cena y me despedí, ella salió a la puerta

haciéndome los honores de viejo amigo.

Trascurrieron algunos días en que me hallé bastante ocupado en redactar un informe, mi secretaria me asistía con su cuaderno y media docena de lápices con las puntas bien afiladas, entonces intercambiábamos alguna palabra amable, con la que yo trataba de disimular mi aspecto sombrío o pesimista, entretanto mi hada-madrina trabajaba en mi favor y un martes al medio día me llamó gozosa:

-Acabo de colgar con Liliana...

-¿Y que le ha dicho? —Interrogué ansioso.

-¿Qué crees? Me ha preguntado por ti, y entre curiosa y un poco arrepentida por lo que te hizo la otra noche, nos hemos pasado un cuarto de hora conversando alrededor de lo ocurrido, le dije que habías venido a cenar conmigo y que eras un buen chico, aunque algo alocado, ella estuvo muy amable y me pidió que cuando te volviera a ver te saludara en su nombre, le insistí en que tú deseabas una entrevista con ella, y me respondió que en estos días no le sería posible, pero que ella me avisaría cuando pudieran encontrarse —*“creo que le debo una explicación y en todo caso me gustaría que quedáramos como buenos amigos”*

Yo quedé mudo. Las cosas no mejoraban mucho que digamos, pero mi amiga insistió

-¿Sabes una cosa? se me ocurre que si te lo propones puedes conquistarla. Yo siento que no le caes mal. Mira a las mujeres nos chiflan las joyas; y Liliana no es la excepción, pues le he visto verdaderas preciosidades, a veces pienso que viene aquí por comprarse pendientes, anillos, pulseras y hasta deseaba que le vendiera algunos recuerdos de familia.

-Seguiré su consejo -acepté convencido-. Y ahora mismo voy a ponerlo en práctica.

-No corras. Después de todo no se hasta cuando podrán volver a verse.

-¡Ayúdeme usted! Y seré su deudor toda la vida.

Colgamos.

La taquígrafa hizo un mohín de sorpresa. Y yo animado repentinamente por las esperanzas, con una audacia que me desconocía, le propuse:

-¿Te gustaría que nos tomáramos esta tarde? En verdad que ahora si nos han hecho desquitar bien el sueldo. ¿Qué te parece una comida en Sep's, acompañada de un tarro de cerveza helada y luego si no te molesta me acompañas a hacer una indagación.

-¿Qué indagación -preguntó curiosa.

-Pues tengo que hacer un regalo a una persona muy importante ¿Comprendes?

-Comprendo- dijo maliciosa.

-Tú tienes muy buen gusto; y puedes ayudarme a hacer una elección aceptable. ¿De acuerdo?

-De acuerdo.

El programa siguió adelante y después del almuerzo en el restaurante, fuimos recorrer establecimientos donde nos mostraron una magnífica colección de rubíes, turquesas, brillantes y esmeraldas que se me antojaron como un complicado caleidoscopio; de pronto en el escaparate de una joyería de lujo, recostado en la blanda tersura de un estuche de terciopelo, reposaba un collar de perlas simétricas, perfectas, que derrochando su luz mate, atrajo mis miradas.

-¡Mira! —Exclamé feliz de mi descubrimiento.

La muchacha abrió los ojos desmesuradamente y comentó por lo bajo:

-¿Pero ya ve lo que cuesta?

El joyero con visible facha de judío olió el negocio y cortésmente salió a invitarnos

al interior.

-El collar es magnífico -afirmó ponderando la joya -son perlas auténticas, se lo vendemos con absoluta garantía Es una joya para que la luzca una reina.

-¡Una reina! -Repetí para mis adentros ¡Eso era Liliana! Y eso merecía, con celeridad imaginé de pronto el collar rodeando aquella tersa garganta, recreándose en aquel hoyuelo gracioso, que invocaba el homenaje de otra joya, en simétrica conjunción de la belleza, el entusiasmo debió haberse reflejado en mi cara pues el sagaz vendedor mucho más persuasivo, me solicitó que contemplara la joya en mis manos.

-Siéntense ustedes -nos invitó, solícito y dirigiéndose a una de las empleadas que estaba de espaldas acomodando otras joyas ordenó: -Señorita ¿Quiere sacar el collar de perlas del aparador?

-¿Las legítimas? -rectificó la joven.

-¡Claro! El señor gusta lo auténtico!

La muchacha se irguió para cumplir el pedido, entonces en el colmo de mi asombro, me enteré que era Liliana.

-¡Liliana! -exclamé pero al instante corregí la imprudencia -perdón señorita la he confundido.

Ella me miró, breve pero profundamente unos instantes, en sus ojos habían aparecido chispas de luz; no obstante, con la fría sonrisa de una modelo, entrenada para el disimulo murmuró un ¡Señor! que me dejó helado.

Mi secretaria repitió tontamente:

-Deseamos ver el collar

-Ahora lo traigo -Y se volvió balanceando sus caderas voluptuosas y arrogantes, de hembra bien dotada. Mi acompañante notó mi desconcierto y me susurró al oído:

-¿Te impresionó mucho la chica, verdad?

Liliana regresó con la joya, mi secretaria arrebató el collar del estuche y acariciándolo con las yemas de los dedos, se lo puso, para mirarse ataviada con el en el espejo, yo apenas le hice caso embebido en la contemplación de Liliana, quién fingiéndose distraída trataba de atender a otros clientes. Finalmente cerramos el trato. Liliana contó los billetes y marco en la registradora.

Había gastado una respetable suma en unos cuantos minutos. Al salir de la joyería se me vino una frase a la memoria que seguramente leí en algún libro: "*Siempre que hacemos algo verdaderamente estúpido, se debe a un impulso noble*"

Y el helado e impersonal ¡Hasta luego! de Liliana, era más frío que la tarde lluviosa.

-8-

Ahora sabía donde trabajaba. Sin proponérmelo me asomé a su intimidad, y aquella doble vida, dividida entre la joyería y sus ocasionales visitas a la casa de la señora Karina acicateaba mi curiosidad. Había descubierto el maravilloso enigma de su cuerpo, quedaba pues mirar hacia el pozo profundo de su alma y de sus pensamientos. Me faltaba cerciorarme de que toda mujer es un misterio en sí, indescifrable y oculto, aún ante los propios ojos de quienes conviven a su alrededor.

Dejé en su casa a mi secretaria, que oscilaba entre asombrada y resentida, sin duda le hubiera gustado saber quién era la misteriosa dama a quien yo haría un regalo tan costoso, pero yo sólo le agradecí su compañía sin darle más explicaciones.

Había llegado a la conclusión de que no tenía suerte con Liliana. Al día siguiente,

intenté hablar nuevamente con la señora Karina, pero una de las sirvientas me respondió que tenía visitas y que ella me rogaba llamarle después.

Durante una semana procuré mantener mi mente ocupada en cualquier cosa, leí algún nuevo libro, fui al cine-club, trabajé hasta agotarme y no desdeñé alguna copa, pero el sábado sin poder contenerme marqué el número de la italiana:

-No se nada de Lill -se excusó- ¡Te lo has tomado muy a pecho! ¡Pero no es para desesperarse!

Iba a decirle que tenía un regalo para ella, pero comprendí que eso equivalía a publicar mi ridículo, pero el lunes siguiente, apenas pasó la hora de la comida, recibí una llamada de mi intercesora.

-Supuse que tenías más confianza en la signora Karina! -se lamentó- Ya se que pasaste por la joyería donde trabaja Lill derrochaste una verdadera fortuna con una chiquilla con quien ibas muy bien amartelado. Y lo peor, por poco y cometes una indiscreción imperdonable. ¿Donde tienes la cabeza? Y eso que según tú adoras a Lill!

-Lo explicaré todo, si ella me deja.

-Ahora sí que no quiere volver a verte. De la indiferencia ha pasado al enojo. Le he mentido diciéndole que todos los días has preguntado por ella, pero despechada, me ha respondido, que ella sólo te interesa para la cama.

-Es mentira –protesté –dígame por favor que quiero hablar con ella, aunque sólo sean cinco minutos; y que si no puedo hacerlo en su casa, iré a buscarla a la joyería.

-No harás semejante barbaridad. Y ahora te dejo, tengo que entregar un arreglo floral para una boda y estamos muy atrasados todavía Y perdona el tono hijo, pero eres un cretino; y a los tontos no se les puede tratar con formalidad.

Me dieron ganas de abollarme la cabeza contra la pared. Comprendí que estaba todo perdido, aunque realmente nunca anduvo nada a mi favor.

A la tarde siguiente, mientras rumiaba mi pésimo humor en la oficina, cuando ya todos se habían marchado, volvió a llamarme la italiana, esta vez el matiz de su voz era de franca conmiseración:

-Pensé que ya no te encontraría mon figlio, pero Liliana está aquí ¿Quieres hablar con ella?

-Debo verla inmediatamente. Ruéguele usted que por favor me aguarde un poco, el tiempo que tarde en ir allá

-Dice que tiene que irse, que no quiere esperarte.

-Por favor, deténgala con cualquier pretexto

-Lo intentaré, pero no tardes.

-Salí disparado, el tráfico y la hora se pusieron en mi contra y cuando daba por seguro que Liliana se habría marchado, llegué, toqué sin muchos miramientos y entré disparado, desafiando las miradas de la criada rezongona, Liliana estaba en la salita con las piernas cruzadas fumándose tranquilamente un cigarro. La señora Karina hablaba por teléfono en la habitación contigua.

-¡Liliana! ¡Supuse que ya se había marchado!

-Estoy por despedirme, en cuanto la señora termine de hablar.

-¡Liliana!

-¡ Es usted un necio, no me tiene tan contenta!

-Comprendo que soy un pegajoso insoportable –acepté- que te resulto pesado por mi obstinación.

-¡Bobo! -replicó con enojo- ¡Es usted un bobo! -Y me miró pálida y seria, y luego,

como si quisiera atenuar sus palabras agregó- ¡Parece usted un niño malcriado! -Se había levantado y me dio un buen tirón de pelo entre ofendida y sentimental..

-Liliana ¡No te vayas! -supliqué.

-No quiero saber más de usted me entiende Le he mandado llamar para decírselo Para que deje de molestar a todas horas a la señora Karina por mi causa. -Y dio un paso para ganar la puerta.

-Liliana... -insistí, tratando de cortarle el paso.

-Empezó a golpearme el pecho con las manos hechas puño, en realidad acariciándome más que haciéndome daño, de pronto retiró la mano dolorida:

-¿Qué rayos trae usted allí?

Me acordé del estuche del collar.

-¿Te has hecho daño? -observé compungido.

-¡No exagere! -replicó mirándose el dorso de la mano- Pudo haberme hecho más daño con su indiscreción!

-¡Pero sólo murmuré tu nombre! Nadie pudo escucharme. El gerente se hallaba bien lejos del mostrador. Yo... yo iba pensando en ti como siempre, y tú te me presentaste de pronto como si hubieses caído del cielo, como lluvia, tal si hubieses brotado de algún encantamiento...

-¡Y encima es usted mentiroso! ¡Pensando en mí! ¡Derrochando su dinero con otra mujer! ¿Es su novia o su amante? -Su pregunta irónica me penetró como una navaja en el cuerpo.

-Ni lo uno, ni lo otro.

-¿Y le obsequia usted joyas tan valiosas, así por así? en fin, es su dinero. -Y se sonrió de la despiadada lógica de sus razonamientos.

-Es sólo una muchacha de la oficina -declaré con seriedad la señora Karina me había comentado que te gustaban las joyas. Y yo pedí a esa chica que me ayudara a elegir un regalo para ti porque no conozco de joyas... sólo quería ofrecerte una cosa con la que me recordaras siempre y...

Alargué el estuche.

Liliana me miró estupefacta, sin atreverse a tomar el estuche de terciopelo.

-¿Que cosa esta diciendo? ¿Qué ha comprado esto para mí? ¿Para una mujer como yo?

- ¡Para la mujer que amo! declaré convencido.

-¿Pero está loco?

La señora Karina, quien acababa de colgar, dio la respuesta.

- Esta enamorado.

-¡Pero yo no te quiero! -se defendió Liliana -No puedo aceptar tu regalo! ¡Es demasiado!

-Yo pretendía en esa joya rendir un homenaje a tu cuello. ¡Mirar las perlas sobre ese hoyuelo que se te forma en la garganta!

Liliana abrió el estuche y tomó el collar entre sus dedos, la señora Karina se acercó a contemplar la joya.

-¡Es una de las piezas que más me han gustado! -Y empezó a ponerse el collar- ¡Abróchame! -me pidió- ¡Te voy a dar el gusto de que me lo veas puesto!

Intenté cerrar el broche, mis manos temblaban, la señora Karina comentaba la perfección de las perlas, yo la escuchaba sin entender, temblando de deseo, luchando por disimular que aquella endiablada erección que me producía aproximarme a Liliana,

terminara al fin, Liliana se volvió para que la mirara con una encantadora coquetería.

-¿Querías vérmelo? ¡Pues ya está! -Y se llevó las manos para quitárselo -Y ahora llévese su collar!

-Liliana... puede usted arrojarlo a media calle, si lo prefiere..

-El lo compró para ti -terció la señora Karina.

-Bien, lo aceptaré con una condición. No volveré a ser más tu amante, si te sirvo como amiga...

Me quedé mudo de pronto, sabía que bajo la tela floreada del vestido se hallaban incitantes y esplendorosas aquellas piernas exquisitamente torneadas, tibias, suaves, con su vellito ligero, sabía que bajo el sujetador dormían dos senos como pétalos, erectos y gráciles, rematados por dos capullos rojos, circundados de minúsculos botoncitos rosa, sabía que allí se acurrucaba gracioso, aquel vientre tentador y sacrílego, divino y renovado, en aquella Eva soberbia; copa divina que podía ser llenada con el polen de mi pasión ardiente; por un instante pensé que todo se agrietaba, ¡Nunca volvería a ser mía aquella diosa de carne! pero al menos la podría ver, hablar, escuchar de vez en cuando; y con un pesar inocultable, acepté.:

-¡El collar es tuyo! ¡Y seremos, lo que tú quieras!

-La amistad es más duradera y valiosa que el amor -alegó Liliana- además creo que seré mejor amiga que amante. La amistad es charlar sin sensualidad, entrevistas sin compromiso, cariño sin celos, presente sin proyectos, amor sin hastío.

Me tendió la mano para sellar el pacto. Yo alargué la mía.

Entonces se acercó y me dijo casi al oído:

-¡Tengo hambre! Ahora quiero que me compres, algo mucho menos costoso: ¡Un gran pedazo de pizza!

-Lo que tú quieras -convine.

Me dio un beso corto, yo quise devolvérselo, pero me puso la mano abierta sobre la cara, protegiendo los labios.

-¡Recuerda nuestro compromiso!

-Lo cumpliré, si al menos me dejas verte!

-¡Bobo! -me dijo riéndose- ¡Sólo quería probar si en verdad, me querías tanto como para hacer un pequeño sacrificio por mí!

Y me ofreció los labios. Había un abandono conmovedor en su entrega, cuando sentí sus brazos rodearme la espalda.

Por el espejo se reflejaba bonachona, la cara de la italiana, que parecía repetirme: *“Cada hombre, supone que la conquista de una mujer, equivale a un triunfo, a una hazaña, casi gloriosa, ¡Niente! ¡Niente! la cuestión es molto, molto piu semplice...”*

Hay mujeres que personifican nuestros sueños de amor, y otras que sintetizan nuestros anhelos de placer. Liliana ensambló ambas cosas. No obstante, al principio no todo fue tan fácil, en los primeros días en que empezamos a reunirnos fuera de la casa de la señora Karina, me anunció muy seria que deseaba hablar conmigo.

-Entre un hombre y una mujer, todo esta dicho desde el comienzo del mundo -le

respondí por acortar el camino.

-Pues yo debo agregar algo –insistió- Prefiero hablarte con sinceridad.

-Con tal que no se trate de decirnos adios, aceptaré lo que me pidas -respondí decidido.

-¡Bobo! —volvió a repetirme y me dio una leve palmada.

Me dispuse a escucharla, entonces me pidió que no la buscara nunca más con la italiana y que cesara mi trato con ella, a su vez ella estaba decidida a no volver nunca.

- ¡Yo no nací para eso, tienes que creerme! -rectificó ante mi silencio- Además también tengo otros planes!

-¿Y yo entro en ellos?

-Tú tomarás parte de mi vida, siempre que te avengas a nuestro pacto.

-¿Y en que consiste ese pacto?

-En que me respetes.

Aquella manera de respetarla era muy suya. Liliana insistió en que por ningún motivo debía ir a buscarla en la joyería, ni mucho menos en su casa. En cambio me ofrecía encontrarnos una vez por semana; y cuando ambos tuviéramos un par de días disponibles los disfrutaríamos discretamente en algún hotelito campestre o si fuera posible en algún balneario allí pasaríamos unas horas en que nos perteneceríamos por completo.

No recuerdo si aquellas cláusulas me contentaron mucho, pero Liliana se mantuvo firme y yo tuve que prometerle solemnemente aceptarlas y cumplirlas.

El tiempo me hizo ver, que aquel misterio del que ella se supo rodear, nos ayudó a ambos a conservar lo máspreciado: la ilusión.

Por otro lado, el hecho mismo de no vernos frecuentemente, nos ayudó a mantener siempre insatisfecho ese anhelo de encontrarnos; y en nuestras relaciones nunca se filtraron: el cansancio, el hastío o el aburrimiento.

Liliana premió mi conformidad, con un fin de semana que pasamos en un pequeño albergue escondido en la sierra michoacana cerca de un risueño pueblecito con nombre purépecha *Zinapecuaro* entre guayabos, ciruelos, perales, chabacanos y una exuberante vegetación salpicada de flores. Esa inolvidable mañana llegó fresca y puntual a nuestra cita; con una animada sonrisa que se desparramó en un beso cariñoso sobre mi mejilla.

El viaje transcurrió riendo por la menor ocurrencia, besándonos como dos recién casados, y admirando el paisaje; cuando llegamos a la posada, Liliana se puso una blusa sin mangas, generosamente escotada y una amplia falda larga con flores y olanes; se había soltado el cabello y sin los tacones altos, me pareció más femenina, menos mujer imposible.

Apenas podía contenerme, adivinaba bajo el vestido sus encantos, y el campo perfumado, el arrullador murmullo de una cascada próxima y el azul casi transparente del cielo se confabularon para enardecerme; nos habíamos deslizado a través de las veredas angostas que cruzan sinuosas las lomas, empecé a besarla y pronto la contagié de mi pasión desbordante, ella se resistió en el campo siempre temerosa de algún encuentro desagradable, pero ávida de amor me pidió que regresáramos a nuestro nido. ¡Creo que corrimos con todas nuestras fuerzas, hasta que las piernas exhaustas nos exigieron una tregua! entonces, cogidos de la mano, divisamos el pequeño recodo donde se erguía la rústica construcción. Apenas cerramos la puerta y nuestros labios volvieron a juntarse en un beso largo, interminable, poco a poco, la desnudé entre un rito, donde el oficiante anticipadamente rendido de ansias ofrenda su adoración a un cuerpo femenino, principio y final, cáliz y síntesis, altar y trono; todavía hoy, me atraviesa a veces soez y grosero, el

pensamiento de que toda nuestra vida está cifrada, en medio de unos muslos de mujer, y la conclusión me produce risa y miedo, súbita alegría e inexplicable tristeza. ¡Por eso vivimos! Ese es el resumen que condensa fría y escuetamente nuestra existencia, distraída en mil cosas que disfrazan la única verdad suprema y tangible.

Aquellos días fueron como un reiterado despertar de la carne, como si ambos hubiésemos liberado nuestra capacidad de pasión, el menor motivo era la causa que desencadenaba la copula; su perfume, una palabra amable de ella que yo agradecía acercando mis labios siempre deseosos del beso, el cambio de un vestido a cual más revelador y sugerente que ella se ponía antes de acompañarme al sencillo comedor del albergue decorado con jícaras de Uruapan, en ocasiones solíamos reír como dos chiquillos tontos, por cualquier motivo baladí, y yo terminaba hundiendo mi boca entre sus senos, que yacían aparentemente dormidos de deseos, acurrucados entre la névea blanca del sujetador, una ocasión, se hirió un dedo, al cortar una rosa, Liliana me pidió con su voz cálida, grave, plena de voluptuosidad:

-¡Chúpalo! -y yo obedecí la orden; y continué del dedo a los pezones y del ombligo al sexo, ella enloquecía de placer, de aquel placer tanta veces saciado, que no conseguía nunca enfriar aquella pasión.

El último día, me pidió que la ayudara a hacer su maleta, yo accedí como de costumbre, y aquellas prendas íntimas: camisones, sostenes, pantaletas, que guardaban aún después de asolearse por horas, celosamente su perfume, y a las que yo envidiaba secretamente pues estaban siempre tan cerca de su cuerpo, me volvieron a enardecer, tomé su bata transparente y me la llevé a la mejilla besándola ansioso.

-El sólo roce de algo tuyo turba mis sentidos - expliqué- deberías heredarme alguna de estas cosas!

-¿Para que quieres mi ropa?

-Para tener algo tuyo, cuando ya no estés conmigo.

-¿Por que no habría de estar? tú compañía me agrada...

-No se, mañana regresaremos a México. ¡Quién sabe hasta cuando volveremos a encontrarnos!

-¡Pronto! ¡Pronto! ¡Te lo juro! ¿No ves que yo también te necesito?

Empezó a llover. Una lluvia torrencial caía sobre las tejas rojas deslizándose escandalosa entre los canalones perpendiculares. Un relámpago la arrojó en mis brazos, el trueno la hizo temblar, nos quedamos quietos, ella empezó a desabrocharme la camisa, un estremecimiento recorrió mi cuerpo, cual un dulce veneno que se hubiese incrustado en mi sangre, en mi arterias; sentí sus uñas cosquillearme en la espalda, en el cuello, en el pecho, y luego, su lengua recorriendo mis células, despertándome el sexo, que yo juraba yacía adormilado e inútil después de aquellas noches de frenesí, de pronto, su boca tibia, húmeda, estaba allí, y sus labios me impactaron en un choque eléctrico, inenarrable y enloquecedor. Y ya nada quise saber, mis energías, mi pensamiento, mi obsesión se unieron para conseguir un imposible, me sentía exprimido, seco, ambos sudábamos agotados, pero cuando ella abrió sus muslos, supe que frente a una mujer así nunca me abandonarían las fuerzas para hacerla y ser feliz.

Así nos estuvimos frecuentando mucho tiempo. Me trataba con amistosa tranquilidad, hablábamos de todo, seguros de que en el fondo no nos importaba nada más que nosotros; a veces recostaba su cabeza sobre mi hombro mientras veíamos una película, o una obra teatral, otras, gozábamos de un show, una cena, o un poco de música, que nos soltaba los pies, jamás hablamos de planes, ni de problemas; nunca me preguntó por la

marcha de mis negocios, o si había alguna otra mujer en mi vida, aunque esto último reconozco, habría sido demasiado obvio, ella sabía demasiado que yo la esperaba loco de deseo los días que compartíamos, en ocasiones llegaba cansada y con pocas ganas de desvelarse, entonces sacrificábamos el cine o la cena, con tal de pasar en un hotelito cómodo un par de horas, que aprovechábamos para hacer el amor con la pasión de la primera vez. A media noche, ella miraba el reloj, se vestía de prisa y buscábamos un taxi que la llevara a su casa; y yo la veía perderse entre la perspectiva de una calle, hundiéndose como entre un horizonte incognoscible, y sentía temor, tristeza, luego recordaba aquellas horas dulces, y pensaba en ellas, mientras tornaba a casa, para dormir seguro, satisfecho, sin necesidad de café ni de alcohol, pensando en los días que mediaban para nuestra próxima cita. Terminaron por conocernos en algunos balnearios de Morelos y por cedernos la mejor habitación de un apartado motel de Cuernavaca.

Una vez que deambulábamos por el Valle de las Monjas, devorando unas quesadillas de hongos, acertó a pasar un grupo de excursionistas boy-scouts, yo la tomé del - brazo para apartarla un poco del pedregoso camino y le supliqué:

-No nos dejemos Lilli, si todo sigue igual, acabaré casándome contigo.

Se quedó pensativa pero luego me contestó:

-Gracias por proponérmelo... pero creo que no resultaría. Mejor es continuar como estamos

-Liliana –insistí atrayéndola- ¡Yo te amo!

-Y yo también ¿O esto que hay entre nosotros, no es acaso amor?

- Te amo tanto, como para soportar verte rodeada de algunos niños, con la cara manchada y tu lindo cabello

-Me miró tristemente y sonrió.

Cuando nos dejamos aquella tarde, regresé al mismo tema, entonces noté que tenía los ojos húmedos, y al despedimos, me susurró al oído:

-No cariño. No traiciones al sueño -Y se fue.

Transcurrieron algunos meses. Una tarde me confesó que tenía novio, era un muchacho canadiense, se habían conocido en la joyería, cuando él hacía sus compras de turista, había venido ya cuatro veces, haciendo un viaje desde su país por verla. Era una persona con buena posición económica, que trabajaba como químico para una firma de cosméticos, era cuestión de irse a vivir a Canadá pero ella suponía que un cambio le sería favorable. Me pidió un consejo. Quise ser generoso; y no supeditar mis sentimientos a su futuro. Le dije que aceptara al pretendiente. Liliana me dio las gracias con un apretón de manos, como ella solía hacerlo. Me dio a comprender que esperaba sólo mi anuencia para resolverse, se detenía pensando que su decisión podía hacerme sufrir; y estaba dispuesta incluso a renunciar al proyecto. Su nobleza me hizo sentir fuerte; y ella al final para consolarme me aseguró que a mi vez yo encontraría una muchacha capaz de hacerme feliz.

Iba a responderle, a gritarle que yo la adoraba; y que nadie, mejor que ella podía darme la dicha, pero me puso un dedo sobre los labios para que callara:

-Pronto vendrá él; y nos comprometeremos, cuando esto sea, ya no podré volver a ser tuya. Si lo deseas, aún podemos aprovechar.

Accedí. Llegamos al hotel, y yo, a quien a fin de cuentas le había dolido la noticia, me senté indolente sobre el lecho.

Liliana llegó hasta mí:

-Si me has devuelto la libertad, que sea con alegría -me pidió.

Volvimos a hacer el amor, ella venía dispuesta a quedarse a mi lado toda la noche,

pero a pesar de mis esfuerzos de sobreponerme, debo haber hecho muy mal mi papel de amante. Al dejarnos me ofreció su amistad, y aún prometimos escribirnos, ella me contaría como le iba en su cambio de residencia y en su nueva vida.

Seis semanas después recibí la elegante invitación para la boda.

El canadiense, quién por suerte era católico, tenía buenas relaciones en México y la ceremonia religiosa resultó brillante.

Yo llegué a la iglesia desconcertado, y a falta de conocidos, me fui a instalar en un rincón donde conseguiría pasar desapercibido. La misa fue larga, y el sermón del cura trató sobre el amor que a mí se me escapaba. Cuando la pareja salía del templo, rodeada de sus amigos, padrinos y familiares, Liliana me deslumbró por última vez con su belleza aureolada entre los murmullos del violín, su vestido largo de larga cola, y coronada de azahares, luciendo como una reina. Un puñado de arroz se disolvió sobre mi espalda.

El destino que nos unió, nos separaba otra vez. Todo el mundo se adelantó a abrazarla, y yo me quedé hasta el final, entonces; entonces desafiando todos los convencionalismos sociales, se abrió paso y vino hasta mí para abrazarme, su marido la siguió extrañado y ella me presentó a él y a todos como un amigo muy querido. Yo la estreché conmovido, apenas pude balbucir algunas palabras de congratulación. Ella puso en mi mejilla un beso, entre emocionada y temblorosa, y murmuró en mi oído:

-Mira, el día de mi boda llevo el collar que tú me regalaste!

Y me sonrió con los ojos húmedos, mientras los demás invitados se desvivían por saludar a la feliz pareja.

## EPILOGO

El teléfono me despertó a las siete de la mañana, con un insistente repiqueteo. Descolgué la bocina y escuché una voz inolvidable.

-Buenos días. Te he despertado ¿Verdad?

-¡Liliana! -exclamé completamente despabilado, olvidándome de que a un lado dormía plácidamente mi esposa.

-¡Qué pronto me has reconocido! -advirtió halagada- ¿Todavía te acuerdas de mí?

-¿Y como había de olvidarte?

-Anoche llegué de Monterrey, vine a visitar a mi familia; y como no se cuando podré volver a Mexico, decidí correr el riesgo y volar una hora más para saludarte.

Semejante atención me dejó anonadado.

-¿Podemos encontrarnos esta misma noche? ¿Te gustaría cenar y bailar conmigo?

-Me encantaría -admitió- pero no puedo.

-En tal caso, almorzaremos juntos.

-Eso quisiera, pero tengo que estar a las dos de la tarde en el aeropuerto, pues hoy mismo debo retornar a Ontario. Pero podemos desayunar, estamos hospedados en el Sheraton. Dentro de media hora te aguardo en la cafetería.

-Allí estaré.

Me vestí de prisa, y con la cara cortada y un calcetín al revés, me presenté en la cafetería, transcurridos cuarenta minutos. Empecé a buscarla con ansiedad, mientras para mi segunda sorpresa de aquella mañana, Liliana me estaba aguardando en un gabinete, a mis espaldas, casi junto a mí. La abracé.

Me pareció que los buenos años se habían detenido en ella desde aquella tarde de nuestra despedida. Con esa presencia de mujer madura, serena y reposada, que no ha

perdido ni su esbeltez, ni la suavidad de su cutis, ni el brillo de su cabello, coquetamente maquillada, portando con inigualable soltura su elegante y fresco vestido para la mañana, Liliana de codos sobre la mesa vertía generosa la luz impar de sus ojos y de su sonrisa.

Tan maravillado estaba de aquella contemplación, que hasta entonces me enteré que a su lado, una graciosa chiquilla de trece o catorce años, vestida idéntica que su madre, sólo que con el cabello suelto, cayéndole sobre la espalda, me miraba con aires de señorita. Liliana me la presento con mal contenido orgullo:

-Es mi hija, la mayor

Me detuve a contemplarla.

-¿Como estás? –la saludé sonriéndole.

La jovencita me devolvió la sonrisa y me tendió la mano que estreché amistoso.

-¡Es muy hermosa tu hija! -concedí- ¡Cómo tú! ¿Cómo se llama?

-¡Liliana! -respondió mirándome con un dulce reproche.

Entonces la madre explicó a su hija.

-El señor es un buen amigo, la persona de quién te he hablado tantas veces.

La chiquilla me miró con una de esas miradas que miden por dentro y por fuera.

-Imaginaba que eras más alto -me dijo, y luego arrepintiéndose de haber dicho una frase desconsiderada agregó- pero no importa, así me gustas. Hemos traído un regalo para ti, subo al cuarto por el ahora mismo. –dijo la jovencita y se levantó vivaracha.

Sucedió un largo silencio, que yo interrumpí

-Liliana. . . yo... nosotros... habríamos sido...

Me puso la mano sobre los labios, con un gesto amable para indicarme que callara.

-¡Nunca habrías olvidado lo de la señora Karina, y yo te amaba demasiado para soportar un reproche tuyo! Ahora vivo tranquila, casi feliz, Paul es un excelente marido, tengo dos niños más, que se han quedado con su padre. Pero yo he tratado de conservarme. Siempre me decías que no te gustaban las mujeres descuidadas

-Liliana, amor mío...

Puso encima su mano para indicarme que me calmara. La jovencita volvía con el regalo. Lo recibí y les di a las dos las gracias.

-¿Y yo que podría regalarte? -Pregunté a la jovencita.

-Una firma en mi álbum -respondió decidida, a la par que me lo alargaba.

La camarera vino a tomar la orden.

Abrí la primera página del cuaderno, no me decidía a ponerle algo y se me ocurrían tantas cosas a la vez.

-¿Por qué estás triste? -me preguntó Mi mami deseaba tanto verte.

Me sentí avergonzado.

-No estoy triste -le respondí sonriéndome- Es la alegría de conocerte.

Y empecé a escribirle una dedicatoria.

Su madre me sintió tenso y puso su mano sobre la mía, como tratando de darme valor.

Levanté los ojos hasta ella y me percaté que aún llevaba el collar de perlas que yo le había regalado dieciséis años antes.

México, 1982

## **EL TERCER ACTO**

Amé, sufrí, gocé, sentí el divino  
soplo de la ilusión y la locura  
tuve una antorcha, la apagó el destino  
y me senté a llorar mi desventura  
a la sombra de un árbol del camino.

Luis G. Urbina

México, año de 1931.

Todos somos actores, aunque algunos solamente nos conformamos con representar un papel anónimo en la escena de la vida, sin programas y sin aplausos, donde el destino es el director invisible, que monta la trama, la escenografía, el vestuario; y el público, acaso sea solamente el silencio obstinado de Dios o la mirada impasible de la indiferencia.

Daniel anhelaba ser actor de verdad. Desde niño cuando cursaba la primaria, nunca dejaba de participar en las fiestas escolares, recibiendo los aplausos de los compañeros y destacando siempre entre el muchacherío, por su entusiasmo y su alegría, que valieron a sus padres muchas felicitaciones y que a él le libró de salir reprobado más de alguna vez; pues sus maestros, vencidos por las dotes artísticas del chiquillo, no se animaban a dejarlo otro año en el mismo curso, aunque a decir verdad no adelantaba demasiado; en cambio era el alma de las fiestas, y ellos, cosechaban aquellos pequeños triunfos que resonaban en la zona escolar y eran la envidia de otros planteles.

Daniel por su parte, no era inepto ni perezoso, estudiaba sí, con tanto apego como se lo permitía aquella obsesión por la escena, que desde muy pequeño le llevó a pasar horas enteras, detrás de un teatrillo de miniatura: con telones, decorados, títeres y cuanto pudo agenciar su madre, para que el pequeño se quedara en casa, en lugar de salir a corretear con los demás chamacos, al patio de la humilde vecindad donde vivían, evitándole así aprender las malas palabras y las peores costumbres de aquellos niños desheredados de la fortuna, hijos de padres tiranos, viciosos, pleitistas, y de madres ignorantes y conflictivas, para quienes el marido y los hijos representaban una carga demasiado pesada de sobrellevar, aunque los pequeños la pasaran con los estómagos a medio llenar, la cara sucia, los zapatos llenos de agujeros, la ropa hecha jirones y aquella insaciable glotonería por los dulces de a centavo, por los pedazos de coco con chile, las charamuscas, los raspados, las resorterías, las canicas, y los trompos.

Daniel apenas jugó con una pelota, y como sus padres gustaban tanto del teatro, el chiquillo se convirtió en el compañero de sus aficiones. En los pasillos oscuros de las galerías, los segundos y el anfiteatro, únicas localidades que la no muy joven pareja podía pagar, Daniel se fue habituando desde muy pequeño; adivinaba las escaleras semi oscurecidas y se acostumbró a los bancos duros, al olor a creolina que regaban en generosas cantidades para aniquilar las pulgas y otros bichos molestos; y se diría que hasta aprendió a gozar la ansiedad de la espera, esa que espacian los tres timbrados que anuncian el comienzo del espectáculo, para luego presenciar sorprendido, como las polvorientas cortinas de terciopelo se abrían, o el telón saturado de anuncios se levantaba, entre los motivos de la orquesta, para dejar paso a la magia del teatro.

Aquello sí que era distinto a todo lo que conocía. Qué lejos quedaba entonces la vecindad del barrio proletario, sumido entre la perenne fetidez del vecino río de La Morena, casi seco convertido en basurero, con sus inquilinos malencarados, alcohólicos, escandalosos, con las ropas tendidas sin pudor a lo largo del patio, y el mosquerío que vomitaban los inodoros generales. El teatro era en cambio, cómo un sueño y allí sólo ocurrían cosas bellas, los decorados de papel iluminado por las diablitas lo conducían a parajes remotos, los mentirosos enseres de la utilería se hacían reales, los llamativos trajes

de las coristas, ropajes regios, magníficos; resultaban incomparables con los andrajos pestilentes con que solían cubrirse sus vecinos; y por supuesto la palaciega arrogancia de los actores, le hacía verlos cual si estos fueran de otra pasta humana, distinta, privilegiada; en tanto que la música que servía de acompañamiento o era parte del melodrama lo fascinaba y los versos, y aún las obras cuya trama apenas mal lograba medio entender, lo sumergían en un mundo distinto, inalcanzable, pero inconmensurablemente bello. Así, poco a poco se fue familiarizando con los ingredientes de esa alquimia prodigiosa que convierte a actores y espectadores en una masa humana que vibra al unísono de la alegría o de la tristeza, y que vive y siente las ficticias emociones derivadas de la representación; que luego el muchacho iba a revivir en su pequeño teatro de títeres, al que la madre, siempre complaciente y costurera de oficio, añadía de vez en cuando, un nuevo telón, hecho con el trozo de tela sobrante de un vestido que cortaba para una vecina en edad de gustar.

Pero la niñez es apenas un suspiro, y pronto, la desafinada voz del chico, anunció que había entrado a la adolescencia.

Por aquellos años, ocurrió lo irreparable, su padre, víctima de un mal crónico, fue encamado repentinamente, y después de tres días de hospital, en que las complicaciones pudieron más que el mal mismo, cerró los ojos para siempre.

La infeliz viuda, redobló sus esfuerzos para sostener a su vástago, quién cursaba con visibles esfuerzos los estudios de secundaria, y empezó a frecuentar los talleres de los judíos en busca de maquila que madre e hijo despachaban en la máquina Singer de coser, trastocando las noches de sueño en duras veladas de trabajo agotador, cosiendo vestidos camisas, overoles duros, o prendas de mezclilla..

Al siguiente día, después de un breve descanso de dos o tres horas, abatidos, sin hambre, con un pozuelo de champurrado y un tamal de masa, que mordisqueaban con desgano, por desayuno, madre e hijo cargaban los pesados fardos de ropa, e iban a solicitar amablemente a los tranviarios que les permitieran viajar con su carga, hasta las calles adyacentes al barrio de La Lagunilla, que alojaban a lo largo de oscuros corredores los talleres de los israelitas, casi todos sucios y mal ventilados; donde se aglutinaban una sobre otra las máquinas de coser y de cortar.

La mujer y el muchacho regresaban con otro hatillo de prendas para terminar y algunos pesos, casi siempre regateados, que los despóticos comerciantes les dejaban caer con altanería.

Por su parte Daniel apenas se aplicaba en la escuela, y no es que fuera un hijo ingrato, el duro trajinar de su madre le dolía, pero en sus ansias de adolescente solo tenía cabida una idea, la de llegar a ser actor, y cuando empezó a descubrir que las materias en lugar de atraerle le aburrían, y a encontrar abominables las leyes de la física o los principios de la trigonometría, le dio por frecuentar mejor el establecimiento de un peluquero del barrio, buen aficionado a la guitarra, que le fue enseñando poco a poco a medio conocer las notas musicales, y cuando los clientes escaseaban, le daba por cantar con su voz abierta, y sin técnica, las canciones en boga de Jorge del Moral o de Palmerín; a él confió Daniel sus ilusiones de llegar a ser artista y el buen hombre, aunque un tanto borrachín, alentó las aspiraciones del chico, quién correspondía a las improvisadas clases recolectando con una vieja escoba los mechones de cabellos diseminados por el piso del establecimiento..

El último año Daniel reprobó algunas materias y obtuvo notas muy bajas en las que trabajosamente consiguió acreditar; su madre le ahorró reproches, pero al verla llorar, el chico no tuvo más remedio que declararle que su única aspiración era ingresar al

conservatorio, la mujer a quién el trabajo y la viudez habían envejecido mucho hizo un gesto de impotencia, pero el ofreció que para sostenerse sus estudios, trabajaría en su tiempo libre, en una carpintería aledaña, cuya plaza de aprendiz, le había sido conseguida por su amigo el peluquero, quien lo recomendó elogiosamente.

En la carpintería apenas se ocupó de barrer las virutas de madera, y no tanto porque despreciara el trabajo manual, sino porque no tenía la más mínima idea de como hundir un clavo o cortar una tabla, pero en cambio su natural simpático, procuraba clientes al negocio, y con su acrisolada honradez cuidaba los intereses, dinero, herramientas y madera de su patrón, si bien atrayéndose el odio de los oficiales, quienes empezaron a ver mermados sus hurtos y gandulerías. Un precario ingreso y el ataúd para su madre fueron el producto de aquellos años de trabajo.

Solo, sin familia, sin amigos, sin dinero ni muchas posibilidades de conseguirlo, Daniel vio llegar sus diecinueve años, había sido admitido en una escuela popular de música para los trabajadores, allí recibió las primeras clases formales de solfeo y de canto, impartidas por un viejo maestro, siempre afónico, quién en toda su vida sólo llegó a ser un humilde cantor de iglesia, no obstante, su entusiasta discípulo debe haber sido un buen alumno pues en aquella escuela siempre lo recordaban no sólo por su excelente voz, agradable presencia y buena memoria, sino por su buen carácter y disposición de hacer amistades.

-2-

Cuantos habían visto con admiración e inevitable envidia a los consagrados, consentidos del público conoedor, que encabezaban los elencos y eran constante objeto de las notas periodísticas, de la complacencia de las damas burguesas y de la grata compañía de los ricos y derrochadores a quienes la vida no les ha negado nada, se habían preguntado seguramente: ¿Y yo, por que no?

Entonces imaginando con amargura la inalcanzable gloria, protestaban de su mala estrella, convenciéndose muchas veces de que o no tenían los atributos para merecer el favor de las mayorías, o que aún poseedores del talento por un capricho ciego de los hados, habrían de quedarse inadvertidos, frustrados y rencorosos.

Al igual que otros aspirantes, compañeros del mismo infortunio Daniel también vio desfilar de cerca, a los que envueltos en el celofán oropelesco de la fama, repartían a diestra y siniestra a los públicos ávidos de aplaudirlos, sonrisas y autógrafos.

En demanda de la ansiada oportunidad que nunca llegaba, empezó a frecuentar, el ambiente fatuo, oloroso a perfume de los camerinos de los teatros, donde las intrigas, los odios, los sueños, el servilismo, la adulación y hasta la ingratitud, se mezclaban en un menú cotidiano: las bambalinas eran la guarida de los barítonos grandilocuentes que aún fuera del escenario continuaban actuando, de los tenores gordos, narcisistas, quienes se juraban irresistibles ante cualquier mujer que se les ponía enfrente, de las tiples españolas que ceceaban y que por no ser nadie en España, se decidían a hacer la América, llenando los coliseos de Buenos Aires, Santiago de Chile, Bogotá, Cuba y por supuesto de México, donde conseguían abarrotar los viejos coliseos de la urbe: el Arbeu, el Colón, el Hidalgo, el Ideal, el Iris, o el Fábregas; entonces. pálido de impaciencia se pasaba mañanas enteras deambulando por los escenarios apenas alumbrados con una lámpara, reverenciando a los empresarios, directores de escena y hasta los mismos traspuntes y apuntadores, o en los fosos de la orquesta siempre oscurecidos, rogando a los directores de orquesta que lo

escucharan alguna vez. y en espera de la menor ocasión que nunca llegó, tuvo que contentarse con ser uno de esos parias del arte que sirven de comparsa a los privilegiados. Su tenacidad le alcanzó a valer solamente el humilde puesto de corista de tercera línea, cuyo mísero salario era tan precario, como triste el modesto cometido de hacer ronda a las primeras figuras de la escena, que con sólo aparecer, ya tenían asegurado el aplauso, pero los *divos* que jamás abogaban por nadie, ni siquiera lo tomaron en cuenta, imaginando tal vez que podía llegar a convertirse en un competidor.

A las largas temporadas en la capital, se sucedían giras por las capitales de algunos estados de la república y uno que otro rincón provinciano; que mucho en verdad distaban de ser exitosas, ya que llegaban a ocurrir acontecimientos muy desagradables.

De entrada la improvisada compañía se arremolinaba en las estaciones ferroviarias de Peralvillo, San Lázaro o Buenavista, las figuras y el director viajaban en pullman o vagones de primera clase, los coristas lo hacían en vagones sucios, desaseados y provistos de duros bancos metálicos; los trenes eran lentos, pero en compensación se podía disfrutar del paisaje, y si se disponía de algunas monedas de los antojitos que se ofrecían en cada estación y de la charla con los compañeros que reían y cantaban con el menor pretexto, mientras se calentaban los estómagos con pocillos de café negro. Al día siguiente, después de una noche de incómodo viaje amanecían en Veracruz, Morelia, Guadalajara, Oaxaca, Jalapa, Durango o Guanajuato.

No siempre iban contratados para actuar en los teatros importantes de las capitales, a veces se trataba de tres o cuatro funciones de fin de semana, en el teatro de algún sindicato, o de alguna parroquia, donde el cura sagaz y negociante, hacía su lucha impulsando la venta de boletos a beneficio de la parroquia, o se pactaba con alguno de los empresarios locales que se arriesgaban de vez en cuando a traer una compañía de la ciudad de México, la gran mayoría de las veces para pagarles sólo una parte de lo convenido con el pretexto de la inasistencia del público, o incluso hasta de no darles ni un centavo; no obstante salvo en contadas ocasiones, la provincia les recibía bien, pues la gente era amable, sencilla, hospitalaria, y les llamaba sin discriminación a figuras y partiquinos *los artistas*; a veces el presidente municipal se portaba generoso y solía obsequiarles una cena o el párroco invitaba alguna tarde antes de la función una merienda que preparaban las melindrosas *esclavas del Santísimo* con chocolate caliente y riquísimos bizcochos de huevo o rosquillas azucaradas, con lo que premiaban el recato de las señoras de la compañía y la buena intención de suprimir obras demasiado atrevidas; otras ocasiones, las damas de aquella gazmoña sociedad les invitaban a sus casas, donde abrían sus pianos polvorientos mientras suspiraban ante la agradable presencia del primer actor, tan guapo de lejos; y dotado de aquella gentileza de la que los palurdos lugareños sin duda alguna carecían; pero también había ocasiones que el panorama se presentaba ingrato, el público no asistía y los actores tenían que contentarse con dormir en un hotel plagado de chinches y con una o dos comidas en la fonda grasienta del mercado, donde el temor de ser reconocidos les hacía llevarse algún bocado con mucha prisa.

Los teatros polvorientos, abandonados, olorosos a creolina, se abrían por dos o tres noches, y con pobre decorado e improvisada iluminación se cantaba "*La Fiesta de San Antón*", "*El pobre Balbuena*", "*Gigantes y cabezudos*" o "*La Marcha de Cádiz*" entonces venía lo peor: el empresario se hacía el perdido o pagaba sólo una parte a las primeras figuras y al resto del elenco apenas se le abonaba el boleto de regreso, alguno de los pobres cómicos que podía disponer todavía de algunos pesos compraban en alguna estación medio oscura unos jarros de atole, algunos tamales muy picantes y una docena de

birotos que repartían generosamente entre sus compañeros; luego todos regresaban trayendo consigo programas y carteles, dispuestos a contar al que quería oírlos que les había ido de maravilla, que el numeroso público estaba delirante y los había ovacionado de pie, que los llenos eran completos y el gobernador encantado les había ofrecido una cena con champagne, que a las segundas les habían llovido magníficos partidos: incluyendo por supuesto rancheros ricos enfundados en sus trajes de charro con galones de plata, dueños de haciendas que se habían salvado milagrosamente del reparto revolucionario, o de lo que aún quedaba de ellas; también se hablaba de ricos propietarios de ingenios, minas, ganados incontables, o bien muchachos provincianos profesionistas locales, solteros y vástagos de excelentes familias que se declaraban a las tiple con ramos de flores, cartitas y serenatas ¡Y a cual más suspirando por la estrella de la compañía! ofreciéndole joyas y monedas de oro a cambio de sus favores o por lo menos de una sonrisa, o la promesa de escribirse, y en cuanto a ellos, pues habían flechado jovencitas de la alta sociedad, serias, decentes, que hasta una se había desmayado en la estación cuando partían de regreso, y que les dejaban entre suspiros y en medio de gran secreto: un listón, un pañuelo, un retrato o un mechoncito de pelo; entonces ellos y ellas prometían escribirse, y hasta se carteaban por una breve temporada, hasta que la joven dejaba de contestar, pues la habían pedido, o el galán teatrero que nunca dio trazas de casarse, había terminado por olvidar a la novia provinciana por aquello de que amor de lejos, es amor de tontos, y además, porque siempre resultaba mucho mejor buscarse alguna aventurilla sin el aterrador compromiso de tener que casarse.

Sin embargo en una de aquellas giras, en que una pequeña compañía se presentó en Valle de Santiago, un pueblecito distante apenas media hora de la estación de Salamanca allá por el estado de Guanajuato, llegó la tan ansiada oportunidad para el joven artista. El tenor, un muchacho presumido y ambicioso, presintiendo el consabido fraude, exigió al organizador del espectáculo su sueldo por adelantado, y como no quisieron satisfacerle su demanda, amenazó con regresarse a México, dejando a la compañía plantada y a unas horas de dar inicio a la función.

El maestro Hermilo Povedano, autor de un hermoso vals "Ensueño Mío", declaró que la función se suspendía, ya que sin el cantante era imposible presentar la obra anunciada, entonces Daniel, reuniendo todo su coraje se ofreció como sustituto; aquella audacia que hubiera hecho reír a los pretenciosos divos del Teatro Esperanza Iris, fue recibida en tan aciagas circunstancias, con verdadero beneplácito por aquel puñado de cómicos de la legua, que lo animaron con tan conmovedora sinceridad, asegurándole que en su desplante iba cifrada la suerte y el prestigio de toda la compañía, el músico alabó la buena disposición del aspirante, pero le hizo ver que la partitura estaba erizada de dificultades, y que si se añadía la mala preparación de los músicos locales, desentrenados para leer a primera vista, nada salvaría la función del más absoluto desastre. Aquella noche se había programado *El Milagro de la Virgen* y entre bambalinas todos rogaban porque en realidad se operara un auténtico milagro, al fin, la tiple, Conchita García, consiguió que el maestro accediera a sentarse en el desafinado piano vertical, desde donde debía a la vez dirigir, el pobre viejo se instaló en su puesto a regañadientes y su miedo se volvió pánico cuando vio el teatro materialmente abarrotado. ¡Aquello si que iba a ser el fin de su carrera! Daniel mientras tanto, se maquillaba nerviosamente ante un pedazo de espejo; un temblor ingobernable como el que agita a un colegial en vísperas de exámenes lo sacudía, al grado de que en lugar de ponerse a repasar la partitura, iba y venía riendo estúpidamente estrujándose las manos, pero ante el pasmo de todos, en el preciso instante de salir a

escena, cobro un aplomo y una seguridad tan absoluta, que no solamente cumplió con el papel como un auténtico profesional, sino que la función fue un rotundo éxito; y los aplausos tributados para él, fueron tan entusiastas, que el telón debió levantarse seis veces seguidas, y al final, el público exigió, que él solo se presentara a recibir la calurosa ovación. Sus compañeros eufóricos y amistosos lo rodearon y Povedano fue el primero en reconocer honradamente su miopía, se disculpó de sus temores y auguró una exitosa carrera para el debutante. A partir del día siguiente ofreció ponerle todas las obras del repertorio, promesa que cumplió con creces. mientras tanto, el titular del puesto, que no había abandonado Valle como amenazó, celoso del triunfo de su compañero fue a reclamar su lugar, pero por voto unánime la compañía optó por que Daniel continuara interpretando las primeras partes, y el desconfiado sujeto se tuvo que regresar a México muy disgustado.

Bajo la batuta de Povedano, Daniel cantó "*Las Campanas de Carrión*", "*La Mascota*", "*El anillo de hierro*", "*La Tempestad*" y "*La Gallina Ciega*", cosechando ovaciones y vivas de un público aunque sencillo, conocedor, Conchita propuso una función de beneficio para lo que llamaba "la revelación" y Daniel cantó una inolvidable "*Alegría de la Huerta*" inolvidable y tornó a México con algunas decenas de billetes en la cartera.

Había recibido la alternativa, era ya una figura, aunque anónima y modesta. La Virgen, Valle y el milagro le habían despertado nuevos bríos, Povedano elogiaba con ahínco la musicalidad extraordinaria de su discípulo, y no cesaba de ponerle nuevas obras, sin embargo el debut en alguno de los grandes coliseos de la metrópoli aún estaba muy distante, y maestro y alumno fueron contratados para un teatrillo que se asentaba en el viejo pueblo de Tacuba. Era el Teatro Variedades en el que figuraba como empresario Don Agustín Zuani, y aunque el primer contrato cubría apenas ocho días, el joven actor se quedó por muchos meses, formando parte importantísima del elenco.

-3-

El local tenía cabida para unos cuatrocientos cincuenta espectadores diseminados entre luneta y galería. Contaba con un foro pequeño pero dotado de telares, diablitas, decorados, y media docena de camerinos tan pequeños, que obligaba a los actores a apretujarse. La estrella de la compañía era la hija de don Agustín, la señorita Matilde Zuani: más bien baja, regordeta, llevaba siempre el cabello largo y tenía las manos finas con dedos alargados, no era precisamente guapa pero en cambio poseía un ángel para triunfar plenamente y sus salidas a escena eran siempre festejadas por su público fiel, con una corta salva de aplausos; su gracia sencilla, cautivadora y femenina, hacia olvidar sus treinta años, la adornaban además: una voz pequeña aunque bien timbrada, una memoria estupenda, lo que le facilitaba aprender en un santiamén las múltiples obras de un repertorio extenso, aunque prendido con alfileres, y esa capacidad única, distintivo del verdadero artista, de trastocarse rápidamente de aldeana en cortesana, de doncella en condesa, de sentimental a alegre, que pasmaba a sus mismos compañeros de escena, habilitados para ese continuo desdoblamiento de su personalidad.

En su pequeño aunque no despreciable reinado, la señorita Zuani almacenó recuerdos, anécdotas, listones, flores, triunfos y hasta la satisfacción de actuar aunque esporádicamente con las más célebres figuras de México, incluso aquellas que habían formado los elencos donde refulgían los nombres de María Conesa o de Esperanza Iris.

No obstante, poco a poco, el humilde teatro del barrio de Tacuba, se fue convirtiendo en el último reducto, donde los abandonados de la gloria, los aplaudidos

otrora hasta el delirio, se refugiaban; cuando ya las canas y las arrugas apenas conseguían disimularse con la ayuda generosa del tinte y los afeites; entonces encontraban allí un aliciente a su inquietud nunca saciada, un aparador en que exhibir su vanidad maltrecha pero no vencida, un refugio en sus vidas casi ociosas y miserables, y es que si hay algo difícil para un actor, es saberse retirar a tiempo, entonces, la soprano se resiste por los kilos inmisericordes de carne fofa que le sobran por todas partes; y convencida de que ya no le queda ni una sombra de juventud, añora los tiempos en que era hermosa y la concurrencia solía ofrecerle flores y hasta se daba el gusto de elegir noche a noche, entre una corte de admiradores, al que caprichosamente le aceptaría después de la función, el honor de recibirle una joya, compartir una cena o hasta tener un *flirt*. Entonces llegaban tiempos mucho menos bonancibles, el público, ese monstruo voluble, se empezaba a aburrir de ella y los empresarios regateaban el pretendido sueldo, le habían aplaudido casi todo el repertorio y filas de butacas se quedaban vacías, como agujeros negros; aquellos síntomas desembocaban en las giras, que lo mismo llegaban al norte que al sureste del país, y en ocasiones hasta Centro América o Cuba, entonces regresaba cargada de programas y recuerdos, contando al por mayor éxitos y homenajes; ciertos o no: el público recordando sus glorias pasadas, regresaba curioso, agotando las localidades dos o tres fines de semana en el Arbeau o el Colon, la mayoría de las ocasiones sólo para constatar que la fulana o la zutana ya no eran las mismas; y que además la voz iba dejando mucho que desear; muy pocas veces subsistía esa madurez elegante que vuelve a una mujer entrada en años atractiva y hasta seductora, no obstante, ese asentamiento de la personalidad compañero de la menopausia, era el síntoma que pronosticaba el declive final, entonces, sólo le quedaba el último recurso, volverse característica, hacer reír, con la herramienta mas pródiga: el ridículo.

Con los actores ocurría otro tanto, cansados de rodar en los escenarios y de alternar el teatro con el alcohol, las parrandas y las mujeres, con la voz destrozada, el vientre demasiado abultado, la gallardía malparada por el transcurrir del tiempo y las desveladas, el cutis desastrado por el maquillaje, se metamorfoseaban en escena del guapo mozo por el viejo avaro, el adolescente seductor por el padre intransigente, el galán irresistible en el anciano cornudo y aceptaban esos papeles tristes, indignos, sólo por seguir en el teatro, por decir: *anoche nos ovacionaron, estoy en tal o cual compañía, el público todavía me reconoce*, y todo ello, porque no se conformaban en seguir viviendo sin la única razón de sus vidas, porque sin el pasado, es imposible saber que somos, y porque siendo el tiempo trascendido irrecuperable se contentaban con alargar el presente, aunque apenas les quedaran unas migajas de juventud, y las mujeres ya sólo fueran imágenes borrosas, los triunfos, sueños, y las pasadas alegrías se habían quedado en sólo suspiros y tristezas... y también, porque no había imán más seductor, ni crisol mas increíble, donde se pudieran fundir a la vez tantas vidas, que el teatro.

En las tablas eran príncipes y capitanes, valientes y amados, y con sólo cambiar unas ropas se convertían en duques, en ministros, aunque los fracs estuviesen verdosos y raídos y las espadas fueran de cartón, y las heroínas rendidas de amor, unas tiples gorditas, como la señorita Zuani, que apenas se quitaban las trenzas rubias y postizas de Ana de Glavari, volvían a convertirse en unas pobres mujeres, capaces todavía de seguir haciendo gorgoritos y de fingir un poco más que el resto de sus compañeras de sexo.

Al teatro Variedades llegaron sucesivamente Anita Sánchez, incapaz de cambiar la escena por la cuna de sus nietos, afianzada tenazmente a la idea de que el público la adoraba, haciéndolo reír con las astucias de sus morcillas, mucho más picantes y graciosas

que las ideadas por Arniches o por los Alvarez Quintero. Pedro Oliver: atildado y bien vestido siempre, con su inevitable clavel en la solapa, aunque la calvicie le hubiera carcomido el pelo, Ricardo Carti fortachón a sus cuarenta años, Fernando del Valle con su enorme vozarrón a pesar de su medio. siglo y su vientre descomunal, Gil Mondragón fiel copia mexicana de Caruso, David Martínez el barítono de las noches de gala, decrépito, acabado, y sin embargo tan actor, tan arrogante en escena, tan dueño de su oficio que aún cosechaba vivas, y entre todos ellos, destacando por su pasión a la farándula, por su snobismo genial, Francisco Pando, viejo, renqueando una pierna, sin voz y sin apostura, pero insustituible para los papeles de abate, de marino viejo, de almirante en un principado de opereta o de coronel retirado; Pando era además un director escénico con mucho más talento e imaginación de la que pudiera envanecerse cualquier muchacho pretencioso de nuestros días, ostentando además su título de doctor de la Facultad de Filosofía y Letras, y su membresía en la Unión Nacional de Autores; fumaba puro, usaba bastón y vestía por costumbre o por pobreza traje negro, habitaba en el barrio, y por las mañanas, cuando el teatro le dejaba el tiempo libre de ensayos, atendía una pequeña miscelánea para ayudarse a sobrevivir.

Así es el arte con sus elegidos: cruel y maravilloso, avaro y esplendido.

Mas no eran solamente ancianos los del elenco del Variedades, la jovencita que ambicionaba llegar a tiple, encontraba entre aquellos lobos dormidos algún eco a sus aspiraciones, y con tal de que no se metiera con la estrella, debutaba; otro tanto la tiple que no tenía contrato y aceptaba el modestísimo salario que don Agustín podía abonarle, la vedette sin suerte, la dama joven sin juventud, o la primera actriz boicoteada, hallaban un pedazo de pan y unas candilejas; en el modesto teatro de barriada, donde ni empresario ni público eran demasiado exigentes,

López el buen apuntador salvaba a los olvidadizos o desmemoriados o a quienes hacían por vez primera un papel, y el maestro Fernández, calvo, miope, medio encorvado por haberse pasado una vida sentado en el piano, conjuntaba por la tarde las obras que iban en la noche. Pobre maestro Fernández, era un obrero de la música: incansable, estoico, mal alimentado y peor vestido, único sostén de una familia numerosa, culminaba su diaria labor en el teatro, tocando hasta el amanecer en un destartalado cabaret del barrio; a veces, cuando apuraba algunas copas, solía evadir compases enteros de la mano izquierda, pero en cambio, revestido de franciscana paciencia, seguía a los cantantes que no sabían solfear y repetía sin disgustarse un pasaje, lo mismo tres que veinte veces; cuando recuerdo las teclas amarillas de un piano, lo asocio inmediatamente con el que debió haber sido el instrumento del Variedades, y los dedos de Pancho Fernández, se me aparecen: diestros, seguros, infatigables. Nunca se enfermó, ni faltó, ni dijo estoy de mal humor o no toco, salvó cientos de situaciones difíciles, y a veces con su pobre piano, o con una orquesta miserable constituida por tres o cuatro músicos borrachines, medio dormidos, desaseados y con trazas de nunca rasurarse, le dio brillo a Chapi, a Bretón, a Arrieta, como lo habrían conseguido los directores que con las manos cuajadas de anillos de brillantes dirigían en los coliseos de Madrid, de Barcelona, o de Buenos Aires. ¡Y decir que él nunca salió de aquel teatracho mediocre!

Los sábados, la primera función acogía siempre a la comedia: *“Manelik”*, *“Amores y Amoríos”* *“Puebla de las mujeres”* *“Tierra Baja”* *“Juan José”*, *“La Malquerida”* o *“La*

*dama del alba*” fueron títulos del extenso repertorio del Variedades, obras de Echegaray o Joaquín Dicenta para gente a la que le agradaban los finales tiernos, aunque no exentos de dramatismo; público bonachón, que gustaba de dormir temprano después de apurar un buen tazón de café con leche con churros; pero en la segunda función, que empezaba a las nueve y media de la noche, se hacía el milagro, y no era sólo por la obra que se presentaba, cuyo prodigio, hubiese aumentado nuestro asombro, sino además porque un público ansioso, que previamente había hecho una larga fila en las taquillas, entraba para acomodarse en sus localidades, mucho antes de la primera llamada. Eran obreros enchamarrados, mujeres con delantal, habitantes del vecindario aledaño, que salían de las calles del pueblo de Tacuba, con nombres de lagos y de mares; familias vestidas con moderado decoro, aunque el traje del señor luciera un poco pasado de moda y al vestido de ella se le notara algún arreglo para modernizarlo; sin embargo, el entusiasmo de aquellos espectadores indulgentes, alentaba a músicos y cantantes, y con respetuosa puntualidad se levantaba el telón, y una vez concluido el preludio de la orquesta, en que el piano de Fernández, el violín del ciego y algún clarinete o una batería ejecutados con sonoro brío, arrancaba el primer aplauso. ¡Y ya estaba! las tablas del escenario, no muy limpias por cierto, eran las arenas de las playas de Volendan, Holanda, hasta cuyas costas, averiado, y a punto de zozobrar, había naufragado un yot inglés que capitaneaba un príncipe heredero: valeroso, noble y guapo. Las aldeanas se habían enamorado de los apuestos marineros, y la más hermosa de todas ellas, Margarita, del apuesto capitán a quién había servido de enfermera, curándole sus heridas; pero he aquí, el drama empezaba cuando Romo, el muchacho lugareño, rústico, pero bondadoso, que no sabía como expresar su amor por Margarita, rendido entre los celos y humillación, vacilaba en confesarle su cariño; la muchacha superficial y coqueta como la casi mayoría de las mujeres, mostraba su predilección por el príncipe y se burlaba cruelmente del pobre aldeano, Romo melancólico y sentimental, sencillo hasta la simpleza, terminaba por solicitar ayuda de su rival más afortunado; y el marino, que como casi todos los bendecidos por la fortuna, era un hombre generoso, decide ayudarlo cantando para la muchacha que desvela a su protegido una hermosa serenata y escribiéndole además una apasionada carta, que Romo deberá entregarle para consumir así su más ferviente anhelo: declararse. Una vez que el marino cumple su deber de amigo deja a Romo, quién tiembla como han temblado todos los enamorados de todo el mundo frente a la mujer amada, y cuando ella le pregunta por el autor de aquella apasionada misiva, Romo cobarde y sin carácter le miente, diciéndole que es del príncipe quién le declara así su ideal de amor. La orquesta subrayaba, con la melodía dulzona de la inspiración del compositor, el fecundo don Pablo de Luna, aquella tragedia cuya ingenuidad rozaba con sus alas de candorosa juventud todos los corazones; y cada joven era Margarita, y cada muchacho anhelaba identificarse con el capitán, aunque apenas se quedara en el desdeñado Romo. Y los espectadores, engañados hasta el fin, con el extraordinario fingimiento del arte, participaban de las angustias del pobre aldeano, un poco cómico para parecer menos trágico; y murmuraban y se secreteaban, y en más de algunos ojos se iluminaba un brillo sospechoso, y en más de un pecho femenino se ahogaba un suspiro delator, porque la sociedad con su corteza dura, no nos concede el lujo de ser sentimentales; y todos tenemos demasiado miedo al ridículo.

Los actores a su vez, emotivos, sensibleros, se entregaban a sus papeles con esa mística devoción del verdadero artista, la señorita Zuani que era Margarita, ya no era la tiple gorda y frustrada con sus treinta años de soltería, era la niña caprichosa y enamorada, impecable entre su atuendo: gorro, zuecos a la usanza de Holanda, vestido de olandes y

delantal de encaje. El decorado que representaba un mar azul al fondo, y una playa con los molinos de viento y la taberna de Romo el cervecero al lado, eran el marco, para que ella cantara al público, con su voz pequeña, las frases ardientes de la epístola; y su trenza rubia, postiza, cayéndole al lado, sobre el seno, la volvían increíblemente femenina y dulce; para entonces, el público y ella se habían olvidado ya de su cintura demasiado ancha a pesar de la presión de la faja, de su estatura elevada a fuerzas con los elevados tacones de los zuecos, y allí a la mitad de la escena, entre las luces de las diabras, era auténtica; Romo también era real, la bis cómica de Paco Astol, sabía secar las lágrimas que motivaba su papel de muchacho desvalido y despreciado, así, el chiste sano y la morcilla oportuna atenuaban la peor desgracia que puede ocurrirle a un enamorado, tal vez el mismo trataba de divertirse y de divertir para no llorar, porque en nuestras vidas siempre ha habido una Margarita, una chica locuela y adorable que se ha reído de nosotros y, el fantasma del amor imposible, nos habrá de pesar implacable por sobre todos los amores conseguidos, las voluptuosidades logradas, y hasta los hartazgos... porque sin duda seguramente cambiaríamos nuestra vida plena de pasiones saciadas, por un minuto de ese amor, que el destino no quiso concedernos.

Y ese sentimiento, blanco como el plumaje de un cisne, encantador como un cuento de hadas, idealizado, incorruptible, afán que no se logra asir, porque es cual un perfume: que hay que buscarlo en lo más profundo del alma, es, a despecho de ese cinismo que nos acidita los años, lo único sinceramente puro y sagrado de nuestras vidas.

Daniel hacía lo suyo: con cuanta gallardía portaba el impecable uniforme blanco de marino, las charreteras doradas lanzaban destellos iluminadas por el seguidor, la espada al cinto llevada con bizarro aplomo hacía resplandecer su juvenil figura con esa marcialidad que enloquece a las mujeres, que aparentemente débiles suenan con el amante invencible que las proteja; y al quitarse los guantes o la gorra, lo hacía con tal elegancia, como si toda su vida los hubiera usado; y él, en lugar de ser aquel actor oscuro, apagado, fuera en verdad el heredero de un imperio, almirante de una flota, o comandante de un barco... de un barco cuya efigie de cartón desfilaría en el siguiente cuadro, dejando a la heroína con su honor intacto pero con los sueños rotos, cumpliendo así el valiente marino su compromiso de hombre de honor que rehúsa la pasión por la amistad, y que noble de estirpe y de alma, no se atreve a despojar al pobre aldeano, de lo único que pretende tener en la vida; aunque a fin de cuentas, el príncipe, a quien sobrarán seguramente las mujeres puede darse el lujo de la generosidad. Daniel, volvió a entonar los versos de una de las más bellas serenatas para decirse al pie de una ventana, pretendiendo cautivar los oídos femeninos, y reiterar así que el hombre nacido de mujer, tiene un destino ineludible que es: adorarla, y que una sola palabra de ella, es en un momento, mucho más importante que todos los millones de vocablos, de signos, de notas, que el varón haya podido acumular para el arte, la ciencia, o todo cuanto inventa para distraerse de su imperio, para huir de su influjo malhechor y sublime, tiránico y dulce, enajenante y voluntarioso, el único reinado imperecedero, la suprema batalla ganada por los siglos: el reino invicto del sexo y del amor, y Daniel repitió a los pies del balcón de Margarita, la estrofa del poeta Pascual Frutos, que era también despedida y adiós eterno.

*“Mis ojos al ver los tuyos,  
cegaron con sus reflejos,  
no veo, mas si te miro a los ojos  
veo el cielo....  
¿Qué tienes en la mirada,*

*niña de los ojos bellos?,  
que tienes, en la mirada,  
que levantas ese fuego... ¡De amor!*

Entonces, al lado de la exaltación del drama teatral, unos ojos ardientes, como carbones encendidos por el ansia de una pasión se posaron en él, y unos labios le sonrieron, y le besaron en silencio; y una garganta de mujer, le gritó ¡Bravo! entre el azoro y la vista del público que la rodeaba; y unas manos aplaudieron con impetuosidad, y Daniel dio las gracias, se quitó la gorra e hizo una reverencia, en la que rendía conmovido toda su gratitud a su benévola audiencia, que premiaba su trabajo suministrándole el pan del cuerpo y del alma, entonces ella, la del desbordado entusiasmo, desde la cuarta fila donde se instalaba, se quitó una rosa roja que llevaba prendida a los cabellos y la arrojó a los pies del cantor, quién se inclinó inmediatamente a recogerla; el público alentado por el gesto de la joven aplaudió una y otra vez y la orquesta se vio obligada a ejecutar alguna diana; y sus ojos se encontraron, y Daniel supo que la verdadera Margarita, no estaba allí, entre bambalinas, esperando que él iniciara el mutis definitivo, para hacer su escena final con llanto y desesperación por la huida del marino, la auténtica heroína estaba allí, frente a él, sonriéndole, diciendo, que aquella flor era ella, y que se le entregaba por entero. Y Daniel se asombró, porque la flor era hermosa y luego, tal si saliera de un letargo, se acordó, de que ocupado en realizar sus sueños, aferrado a su ideal de convertirse en actor, apenas se había acordado de amar.

Luego, la orquesta atacó el último motivo. El capitán a bordo del barco de cartón canta la última estrofa de la carta, mientras Margarita impotente, mirándole partir, llora inconsolable, Romo trata inútilmente de alentarla, él, que conoce los rigores del desamor le dice que *“nuestras vidas son como los Molinos de Viento”*

*“yo he pasado la vida en un sueño,  
y mi sueño me hablaba de amor,  
y ese amor fue una imagen divina,  
y la imagen tu forma tomó...”*

Daniel pensaba que el amor es una realización en la vida, acaso más importante que ser actor; y una inquietud devoradora empezó a inquietarle ,preguntándose por la dueña de aquellos ojos, del cabello que alojó aquella flor esplendida... pero la señorita Zuani lo sacó de sus cavilaciones, tomándole de la mano para que juntos salieran a recibir la ovación final, y mientras su admiradora volvía a volcar su entusiasmo en un nutrido aplauso, él se llevó la flor a los labios, dejando en su pétalos su primer beso de amor.

-5-

Se acostumbró a verla en su butaca de la cuarta fila todos los sábados, con una puntualidad que envidiarían cientos de impacientes enamorados, pues apenas daban la primera llamada la joven se aparecía, a veces, acompañada de quien debía ser su madre, otras supuestamente, de alguna amiga.

Daniel se asomaba por un hoyo muy bien disfrazado del telón, y regresaba emocionado al pequeño camerino para terminar de vestirse.

Si durante la semana el público solía escasear, el sábado en cambio, era un lleno seguro, pero el artista ya no actuaba para aquel público entusiasta, que a final de cuentas siempre premiaba generosamente sus actuaciones con un aplauso caluroso, sino para aquella suave criatura, que tímida y asombrada, paseaba sus ojos sobre el escenario,

aguardando como él, en una apoteosis de lirismo, entonaba una romanza, o en un apasionado dúo, culminaba un romance, que concluía en un juramento de amor imperecedero.

En ocasiones la señorita Zuani, se ponía demasiado tierna en las escenas amorosas, y ambos se tomaban las manos cariñosamente, para susurrarse las frases ardientes, en tanto que Fernández, se esforzaba por meterlos a esa horma ortodoxa de todos los músicos que es el compás, sin exceso de calderones; entonces, la oyente se quedaba seria, encogida, como avergonzada de presenciar, que el objeto de sus ansias, le decía frases dulces a otra mujer, aunque solo fuera dentro del convencionalismo teatral, y ella, como todas las mujeres realmente enamoradas, deseaba a su amado, con ese egoísmo absorbente que no transige ni hace concesiones.

Y en verdad sólo en contadas ocasiones la joven aplaudió algún dueto, en cambio, cuando Daniel cantaba solo, lo devoraba con los ojos, que se le desparramaban en una poética ternura.

Una noche en que se presentaba "La Dolorosa" Daniel la había visto llegar y se había quedado detenido mirándola un buen rato por el hoyuelo del telón era una noche friolenta, y ella llevaba los cabellos bajo un pañuelo que se había anudado en el cuello, portaba un trajecito de dos piezas que le daba un aire añorado, por más que blusa y falda señalaran indiscretos el brioso empuje de las redondeces que despuntaban, Daniel se entusiasmó con su porte realzado por los tacones altos de sus zapatillas de charol negro. David Martínez, ya enfundado en su habito de monje cartujo con largas barbas postizas, escapulario, sandalias y rosario, se acercó para sacarlo de aquella meditación de los ojos:

-¡Tienes suerte chamaco! -concedió el viejo actor- Yo también a tu edad hice lo mismo, pero el amor en serio y el teatro no se llevan...

Y se alejó suspirando pues la orquesta ya iniciaba el prelude. Se apagaron las luces de la sala; y se encendieron las de la escena para dar la ilusión de un día soleado. La representación empezaba. Daniel recitó sus parlamentos emotivo y apasionado, había deseado tantas veces hacer ese papel, que ponía una vehemencia singular en la tragedia del novicio que ha ido a refugiarse a punto de la desesperación, en un convento, en cuya austeridad y aislamiento, pretende olvidar a la novia que le ha dejado plantado por irse con otro; y cuyo rostro, que no se aparta un instante de su pensamiento, plasma en sus lienzos de pintor religioso, con el sacrílego agravante de retratarlo en la mística imagen de la Virgen Dolorosa; semejante atrevimiento causa el escándalo del Padre Lucas que lo califica de herejía, pero el Prior (David Martínez) mucho más humano y tolerante, intuyendo aquel amor indomable al rezo y al cilicio, acoge paternalmente las explicaciones del joven aspirante, que en aquella bellísima aria "*La roca fría del calvario*" desborda ese patetismo lírico que mezcla ¡Oh alquimia prodigiosa! un exaltado fervor religioso, con el más apasionado amor que un hombre pueda tributarle a una mujer veleidosa, aunque esta le haya traicionado; y Daniel supo ponerle a su interpretación aquella dulce emotividad que consagró al gran tenor español Emilio Vendrell, quien bordaba estupendamente el rol de aquel enamorado del amor y de la mujer, con aspiraciones a santo; sólo que el gran interprete recorría triunfante los grandes coliseos de España y Daniel recreaba la inspirada música de Serrano en un humilde teatro de pueblo; pero el amor hace milagros, y él, que empezaba a conocerlo y a intuir su fuerza arrolladora, se acercó hasta la boca misma del escenario; y dirigiéndose a la menuda figura, mirándola, bebiéndola, evocándola cuando parecía entornar o cerrar los ojos, consiguió impregnar a su voz aquel matiz de angustia, aquel clamor por la mujer amada, desesperado y aniquilante. ¡Y el público de las

chamarras, de los ensombrerados de petate, de las mujeres con delantal, respondió entusiasmado; y levantándose algunos de sus asientos, conmovidos, electrizados, pidieron la repetición del número en la que el autor y los intérpretes parecían darse la mano, para homenajear a la Virgen en la mujer! ¡Y España volvió a ser! ¡La España agarena de los místicos, de los amores de leyenda, de las pasiones que sólo concluyen con la muerte, la España de los Califas y de los Felipes, de los buscadores de visiones, de los milagros, de los músicos inspirados, de los teatros!

Un día, la oveja descarriada (Matilde Zuani), abandonada por su amante, llegó al convento, fatigada y llorosa, a pedir protección con un tierno hijo en los brazos.

Su presencia conmociona al joven novicio a tal grado, que al bajar el telón en el último acto, decide dejar el convento y ser el padre del hijo de su odiado rival.

La Dolorosa tiene un final feliz, y el público que participaba de esa alegría, subió al escenario para felicitar a los artistas.

Daniel la vio llegar y se adelantó a encontrarla trémulo de emoción, agitado por aquella ansia de verla, de tener unos instantes su mano entre las suyas, ella se la tendió alegremente y con los ojos brillantes; y al actor le pareció que la dueña de aquella franca sonrisa, rociaba alegría, como un arroyo que va esparciendo agua para dar vida y frescor a los prados.

-Me llamo Inés -declaró ella- Inés Landero. ¡Canta usted muy bonito, pero nunca lo había escuchado como esta noche! Mi madre también desea saludarlo.

-Señorita . . . señora respondió Daniel- son ustedes verdaderamente muy amables.

-A mamá le gusta mucho la música -admitió Inés como avergonzada de sus palabras.

-Antes veníamos muy de vez en cuando -terció la dama- pero ahora que han traído una buena figura como usted. . .

-¡Yo no merezco ningún elogio señora! -reconoció Daniel- ¡Todavía estoy muy verde, apenas soy un principiante!

-Nada de eso -insistió tercamente- aunque pobres, también hemos escuchado, a los artistas del Teatro Hidalgo, esos que se anuncian con letras enormes y que deben ser muy pretenciosos.

-Mi madre era muy aficionada al teatro. -recordó Daniel y yo heredé su gusto. . .

-¿Era? —Repitió Inés y a Daniel le pareció que se apagaba la alegría en sus ojos.

-Murió antes de que yo debutara, bueno, haciendo como hoy un primer papel, porque yo comencé como muchos, en los coros. . .

Se miraron. Daniel pudo ver a sus anchas aquellos ojos húmedos, donde residía esa pertinaz ensoñación abierta a un infinito indescifrable.

-Quisiera tener un autógrafo suyo. . . -solicitó tímidamente la joven.

-En mi camerino encontraremos una pluma -respondió Daniel.

La señora prefirió aguardar, observando como desclavaban los decorados.

Daniel llevó a Inés hasta su modesto camerino.

-¿Aquí es donde se viste? -Interrogó la muchacha paseando con asombro la mirada.

-Aquí es en donde suelo pensar en usted. -respondió él con sencillez.

-¿En mí? ¿Y por que habría de ser en mí? -Preguntó ella nerviosa.

-Porque. . . porque es usted muy linda -declaró el artista.

Ella arqueó las cejas.

-¿Sólo por eso? Dijo con un matiz de ironía.

-Cuando yo la veo instalada en su butaca, canto para usted. ¡Y la voz me brota

demasiado fácil!

-Bueno, entonces, eso quiere decir que nunca debo faltar, para que usted reciba muchos aplausos. -Y se quedó mirando una fotografía pegada al espejo- ¡Qué bien salió aquí!

-Mejor de lo que soy -admitió Daniel y la despegó, puso en ella una dedicatoria y se la alargó agregando ¡Para usted!

-¿Para mí? -Interrogó incrédula y halagada ¡Yo no esperaba tanto! Me habría conformado sólo con la firma, y además usted puede necesitar la foto para los anuncios.

-No importa. Conseguiré otra.

-¡Y yo tendré que esconderla! -dijo riendo- ¡De mi madre!

Aquella última frase, dicha con ingenua dulzura, le dio ánimos para pedirle:

-Me gustaría tanto volver a verla.

-A mí también me gustaría volver a hablar con usted... pero es artista.

-¿Y qué?

-Los artistas tienen una fama... A veces observo que a usted y a su compañera, les sale todo muy espontáneo... ¡Como si fuera real!

-¡Es el teatro! -confesó Daniel, mirándola fijamente a los ojos.

-Ya me voy...

-Entonces...

-Trabajo en una tlapalería. No se si la conozca, se llama "La Linterna" todo mundo sabe donde es, bueno, los que viven en Tacuba... salgo a las siete de la noche, pero preferiría que me esperara en la esquina, el patrón...

-Iré a buscarla el lunes que no hay función.

-Sea. Nos veremos el lunes.

La vio alejarse con su madre. Por primera vez se sintió realmente dichoso. tenía todo, éxito, amor y hasta un poco de dinero. Se acordó que a la vuelta del teatro vendían unos caldos de pollo bien calientes. Empezó a cambiarse rápidamente. David Martínez le tocó la puerta.

-La semana próxima va la "Marina", ahora si que te las vas a ver negras.

-No importa don David, si usted me ayuda; y el maestro Povedano me repasa la obra en su casa. Venga a tomar un caldo conmigo.

-¡Te salió muy bien la romanza! -Admitió convencido el viejo cómico.

-Si usted lo dice don David...

Salieron del teatro. Anduvieron unos pasos. Daniel sintió frío y se levantó las solapas del saco.

En el centro de Tacuba se había instalado una carpa.

-¿Cómo les habrá ido a estos? -Preguntó Martínez mirando gotear las lonas pues había llovido mucho.

-¡Quién sabe don David! La última tanda es casi siempre cerca de la una de la mañana.

En la puerta, aterido de frío, un muchacho mal vestido arropado con una playera desteñida y un sueter raído se paseaba a la caza de algún desvelado, llevaba un manojo de boletos en una mano y miraba continuamente para ambos lados, como si esperara ansiosamente a alguien. Se llamaba Mario Moreno. ¡Qué lejos estaba aún de su destino! ¡Ah, si pudiéramos adivinar el futuro!

Llegó bien vestida, de acuerdo a su condición de empleada humilde. Se había recogido los cabellos hacia un lado, con una gracia que la hacía resaltar la ternura alojada en su rostro, luciendo como una muchacha de media clase que puede permitirse el gasto de arreglarse con un peinador profesional, aunque fijándose mejor, algunos detalles acusaban que ella misma se había fabricado aquel peinado, con una buena dosis de imaginación, o siguiendo lo más minuciosamente posible, los modelos de alguna revista. Los zapatos muy bien lustrados disimulaban hábilmente el desgaste, las medias estiradas eran el estuche de unos muslos magníficos, mientras que un reloj diminuto, rodeaba su muñeca, poniendo una nota fina en su bien torneado brazo. Su maquillaje lucía discreto, apenas algunas líneas en los ojos y un poco de carmín en la boca. Un cierto aire lánguido, tal si estuviese perpetuamente inmersa en un mundo de ensueños, parecía presidir una boca que nunca dejaba de sonreír.

Daniel se estremeció de gozo al verla venir, con su aire de inocencia tan distinta de la audaz coquetería dominante en las mujeres del ambiente alegre y desprejuiciado del teatro, en el que abundaban las aventurillas intrascendentes, y donde el hecho mismo de mirar continuamente medio desnudas o cambiándose de traje a las féminas de la farándula, le había ido develando ese dulce misterio que reside en toda mujer; aunque, justo era reconocer que el muchacho había conservado innata, esa capacidad de entusiasmo y asombro frente a los dieciocho años de una chica seria cuya conquista no implicaba únicamente la consumación del abrazo carnal, sino la máxima realización humana: la alegría de ser amado y la dicha infinita de poder amar. . .

Al encontrarse se dieron la manos, felices, agradecidos uno con el otro, de que ninguno hubiese faltado a la cita; y empezaron a conversar, tal si una vieja amistad los hubiera ligado desde siempre, si bien el actor, temeroso de propasarse una pulgada, apenas la tomaba levemente del brazo.

-Debo regresar a casa a las nueve en punto -advirtió Inés, y luego dichosa ante una risueña perspectiva añadió: Tenemos dos horas para disfrutar.

¡Y qué largas sonaron, más que cortas se hicieron! sólo porque el tiempo de la dicha suele correr muy de prisa, mientras que las horas de amargura o de soledad siempre van muy lentas.

Daniel la hizo sentar frente a la mesa del modesto café de chinos, donde el cantonés le saludaba amablemente, soltándole un *¡Hola artista!* que ponía en guardia a toda la clientela, acerca del oficio del recién llegado. Allí, entre los olores del pan de sal recién horneado, y del café con leche, el actor se enteró de que la joven, era la segunda hija de un electricista que los había abandonado por seguir a otra mujer; y de que su madre, aquella señora que él conocía, se había tenido que convertir en el único sostén de la prole, incluyendo dos hermanos más pequeños y uno mayor, quienes vivían de los modestos alquileres de algunas habitaciones en la casa de un solo piso, que les había dejado el padre, el precario salario de Inés que solía entregar íntegro a su madre; y alguna ayuda que la señora conseguía lavando ajeno, cuando lo permitía su salud muy quebrantada..

Daniel a su vez acostumbrado a una vida modesta, la escuchaba atento, dibujando en su imaginación aquellas existencias que apenas diferirían un poco de su propia vida, aunque el contaba con el aliciente de la música, del teatro, y del aplauso, que eran como el

opio del sueño que se consumaba a plenitud apenas se descorría el telón, a ella en cambio, seguramente no le habría de quedar más que la rutina de su trabajo monótono entre las polvorientas y olorosas mercancías, que despacharía detrás de un mostrador; aunque parecía, no darse cabal cuenta de ello; y cuando hablaba de sus hermanos pequeños, de la alegría con que estos la recibían cuando les compraba juguetes o ropa en la época navideña, con los dineros de la gratificación que el comerciante enternecido por la docilidad de la muchacha le entregaba, el contento, contagiado por la infantil algazara la conmovía, al grado de preferirlo al inocente placer de comprarse un vestido o un frasco de perfume.

Daniel empezó a admirarla desde entonces, aquel desinterés, aquel sacrificarse por los suyos, ¿No invocaba los mismos sentimientos con que su madre había endulzado las miserias de sus años difíciles? entonces la sincera confesión de Inés le hizo comprender que sólo amando nos liberamos de la despótica esclavitud del egoísmo consagrando en el amor puro, que no aspira a la recompensa, la más elevada razón del porque vivir, y admiró la grandeza de aquella alma encerrada en el gracioso cuerpo de la mujercita que despuntaba.

-7-

Nueve campanadas sonaron en el reloj del café y la pareja lo abandonó Daniel quiso retenerla unos momentos mas, relatándole sus comienzos en el teatro en las primeras giras; y tal si tuviera prisa por decírselo todo, empezó a hablarle de sus compañeros, del estreno del viernes, de los ensayos, de las obras, de los autores, mientras ella aunque nerviosa, lo escuchaba complacida, halagada su vanidad de ser amiga de un artista.

Al fin llegaron a una calle poco iluminada.

-Allí vivo, a una cuadra señaló sin ocultarle el pesar de la separación Pero le ruego que no se moleste más y me deje aquí

Daniel preguntó con timidez: -¿Volveremos a vernos pronto?

-No se -respondió evasiva- Si yo fuera la señorita Zuani...

Daniel la tomó por el brazo y mirándola a los ojos, declaró:

-Yo la amo a usted.

Ella le estrechó brevemente la mano, le dio un beso rápido en la mejilla y con voz apenas perceptible susurró:

-Y yo también a ti... -Y partió presurosa.

-Entonces, mañana a la misma hora -propuso el actor.

Ella asintió, y se fue hundiendo en el oscuro silencio de la noche.

Daniel regresó a la plaza. Los últimos tranvías iluminados y vacíos caminaban pesadamente moviéndose como monstruos antediluvianos, chirriando sus ruedas de acero sobre los rieles brillantes, se puso a esperar un tren que lo acercara a su casa. Anhelaba saborear a solas sus sueños de gloria y de amor.

¡Ah! ¡Volver a reconstruir el matiz de los reencuentros, la sinceridad de las sonrisas, el deleite de aquellos abandonos inocentes, la timidez, casi miedosa de los apretones de manos! ¡Volver a mirarse en el pasado, y a recrearse en el descubrimiento del primer amor! ¡Poblar la imaginación con las imágenes, de una misma imagen, de la misma mujer! Mirarla llegar, siempre puntual, sonriente, dispuesta, y ofrecer su boca o su mejilla, donde Daniel depositaba un beso corto; recibir el cumplido por el vestido que lucía, a costa de escamotear unas monedas que la muchacha reunía para regalarle el tesoro de su juventud engalanada sólo para él, y luego, avanzar juntos los dos, entre la noche disfrazada de violeta, buscando el amparo frío de la banca de un parque, procurando como todos los enamorados, el aislamiento y la intimidad.

Otras veces una noche friolenta o lluviosa, les conminaba a calentar el estómago dentro del protector gabinetito del café de chinos, y hubo muchas más, en que Inés acudía al teatro y presenciaba los ensayos de la modesta compañía, Daniel la veía llegar, adivinándola casi, entre la sala oscura; ella lo saludaba agitando los brazos y se quedaba allí, muda, rumiando su decepción al descubrir en los actores, sin más luz que la de un foco que pendía del centro del escenario, sus arrugas y sus canas; entonces en mangas de camisa, repetían los pasajes de las obras, descuidados, diciendo los parlamentos sin matiz, mientras la voz tronante del director de escena, Francisco Pando, con su inevitable ceceo, daba las últimas instrucciones a las cuatro muchachas del coro, que sin los atuendos de princesas, aldeanas o gitanas, se veían escurridas y lacias. En ocasiones su parloteo incesante exasperaba al buen Pando que prorrumplía en un grito, exigiendo silencio.

Inés gustaba más presenciar los ensayos musicales, donde el maestro Povedano insistía en la repetición de algún pasaje, con la consabida amenaza de que *no nos vamos hasta que salga bien, aunque nos tengamos que quedar toda la noche*. Algunas ocasiones Daniel se iba a sentar al lado de su novia, cuando se ensayaba una obra en la que no tomaba parte, entonces ella empezaba a formularle preguntas y él galanteador y comedido, le daba, con visible agrado, explicaciones sobre el argumento, el autor o el desenlace, ella solía emocionarse o enternecerse al grado de que los finales más felices le humedecían los ojos. Una vez, mientras el cantante tarareaba algún pasaje de *“Las Musas del País”* sintió los cabellos de Inés tan cerca de sus labios, que después de aspirar su perfume, le imprimió su primer beso de hombre realmente apasionado, la joven enrojeció; y él quién se desvivía por acariciarla, buscando ansiosamente su nuca, repitió el beso, Inés entrecerró los ojos y le apretó fuertemente la mano, pero no hizo ningún movimiento para sustraerse a la quemante caricia que debió abrasarle todo el cuerpo.

Cuando abandonaron el teatro, la muchacha empezó a ponerse de pronto triste, en el café apenas mordisqueó un pedazo de pan; aquella melancolía que rozaba el abatimiento inquietó a Daniel, ¿Qué pasaba? ¿Acaso ya no lo quería? ¿La había ofendido una simple caricia? si así era, estaba decidido a no volver a tocarla, entonces ella le tendió la mano para indicarle, que el beso más bien la había halagado, haciéndola sentir deseada, intuyendo con esa perspicacia implícita en su sexo, que atraía a Daniel más que todas las tiples ajadas del teatro, que sin el maquillaje y la luz de los reflectores ostentaban sus rostros pálidos y sus cabellos teñidos. Un día -le aseguró Daniel- serían uno del otro con todas las de la ley, y él obtendría el derecho irrevocable de besar a su esposa todas las veces que quisiera.

-¿Te casarías conmigo? - Preguntó ella, entre gozosa y alborotada.

-¡Lo estoy deseando! Aseguró el artista y preguntó: ¿Y tú?

-¡Yo también Daniel! respondió ella con aplomo; y luego añadió tristemente- ¡Si pudiera!

El muchacho se inquietó por la respuesta, que repitió en tono de pregunta -¿Si pudieras? entonces ella con el inevitable sentido práctico de las mujeres se explicó:

-Tú sabes que de hecho soy la mayor de mis hermanos, pues el que me sigue estudia, y en lugar de ayudarnos, tenemos que proporcionarle lo que necesita: libros, alimento, ropa, calzado. Y un poco de dinero para sus pasajes, en cuanto a los más pequeños, no podría casarme ahora y abandonarlos. Tengo que seguir trabajado hasta que crezcan y puedan valerse por si mismos.

Tan claras razones enturbiaron de momento el entusiasmo de Daniel que al instante declaró convencido:

-¡Esperaremos! Yo mientras tanto procuraré ganar y ahorrar dinero, haciendo otra cosa, el teatro es muy bonito, y es lo que anhelé hacer toda la vida, pero apenas nos daría para irla pasando, así que procuraré conseguirme un empleo y aspirar a un ingreso más elevado, total, en el Variedades puedo trabajar los fines de semana solamente. De este modo podré ayudarte y casarnos....

-No quiero que dejes el teatro por mí, me has dicho cuanto has luchado por conseguir llegar a ser artista, y si renunciaras a tu vocación, cuando te pasara todo este entusiasmo, llegarías incluso a odiarme. .

-¿A odiarte? ¿Pero que tontería estás diciendo? Si, es verdad, que quiero mucho al teatro, y cuando tenga más repertorio intentaré trabajar en la ciudad, o me acomodaré en una buena compañía, con el dinero ahorrado de dos o tres buenas giras, compraremos muebles y conseguiremos alguna vivienda.

-¿Y los míos? -Insistió Inés.

- Vendrán con nosotros -respondió él resuelto.

Inés le envió una sonrisa triste, demasiado sabía ella cuanto cuesta el sostenimiento de una familia.

-Daniel -agregó- no soñemos. Tu generosa intención me obliga a confesarte una pena: mi madre está enferma. Durante los últimos meses, cansada de ver que en la beneficencia apenas le recetaban algún calmante, decidí llevarla con un buen medico, quién diagnosticó que necesita una operación Es algo urgente ¿Comprendes? En ello va su vida... pero en casa no hay demasiadas cosas que vender; y aun deshaciéndonos de todo, no podríamos pagar lo que cuesta el cirujano y el hospital, así que no me ha quedado otra salida que hablar con el señor, Angel mi patrón. Es un hombre tan bueno, tan comprensivo, tan humano, que al instante me ha ofrecido prestarme el dinero que necesitamos, Así que tendré que quedarme a trabajar en la tlapalería un buen tiempo para pagar la deuda con mi trabajo.

-Pero tú nunca me habías dicho...

-¿Y para que iba a mortificarte con mis problemas? todo se reducirá a dejarnos de ver algunos días, en que yo no podré separarme de mi madre, mientras ella se restablece. Tú mientras tanto pensarás en mí y no te pondrás demasiado tierno con tus compañeras Cuando pueda volver a verte, pues ni a la tlapalería podré acudir, te mandaré recado con el chico de la portera.

A Daniel le pareció insoportable la idea de dejar de verla, por más que solamente se tratara de algunos días.

- ¿Y no podrás venir al teatro, al menos alguna vez?

-No estaría bien que dejara a mi madre en cama, por venir a divertirme, aunque también para mí va a ser muy duro. Pero ámate, todavía faltan algunos días. Hice mal en anticipártelo, hubiera sido mejor dejarlo para última hora.

-No, ha sido mejor así, para estar prevenido.

-Entonces disfrutemos esta semana, que todavía podremos vernos como siempre.

Se volvió a mirarla: fresca, linda, sincera, y pensó que la esperanza vale mucho más que la posesión misma. Fue a llevarla a su casa, esta vez hasta el umbral de su puerta, ella abrió y luego se quedó unos momentos con la hoja entreabierta, mirando como se alejaba.

Daniel iniciando el regreso a su casa, se había comportado comprensivo para no apenarla, pero no había podido dominar la tristeza, recordó que más de alguna vez había intentado acercarse a aquella familia, pero ella se lo había impedido, seguramente estuvo tentado de reprochárselo, pensando que se avergonzaba de que era solamente un cómico, un pobre artista de un humilde teatro de barriada; y por primera vez se compadeció de sus sueños...y pensó con amargura que sólo hacía unos meses que hubiera dado la mitad de su vida por ver su nombre impreso en los largos programas amarillos.

-9-

Delicado y fiel a su promesa, el actor no se atrevió a interrumpir el silencio impuesto por su novia, ocupada en atender a su madre, si bien algunos días después, una discretísima indagación en la tlapalería, lo cercioró que la muchacha no se hallaba en su sitio habitual en el mostrador. Un joven, y quien debía ser el señor Angel despachaban con prontitud y esmero a la impaciente clientela. Daniel se puso a examinarlo, debía tener unos cuarenta y cinco años, usaba lentes, el pelo negro y lacio se le alborotaba a los lados y le caía sobre una frente muy estrecha, usaba una bata azul y llevaba desabrochado el cuello de la camisa; era un hombre de apariencia insignificante, pero cuando uno se fijaba en él y en la cálida sonrisa con que atendía a sus compradores, detectaba que era poseedor de entusiasmo y energía y que en su comercial empeño había cordialidad y un comedimiento tan sincero, tal si el sólo hecho de servir a los demás fuera objeto de un privilegio, que agradecía sinceramente..

Daniel se acercó al mostrador, pensando en adquirir cualquier objeto, que además le permitiera conocer al comerciante, observando mientras tanto el lugar donde pasaba una buena parte de su vida la mujer que amaba, pero su más importante descubrimiento, fue el cerciorarse de que aquel hombre era querido y respetado por su numerosa clientela, y que ni un solo instante había dejado de sonreír, dar las gracias por las compras o saludar con efusión a todos, como si la llegada de cada cara nueva a su negocio, fuera un feliz acontecimiento, así se tratara de humildes obreros, señoras o chiquillos, a quienes por lo regular hacían falta unas monedas para completar el importe de su compra y que el buen hombre nunca reclamaba.

Cuando se dirigió al cantante, con sus ojos un poco estrábicos, le preguntó con gentileza:

-¿En que puedo servirle? Disculpe si lo hemos hecho esperar demasiado, gracias a Dios tenemos muchos clientes, pero ahora estamos solos el chico y yo.

-Sí -respondió Daniel- veo que les hace mucha falta la señorita.

-No ha podido venir porque tiene a su madre enferma.

-¿No sabe usted como seguirá?

-Ya va saliendo. Dios la ha protegido -dijo sencillamente Angel y agregó- así debe

ser porque es una buena madre...

Daniel compró una lámpara de pilas, previendo que si aquel hombre llegara a ser su rival, nunca sería capaz de odiarlo. Inés le había dicho la verdad: su patrón era uno de esos seres nobles, generosos, que por sacarla de apuro habría sido capaz hasta de hipotecar la misma tlapalería. Y se puso a imaginarla llorosa, durmiendo tres o cuatro horas sobre una silla de hospital al lado de la enferma recién intervenida, y atenta a cualquier síntoma que significara gravedad, alarmándose por algún quejido, pendiente de administrarle sus medicinas, y vigilar su sueño; y luego, al llegar el día, correr a su casa para preparar el desayuno para sus hermanos a quienes debía despachar temprano a la escuela.

Los días fueron adelgazando el calendario. Los relojes indiferentes a las angustias humanas, proseguían esa carrera del tiempo que nunca se detiene aparentemente, aunque el tiempo, de hecho, este detenido en la eternidad inmutable.

La mano que decreta el sueño estaba levantada y en aquellos días de inquietud, Daniel probó a su vez la desesperación del insomnio.

Cansado de esperar, pensó con remordimiento, que la buena mujer podía haber expirado; y al suponerse excluido de compartir el dolor de la que adoraba, sintió enojo. ¿Acaso sólo el señor Angel podía acompañarla? ¿Sólo a él le era concedido el derecho de prodigarle consuelo y ayuda?...Y él en cambio, era solamente un artista desconocido incapaz de poder ofrecerle el más pequeño recurso, aquella discriminación le mortificaba, si él tuviera dinero, o un negocio como el señor Angel, lo habría ofrecido todo para llevar a la buena señora al mejor sanatorio de la capital para que fuese allí intervenida por el más experto cirujano, pero era un desheredado e Inés le apartaba de su lado por pobre; y por esa causa nunca llegarían a casarse ni a ser felices.

Daniel buscaba un culpable, y lo hallaba en su miseria. Cuando salía del teatro por las noches, vagaba por los barrios solitarios, que se extendían hacia el norte, allá por el rumbo donde se alojaban los panteones, alternados con sus respectivas marmolerías que exhibían las cruces y los monumentos funerarios; por aquellas callejas desiertas podría haberse llevado la triste sorpresa de un asalto, una noche, un gendarme lo detuvo para interrogarlo, pero lo dejó al punto, una vez que constató que no llevaba ninguna arma y si un aire contrito y pacífico.

La falta de sueño y de apetito debieron alterarlo mucho, Daniel empezó a ver a su amada, primero en sus sueños cortos y agitados, imaginándola luego en la oscuridad del teatro, sentada en su butaca de costumbre, en la calle, y hasta en el fondo de la taza de café negrusco que bebía de vez en cuando en el restaurante, de su amigo oriental. Inés se le revelaba sonriente o llorosa, un día a fines de octubre, se imaginó que había dejado de amarla pues dejó de imaginársela. Habían transcurrido casi siete semanas sin que tuviera noticias de ella, la ausencia abrió las compuertas de los celos y dejó entrar a las dudas que acudieron en tropel, empezó a creer que la dicha siempre es fugaz y sólo el sufrimiento es constante, y se resignó pensando que si por el mundo escurren ya tantas lágrimas, ¿Qué podrían significar algunas más, aunque fueran las suyas? y las lágrimas bienhechoras se le escurrieron al plato, que contenía un caldo caliente, en el que nadaba alguna pieza de pollo que el de la fonda aderezaba con arroz, garbanzos, una buena salsa verde y mucha cebolla picada.

La voz había empezado a estropeársele y temeroso de una afonía resolvió cuidarse, pues la pérdida, aunque transitoria de sus facultades, significaba atender contra su único medio de sostenimiento. No obstante, no todo iba tan mal, la compañía se hallaba en pleno apogeo, "*Marina*" había sido un éxito, que se repetía cada semana con local lleno y

localidades agotadas, incluyendo pasillos, y con igual fortuna, se habían recibido los estrenos de “*La Torre del Oro*” “*La Trapera*” “*Los Claveles*” “*Alma de Dios*” “*La Niña de los besos*”, “*La Revoltosa*” y “*En la hacienda*”; sin otra alternativa Daniel se entregó apasionadamente a su trabajo, y el señor Zuani, con los bolsillos repletos decidió ser generoso y le ofreció un aumento de sueldo y la prórroga indefinida de su contrato. Daniel quien al principio, recibió con indiferencia tan halagadoras propuestas, terminó por agradecerlas, seguro que le permitirían hacer algunos ahorros, aunque en verdad empezaba a desconfiar de la feliz realización de sus propósitos de matrimonio, y aunque le costaba bastante trabajo dudar abiertamente de la sinceridad de Inés, las dudas lo atormentaban.

-10-

Al fin, al rozar las ocho semanas de alejamiento, un hecho propició que la volviera a ver. La compañía decidió presentar con refuerzos de coro y orquesta, la bellísima opereta de Oscar Straus que llenaba los teatros del centro de la capital: “*El Encanto de un Vals*”, se contrató a Enriqueta Pérez para el papel de la violinista vienesa; y se anunció anticipadamente el estreno con grandes cartelones para el consabido sábado en la función de noche. El público respondió con un lleno absoluto. Daniel lució un traje de húsar austriaco, que para su fortuna le quedó como hecho a la medida; bizarro y aparentando un aplomo que estaba lejos de sentir, se disponía a vivir su papel, cuando al levantarse el telón, vio en su lugar acostumbrado, a su adorada Inés, un poco más pálida y delgada, acompañada del señor Angel y de quienes debían ser sus hermanos más pequeños. ¿Sintió coraje, pesar, angustia? él mismo no lo supo, se sabía de memoria la obra, y actuó como un autómatas, sin embargo en las escenas amorosas con la nueva cantante, cedió al deseo de vengarse, si ella era desleal en la realidad, él se desquitaba en lo único que le quedaba: aparentarlo en la farsa. Abrazó a la nueva contratada con verdadera efusión; y cuando el Príncipe Niki, recién casado, renuncia a su imperial consorte para irse a divertir con una violinista en un café-concierto, lejos de fingir el beso al final del dúo pasional, buscó los labios de Enriqueta, que asombrada y divertida se dejó besar.

El telón descendió entre aplausos y bravos y la señora Pérez curiosa por la audacia de aquel impetuoso muchacho quien apenas se había dignado enterarse de ella en los ensayos, se sintió con derecho de recomendarle que en lo sucesivo frenara sus acometidas de realismo en las escenas amorosas. Tiple y tenor se explicaban cuando Inés apareció en el escenario. Venía sola y Daniel al verla subir tan segura pretendió tachar de ridículas e infundadas sus pasadas sospechas y temores. Se miraron. Inés se adelantó sonriente y decidida y lo saludó con el acostumbrado beso en la mejilla, como si apenas un día antes se hubiesen despedido, Enriqueta muy sagaz, comprendió el juego y se alejó burlona, pero apenas pasada aquella primera efusión, Daniel se volvió frío, distante y ella, quien al principio se mostraba encantada de volver a verle, terminó por responder con respuestas cortas a sus preguntas. Su madre había mejorado, hacía días que abandonó el hospital, pero ella había continuado ocupada en cuidar a la convaleciente, lo cual fue el motivo por el que no lo había buscado antes. Daniel se quejó de que habían transcurrido casi dos meses sin saber de ella, y que le parecía imposible que no hubiese encontrado cinco minutos para escribirle tres líneas, en cambio, había llegado al teatro acompañada de aquel señor Angel, quien de seguro ahora la estaría esperando, la muchacha protestó, Angel se había marchado con sus hermanos, a quienes seguramente llevaría a casa en su auto, y ella se había

quedado para conversar con él después de la función. La inquietud siempre amarga y Daniel respondió que cansado de esperar noticias de ella, no contaba con verla aquella noche; y por lo tanto se había comprometido con sus compañeros a acompañarlos a cenar, para dar la bienvenida a la debutante. Inés sintió el alfilerazo y palideció, tal si de pronto se hubiese quedado sin respiración y bajó los ojos. Hay dolores que no pueden desembocar en llanto porque son demasiado hondos, y Daniel aunque al verla triste empezaba a desarmarse se fue encaminando hacia el camerino, para cambiarse. Inés le siguió unos pasos, entonces él le tendió la mano para despedirse, Inés correspondió con la suya fría y temblorosa.

-¿Cuando te volveré a ver? – preguntó el cómico y dolido aún añadió ¿O habrá que aguardar otros dos meses para que te lo permitan tu familia o el señor Angel?

Se obsesionaba en apurar toda la amargura, tal si se tratara de una copa de un vino maldito que tuviera prisa por beberse.

-Nos veremos cuando tú quieras -respondió ella.

Daniel abrió la puerta del improvisado camerino, se miró el rostro desencajado en el espejo, de que poco le servían en aquel momento los afeites, luego, repitió dolido la última frase de ella, como burlándose:

-¿Cuando yo quiera?... No se si podrás...

-Trataré...

-Entonces mejor será esperar ya que no me has invitado para buscarte en tu casa, o en tu trabajo con ese señor Angel, quién resulta ser un patrón bastante singular, demasiado preocupado por ti y por tus problemas.. .

-¡Con su apoyo salvé a mi madre de la muerte! -respondió resuelta la muchacha Sin la operación estaría ya bajo tierra, el tumor había crecido peligrosamente y de no extirparlo habría acabado con su vida. ¡Pero tú no me permites explicártelo! -Concluyó en tono acusatorio.

-Yo sólo se que te quería -respondió Daniel, a quien los labios se le habían puesto de pronto lívidos- y que sin saber de ti, me he pasado los peores días de mi vida, en espera al menos de una noticia tuya, hubiera ido gustoso para velar juntos a tu madre, pero por lo visto no era útil ni para eso...

Inés empezó a sollozar

-¡Que injusto eres!

Y la jovencita ingenua, la niña tímida y apocada, rodeó con los brazos el cuello del cómico y buscando sus labios, puso un beso ardiente, como quemadura, como llama abrasante, que buscara sellar la pasión en los labios del amado, el pacto de entrega. Daniel sintió a la mujer, una ola de deseo arrasó su cuerpo en la brevedad infinita de un segundo, pero cuando al fin quiso reaccionar, la muchacha se había marchado, casi huyendo, y por toda respuesta a su llamado, sólo escuchó el repiqueteo nervioso de sus tacones, quiso seguirla, pero el atuendo de príncipe consorte no le ayudaba. Se imaginó ridículo intentando ir tras de ella, ahora estaba seguro de que lo amaba, pero al mismo tiempo, le punzaron los celos que enturbian la dicha de los enamorados. Luego empezó a desabrocharse el uniforme azul celeste con bordados plateados, se deshizo de las espada y de las botas, David le advirtió desde fuera: -¡Te estamos esperando!- Entonces, de pronto recordó aquella frase de "Espectros" de Ibsen, que había escuchado recitar a un actor en el ensayo del martes anterior: "muriendo la vida, viviendo la muerte". Sus compañeros, sin excluir a la señora Pérez, se encaminaban al café, y Daniel quitándose el maquillaje con una toalla respondió: -Allá nos vemos!

-Se dejó caer en la silla dura del camerino, devorado por aquella inquietud. La conciencia le dijo que el sentido común es la tumba de todos los sueños.

-11-

Como dagas de ausencia desfilaron durante aquellos cuatro días. Daniel se arrepintió de haber recibido desdeñosamente a su adorada Inés, en lugar de alegrarse por la feliz recuperación de la enferma y actuando con el imperdonable egoísmo de un alma mezquina se había dejado llevar por los celos y la desesperación. Reconstruyó la entrevista con remordimiento, repitiéndose sus palabras, que ahora encontraba injustas y absurdas, sin embargo y a pesar de hallarse culpable no encontraba la manera de hacerse el aparecido y pedir perdón, aunque al instante se planteaba la misma pregunta: ¿Perdón de qué? él la amaba y había reclamado la mínima migaja que al menos aplaca a todos los enamorados: ¡Verla un instante!

Había poblado sus sueños de ella, idealizado un hogar, y una esposa pero ella parecía escaparse, desde un principio se condujo evasiva, aquella prohibición de que nunca se apareciera por su casa, de prohibirle llegar francamente a la tlapalería a buscarla, el cuidado por esconder el amor, le habían inquietado desde el primer día, y he aquí que ese amor, que imaginaba más bello de lo que realmente era, le producía solamente un agrídulce recuerdo, sin embargo aquel beso, impulsivo, espontáneo le turbaba, pues era un signo inequívoco de que ella también le amaba, quizás con la idéntica desesperación que a él le estaba consumiendo.

El teatro se le volvió opresivo. Había llegado noviembre con algunas lluvias y mucho frío. El público, tan entusiasta por las operetas al principio, se iba aflojando, pues a nadie le agradaba la perspectiva de buscarse un resfriado a la salida. Los de la carpa se quejaban amargamente de aquel tiempo cruel en que escaseaban aún más sus raquílicas entradas, y don Agustín Zuani previsor y ahorrativo volvió a reducir la orquesta; y con el ánimo de resarcirse de las pérdidas, la compañía anunció para el domingo siguiente "*Sangre de Artista*".

El dramático asunto de la obra acabó de trastornarlo, pues debía interpretar un personaje de edad madura, la señorita Zuani, muy comedida, se prestó a teñirle las canas, advirtiéndole que el papel era bastante difícil y que el público acostumbrado a la soberbia interpretación de don David esta vez podría mostrarse menos indulgente..

El día del estreno en cuanto dieron la tercera llamada, fiel a su costumbre, fue a asomarse al lunetario, pero ella no se encontraba entre los espectadores, que se podían contar con los dedos.

El maestro Povedano inició la introducción con la precaria orquesta, a la que a duras penas conseguía sustraer de su manifiesto desgano, el drama empezó, mientras los pocos espectadores ateridos de frío, bostezaban insensibles, con inequívocas señas de desaliento.

El primer acto pasó sin pena ni gloria. Torelli el consagrado actor, mujeriego y seductor, ha sido el maestro de Nelly, una joven y talentosa discípula de la que termina enamorándose, pero la muchacha, quién sólo siente admiración y gratitud por su mentor, se enamora a su vez de un joven que suele observarla desde su palco; y en el segundo acto, en el que los artistas asisten a una cena nada menos que en la casa del pretendiente, unas copas de más, propician la desesperación del angustiado Torelli quién entre los efectos de la embriaguez añora sus años de juventud, reconoce su decadencia, y termina resignado

por aceptar con inmenso dolor, el incuestionable derecho de su alumna de elegir a un hombre joven que seguramente la hará dichosa, mientras al infeliz actor quién otrora disfrutó tantas aventuras con sus admiradoras, le aguardan solamente la soledad y la inmensa tristeza de vivir lejos de la única mujer que verdaderamente ha amado en su disparatada vida.

Daniel siempre sensitivo y en aquellos días mucho más propenso a la emoción por el drama que realmente vivía, terminó por posesionarse de su papel y en la escena de la embriaguez, no sólo alcanzó a conmover a los espectadores, a quienes arrancó virtualmente de su letargo, sino que sus mismos compañeros se rindieron al temperamento del joven actor. Don Agustín Zuani, entre bastidores, olvidando las pérdidas y con el block de boletos invendibles, vino a abrazarlo con las lágrimas en los ojos. ¡Había estado realmente insuperable! Daniel agradecía humilde las demostraciones de afecto, cuando vio llegar al chico de la portera, quien apenas lo vio separarse del grupo que lo felicitaba le alargó una carta.

*“Imagino cuanto te ha hecho sufrir mi silencio, yo también he llorado mucho. Por un lado mi deber, por el otro tú. Se que el mal de mi madre es irremediable y que sólo un milagro podría salvarla, pero a veces nos cansamos de esperar los milagros que no llegan nunca. El señor Angel ha prometido a mi madre velar por mis hermanos y yo no he tenido valor para negarme en convertirme en su esposa. No lo amo y él lo sabe y lo acepta. No temo la miseria por mí sino por ellos, pues aunque tú y yo nos rindiéramos trabajando nunca podríamos darles una buena educación, tampoco encuentro coraje para truncar los deseos del muchacho estudiante que se resiste a ser un pobre obrero, ni mucho menos para verte renunciar por nosotros a lo que siempre has querido: el teatro.*

*Se también que nunca podré sacarte de mi corazón; y por nada del mundo quisiera que tuvieras un mal recuerdo de mí, te juro que no te engañé nunca y estoy dispuesta a probártelo. Esta misma noche, si tú me lo pides seré tuya, y ya que no puedo entregarte mi vida, al menos deseo darte mi juventud, mis ilusiones de mujer que sólo para ti reservaba*

*Si ello te mueve a perdonarme, te estaré aguardando en el café. En nuestro lugar de siempre; si no me deseas, canta al menos alguna vez para mí, como si yo estuviera en el teatro y pudiera escucharte.*

*Inés.*

-12-

## EPILOGO

La orquesta inició los acordes, que preludiaban el desenlace del drama, afuera la lluvia caía persistentemente, Daniel con las aletas de la nariz temblando y una palidez de cadáver, cual un títere roto, sollozaba sobre la música:

*“Mas si llega el artista a sentir,  
un cariño sublime y real,  
dudarán del actor,  
nadie puede creer  
que su amor es verdad...”*

Concluyó la función. El actor fue a quitarse el maquillaje y a desteñirse las canas en el camerino, el chamaco de la portera continuaba aguardando la respuesta. Con su cara de

entierro, Daniel provocó las inquisitivas miradas de sus compañeros, quienes intuyeron la tragedia auténtica, sobre la trama convencional de la opereta

Cómo un relámpago, la tentación cruzó de pronto por su mente y turbó su carne. La haría suya, gozando el amor que le brindaba, le exigiría que fueran amantes... pero los ojos estrábicos y bondadosos de Angel lo desarmaron.

Un pitido agudo del tren nocturno le hirió los oídos. Se acordó que detrás del teatro quedaba la estación del ferrocarril. Precipitadamente acomodó sus pocas pertenencias en un maletín, juntó al dinero disperso en los bolsillos de su traje y lo fue acomodando en su vieja billetera. El niño se acercó a preguntarle:

-¿Qué le digo a Inés?

El tren lanzó un silbatazo más prolongado.

-Dile que le deseo que sea muy dichosa en su matrimonio.

Y partió con precipitación con el propósito de alcanzar el convoy.

El telón se descorrió de nuevo, los tramoyistas empezaron a desarmar los decorados, las luces se apagaron, mientras el escaso público terminaba de abandonar la sala. El violinista acomodó con amoroso cuidado su viejo instrumento en el deteriorado estuche

Había concluido el tercer acto.

## INDICE

Prologo. Jose Rafael Blengio 5

En las redes 7

Al parpadear la tarde 45

No traiciones al suelo 81

El tercer acto 121

Este libro terminó de imprimirse el 15 de julio de 1986 por Federación Editorial Mexicana, S. A., en un tiraje de 3000 ejemplares. La edición estuvo al cuidado de Alberto Villarreal.